



DIARIO DE LA MARINA



LA HABANA, 8 DE ENERO DE 1939

Suplemento Dominical

En Este
Número:



La Extraña
Enfermedad
del
Miedo



Loretta Young
y sus galanes
de la
Pantalla y
la Vida Real



El Capitan
Aguila
Trucatú



Otras lecturas
amenas para
grandes y chicos



TRUCUTÚ

CALMA, PUEBLO, QUE HABRÁ ASIENTOS PARA TODOS.

¡TOMEN SUS PROGRAMAS AQUÍ!

FUTBOL HOY
LEONES DE GUZIGÚ CONTRA TIGRES DE LEMUEL

EL CAPITÁN GUZIGÚ DE LOS LEONES, PRIMERO.

¡CACHÓN!

TRAJE LA PELOTA PARA PATEARLA.

¡YO LA PATEO, GUZIGÚ, PARA ROMPERLE LA CRISMA A LEMUEL!

FRAGMENTOS

DE LA ÉPOCA PREHISTÓRICA

ESTE DIBUJO ILUSTRÁ CÓMO ERA LA ÉPOCA EN QUE EMPEZABAN A DEPOSITARSE LAS CAPAS O ESTRATOS DE LOS YACIMIENTOS PETROLEROS DE TEAPOT DOME, EN EL ESTADO DE WYOMING, ESTADOS UNIDOS, EN EL PERÍODO CRETÁCEO, HACE 100 MILLONES DE AÑOS

¡ASÍ SE HACE!

¡A COGER LA PELOTA, MUCHACHOS!

BAM

¡VAMOS A HACERLOS TRIZAS!

¡LA COGÍ! ¡ES MI JUEGO!

¡ADELANTE, MUCHACHOS!

¡DETENGAN AL NARIZUDO!

¡YO LO ALCANZO!

¡LE TOCA A LEMUEL!

¡A SU SITIO CADA CUAL!

¡SEÑALES!

¡ESPERA, LEMUEL!

¿CÓMO DICES? ¿DEJARTE HACER EL JUEGO?

SÍ. MI RIVAL ES DEL MISMO COLEGIO Y NO VA A Oponerse MUCHO.

¡A LA FILA! ¡UNA! ¡DIEZ! ¡QUINCE! ¡LA PELOTA!

¡AHORA TE TOCA, GUZIGÚ! ¡ACABEMOS CON LEMUEL!

¡VOY A PARTIRLO EN PEDACITOS!

¡CACHÓN, TRUCUTÚ! ¿POR QUÉ NO LO AGARRASTE?

¿NO DIJISTE TE DEJARÍA A TI SOLO?

¡PUNTO!

¡FALLA!

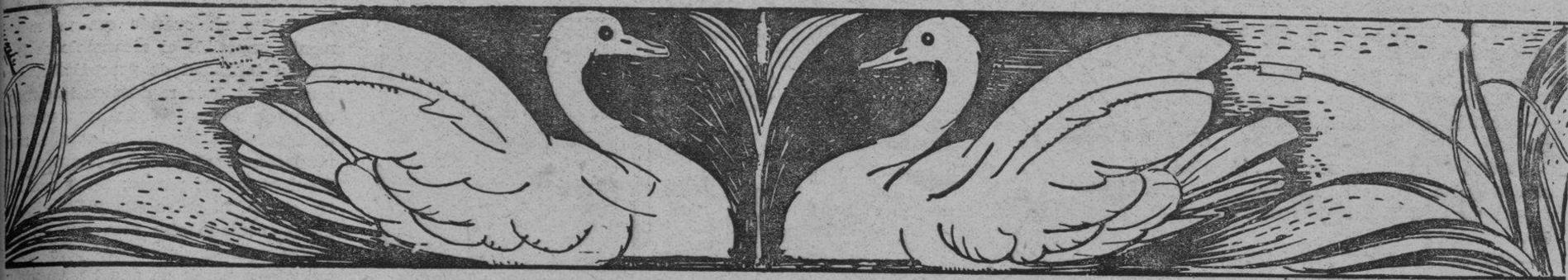
¡LOS FASTIDIAMOS ESTA VEZ!

¡TRES BALDADOS! ¡MANDEN SUBSTITUTOS PARA ÉSTOS!

¡NO HAY QUE PERDER LA FÉ, AMIGOS! ¡SEIS PUNTOS NO ES NADA! ¡TODAVÍA NO HEMOS VISTO LA PELOTA!

¡OIGAN, CAMARADAS!

¡CALLATE! ¡TENGA-MOS VALOR!



—I—

RACIAS, Federico; no olvidaré este favor.

—¡Valiente favor! Ni siquiera tu futuro cuñado me debe nada, pues lo que te he dicho es la pura verdad.

—De todas formas...

—De todas formas debes marcharte, porque el encendedor está abrasándome los dedos. ¡Abrigáte!

Román hundió la cabeza entre los pliegues de aquella bufanda de lana que tan maravillosos servicios le prestaba desde hacía tres inviernos; Federico hizo jugar la diminuta llave en la pulimentada cerradura, y, al entreabrir la puerta de hierro y cristal, un freccillo sutil, castizamente madrileño, cuidó de poner rápido fin a la despedida.

—Adiós, Federico.

—Hasta cuando quieras, muchacho.

Cerró Federico el portal acuciosamente, y Román Ballester la emprendió a buen paso por el repechito aquel del paseo de Luchana.

—¡Es simpático este muchacho!—iba diciendo Román bajo su bufanda—. Un poco loquinaro, pero excelente chico en el fondo. ¡Y cómo habla de mi futuro hermanito...! ¡Je! La pequeña ha sabido escoger. ¡Todo se lo merece la pitusa! Claro que mi madre... ¡Tomaré el Metro, que estará loca de impaciencia!

Paseando por el andén de la estación, Román ordenaba lo que había contado Federico. ¡Era tan charlatán el diablo aquel...! Conocía a Luis Izquierdo, ¡vaya si le conocía! Y no sólo de San Carlos, sino también porque un primo de Izquierdo estaba a punto de casarse con una prima de él, de Federico. Era un chico muy agradable y que «se las ingeniaba»: aún no había terminado la carrera y ya ganaba sus pesetas aplicando inyecciones, dando cloroformo e incluso atreviéndose a cosas mayores, pues el decidido apoyo que encontraba en dos o tres catedráticos de la Facultad le animaba y le permitía salirse un poquito fuera del tiesto y hacer de médico antes de serlo.

—¡Puede, puede ser mi hermanito!—barbotó gozoso Román—. ¡Es de los que se mueven! ¡¡Como yo!!

Esta última y orgullosa exclamación, lanzada impunemente en voz alta en medio de la estrépitoso llegada del tren, sonrió al bueno de Román, que, una vez dentro del coche, se creyó en la obligación de darse explicaciones:

—Sí me muevo, sí. Y si el día tuviese más horas... ¡Je! ¿Y eso de casar a una hermana? Una boda es cosa seria. Tengo que apretar de firme; se casa-

CORAZONES de ORO

por
Vicente
Vega



rán... ¿Dos años? Antes, quizá. El pollo Hipócrates termina ahora; se irá al pueblo; quiere hacer oposiciones... ¡Pchs! Dos años; pongamos año y medio. Hay que sacar para todos los gastos de la boda sin tocar un céntimo de la cartilla. ¡Eso es sagrado! En año y medio... Sí; Jesús termina ahora de gastarme en matrículas; de lecciones estoy muy bien; y ese cónde chiflado me tendrá que pagar como quiera la catalogación de sus papelotes... En año y medio, ¡vaya si puedo!

¡Con qué íntima satisfacción, con qué legítimo orgullo afirmaba Román que podía! No en balde venía sucediendo así desde mucho tiempo atrás. El primer esfuerzo grande tuvo que hacerlo dos años antes de morir su padre. ¡Qué dos años! El taller de sastre se lo llevaba la trampa; Jesús y Milagritos eran unas criaturas; Román, una vez más, pudo continuar su carrera gracias a las matrículas de honor ganadas a pulso. ¡Ya era el último año! Pero sin dejar de estudiar—¡eso, nunca!—, fué preciso que pusiera sus veinte años a prueba de sacrificios y de trabajos para remediar el creciente déficit que los fracasos industriales de su padre habían creado. Riñó con la poesía, que no le diera un cuarto por su librito de sonetos, tan elogiado por sus compañeros de Filosofía y Letras, y empezó a conocer el monótono trabajo de catalogar libros y ordenar documentos de siglos pretéritos, sin desdenar por eso el escribir folletos de propaganda para una casa de abonos minerales y preparar al hijo de la planchadora para que ingresase en Correos... Y así pudo poner mano en el título de licenciado en Filosofía y Letras, pagado por una benemérita institución que todos los años sufragaba el importe de los títulos universitarios de algunos estudiantes pobres, hijos de Madrid, y el título le sirvió al momento para que don Venancio, aquel barrigudo de

don Venancio, pudiese continuar con el colegio que tenía en la calle de la Palma, y cuyo cierre era inminente de no conformarse algún doctor o licenciado con prestar su título, mediante los diez duros que brindaba don Venancio, para que el colegio se ajustase a las exigencias de la ley, que requiere en los directores de los centros de enseñanza títulos académicos, que el barrigudo aquel estaba muy lejos de poseer.

Y siguió con las lecciones—niños a los que no aguantaban en ningún colegio, malos bachilleres, repetidores de los preparatorios—, y siguió con las papeletas de catalogación de libros y documentos—ahora con destino a un conspicuo erudito, que le explotaba—, y todo en espera de las oposiciones al Cuerpo de Archiveros, que nunca acababan de salir de aquel ministerio... Y salieron, al fin, quince días después de enterrar a su padre.

—II—

Abrió la puerta muy quedito; pero no bien dobló la revuelta del pasillo observó luz en el cuarto de su madre. Detúvose ante la habitación, y en seguida una tosquilla fingida y alentadora le confirmó—aun cuando no era precisamente necesario—que le esperaban.

—¿Mamá?

—Entra, entra...

—¿Me esperabas?

—¡Ca! Sólo que te of subir...

—Ya. Eso quiere decir que no has pegado un ojo desde que te acostarte.

—¡Cuánto has fardado!

—¿En subir?

—¡Bah! ¿Le viste?

—Sí, mamita. Le vi, me dió muchos recuerdos para ti... y muy buenas noticias de tu futuro hijo político.

—¡Oh...!

Doña Milagros se incorporó, y Román, comprendiendo lo compatible del frío y la emoción, y para establecer una prudente incompatibilidad entre ambos, cubrió los hombros de su madre con la bufanda de lana que, en tanto el breve diálogo apuntado se había ido quitando con la solemnidad de que siempre revestía aquella operación.

—Lo mejor sería que dejásemos la conversación para mañana; pero si no te lo cuento ahora, no duermes. Y es lo peor que tampoco vas a dormir después de que te cuente...

—¡Cuenta, cuenta!

—¡Chist! A ver si se entera la interesada...

Y madre e hijo quedaron embobados unos instantes mirando el tabique de la derecha hasta que, al fin, y como el mejor recurso para evitar el crescendo de la emoción que poco a poco les invadía, doña Milagros volvió a fingir una tosecilla, presto ahogada en el pañuelo, y Román rectificó la alineación del embezo de la cama de su madre.

—Verás: este Luis Izquierdo parece un buen muchacho. Estudia con aprovechamiento, con verdadero afán, y se las ingenia honradamente para que a sus padres no les resulte tan gravosa la carrera. Los padres tienen un poquito de hacienda; lo necesario para vivir regularmente y sostener los estudios del chico, pero él trabaja y gana lo suyo... ¡Me parece que hay hombre!

—¡Román!

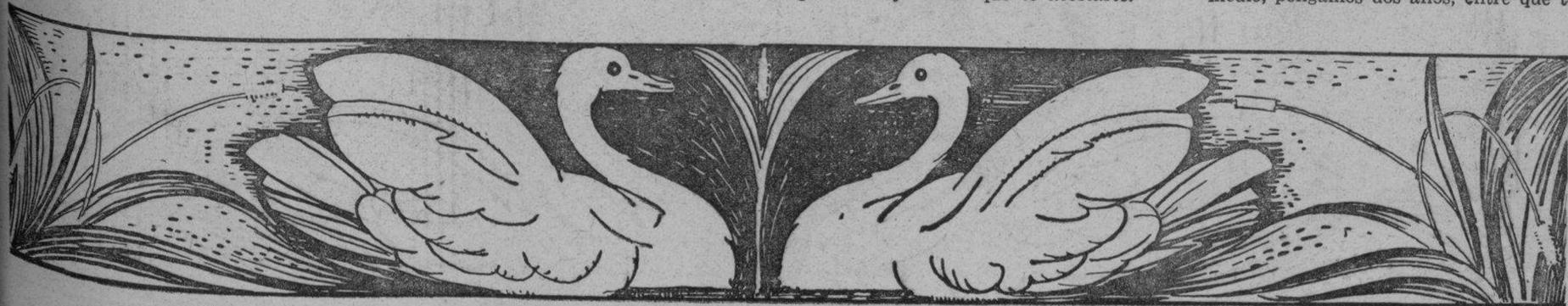
—¿Qué, mamita; qué?

—Corro ese Federico es así, tan parlanchín...

—¿Te figuras que me he creído cuanto ha contado de las virtudes del novio de Milagritos? ¡Si no le conociese yo...! Pero quitando a las noticias de Federico Valere toda la hojarasca, exageraciones propias de su carácter, chistes, parecidos y camelos, queda Luis Izquierdo como un buen chico, estudioso, trabajador, inteligente, todo lo serio que se puede ser a sus años, tan aficionado al billar y a la rveza como cualquier otro estudiante del último año de Medicina y... en situación de pasar a ser su yerno, doña Milagros.

—¡Ay, Román!

—Bueno, lo de pasar a ser tu yerno, no tan pronto. Yo he calculado año y medio, pongamos dos años, entre que ter-



mina, hace oposiciones...

—¿Hará oposiciones?

—¡Y las ganará, no te quepa duda! Creo que es de los míos.

—Como tú, no, Román; tú eres único.

—¿De veras? Pues me voy a la cama.

—Escucha aún: ¿hablarás con tu hermana?

—Quizá fuese mejor que tú... A ti ha sido a quien ella se ha confiado.

—Sí, pero tú eres el jefe de la familia.

—¡Mamá, por Dios! Esa jefatura, que a cada momento me confirmas, como un castigo me abate.

—¡Ríete!

—¿Y no es cosa de risa que desde los incunables pase a determinar si se estera el comedor o si se compra un felpudo? ¿Y eso de que sea yo quien decida la comida del día siguiente?

—Tienes razón, hijo. De todo te ocupas, de todo sabes: desde ganar dinero para todos... Oye, ¿te acuerdas de cuántas veces habrás dormido en tus brazos a esta monigota que ya tiene hasta novio?

—Me acuerdo, claro; mas, si la emprendemos con la monigota y con su novio, ¿cuánto vamos a dormir? Y mañana, a las ocho, me espera el yanqui ése de la calle de Zurbano, al que no logro meter el verbo «estar» en la cabeza.

Román ahogó con besos las nuevas preguntas que su madre apercibía, y quedito, quedito se marchó a la cama.

—III—

¿Era bonita Milagros? Es muy posible que no; imaginaos una figurita inquieta, una muñeca en movimiento constante, de ojos negros, ni grandes ni chicos; ojos maliciosos, de miradas chispeantes o tiernas; una nariz hecha como el mundo, de le nada; una boquita fruncida, tan roja que parecía pintada; un cuerpecillo airoso, un ritmo gracioso al andar; tipo de pilluelo encarnado por una señorita del coro. ¿Bonita? Es muy posible que no, pero cuando aún no había cumplido los dieciséis años los hombres la miraban de reojo al pasar.

La primera vez que la siguió Luis Izquierdo fué una tarde aciaga en que había estrenado zapatos. ¡Qué de monadas tuvo que hacer para disimular el tormento del calzado nuevo! Muy preocupada con que su madre no se diese cuenta del daño que la producían aquellos inverosímiles zapatitos, comprados por la niña contra viento y marea, apenas si había reparado en un muchachote, ancho de hombros, de simpático desgaire, que, con unos ojos demasiado abiertos y demasiado fijos quizá, procuraba atraerse sus miradas marchando paralelamente a ella por la acera contraria, cuando se trataba de calles estrechas, y delante cuando la intensidad del tráfico dificultaba o hacía materialmente imposible la persecución lateral.

Si Luis Izquierdo hubiese comprendido el rato que iba pasando Milagritos, a buen seguro que habría desistido de su empeño, pues la muchacha no tenía ojos más que para ver dónde ponía los pies; no obstante, una de las veces que Milagritos, contestando a su madre, levantó la cabeza e hizo una mueca muy poco parecida a una sonrisa, se fijó en aque-



lla cabeza que hacia ella se volvía, mirándola con ojos bobalicones. El muchacho, creyendo llegado el momento, ensayó a su vez una sonrisa tan poco afortunada como la de Milagritos, aunque su desgracia obedeciese a causa muy distinta, y es que Luis Izquierdo, que reía como un chico por cualquier cosa, desconocía aún ese refinamiento de la sonrisa, reservado a las grandes inocencias o a las almas mucho más complejas que la suya.

Este cambio de miradas distaba mucho del clásico flechazo; Milagritos volvió a consagrarse al rápido y previo examen de las piedras que pisaba, y Luis, un poco mohino, consciente de su fracaso, quedó rezagado para obsequiarse con cuatro lindes por su falta de tacto, y todo hay que decirlo, de costumbre en semejantes lances. Pidió ánimos al cigarrillo que encendió y se lanzó de nuevo en pos de aquella figurita que desde hacía media hora le inquietaba sin saber por qué. «En cuanto llegue a la esquina, me vuelvo», se había dicho varias veces; pero las esquinas iban sucediéndose y Luis continuaba detrás. La que apenas si podía continuar delante era Milagritos.

Había agotado ya todos los recursos para librar sus pies de las mordeduras de los zapatos: pisaba con las puntas, sacaba el talón cuanto podía de aquel semicírculo de fuego que le abrasaba el tobillo, y al fin, decidía heroicamente, pues veía venir la filípica materna, fingió mi-

rar con mucho interés el escaparate de una tienda de paraguas, se apoyó con fuerza en el brazo de su madre y la dijo rápida, apremiante:

—¡No puedo más, mamá! ¡Me es imposible dar un paso!

Doña Milagros, al pronto, quedó desconcertada. Pero al reparar en el sofoco de su hija y en aquellas piruetas que ensayaba para conservar el equilibrio, comprendió la intensidad de la tragedia, dijo muy agitada cuatro cosas acerca de las niñas caprichosas y testaduras, llamó a un taxi... y Luis Izquierdo tuvo la satisfacción de que Milagritos le mirase por la ventanilla del coche, pero ¡con qué mirada! Una mirada llena de expresión confortadora, de satisfacción, de verdadera alegría... Es que Milagritos, mientras su madre advertía al chófer el camino a seguir, se había quitado los inverosímiles zapatos, y sus piecitos, descalzos y felices, entonaban un himno a la libertad sobre la alfombra del automóvil.

Aun cuando Luis Izquierdo había leído algunas novelas policíacas, y en ellas que el malhechor, para burlar la vigilancia que siente a sus espaldas, toma precipitadamente un automóvil, sin tener en cuenta que el astuto detective ha de apuntar la matrícula del coche como precioso dato para averiguar su paradero, no le sirvió de nada la experiencia recogida en tan interesantes libros y dejó marchar el taxi, que se llevaba a Milagritos y a

su mamá, sin ocurrírsele otra cosa que seguirlo con la mirada hasta perderlo de vista. Eso sí: cuando era ya materialmente imposible el alcanzarlo se le ocurrieron infinidad de procedimientos para conseguirlo. Esta rapidez en la concepción de ideas es propia de los enamorados. «¿Cómo?—exclamará, asombrado, mirando un lector—. ¿Ya estaba enamorado Luis Izquierdo?» Así parece; Milagritos no era guapa, ni entre ella y Luis Izquierdo había mediado otra cosa que un par de gestos apenas definibles, pero Luis Izquierdo, a partir de aquel momento, aseguraba muy formalmente que se había enamorado.

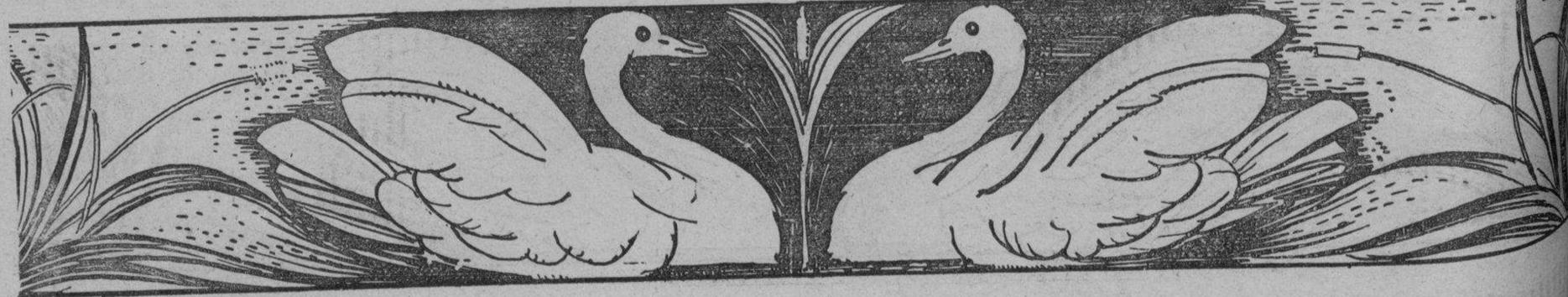
El tiempo cuidó de darle la razón; pasaron los días y el recuerdo de aquella figurita graciosa y vivaracha no le abandonaba. Y entonces, como todos los enamorados de una desconocida, hizo versos y se confió a un amigo. Con los versos no tuvo fortuna; con el amigo, tampoco. El amigo, Javier Mendieta, fornido hombre corrido, de veintidós años, aconsejó buscarse el olvido «en el teatro y las mujeres fáciles», bonita frase que había tenido la desgracia de retener algún día alguno de los sucios libritos a que el aficionado era. No hizo caso Izquierdo de semejante idiotez y contó sus culpas a García Grande, quien al punto le propuso consultar con el espíritu de Abelard, pues el pobre García Grande tenía la desgracia de prestar más atención a los espiritistas que a los libros de Medicina. Tampoco aceptó Luis Izquierdo esta solución, y, cuando ya se creía perdido el remedio y condenado a sufrir por un tiempo sin esperanza, surgió Mediavilla, bachillerato suyo en el Bachillerato y doctor en Medicina, que había dejado luego para seguir los estudios de Derecho.

Mediavilla no inspiraba gran confianza a Izquierdo, pero falta de receptividad mejor le «colocó» sus versos y sus ideas dichas (los versos también eran otra cosa dicha). Mediavilla, dando pruebas de ecuanimidad grande, tuvo frases consolatorias para los versos y de consuelo para la desesperación del joven enamorado, mejor que se le ocurrió—¡qué gran hombre pudo haber sido este Mediavilla!—fué invitarle una tarde a que juntos asistiesen a un concierto público de la Banda Municipal, en el Retiro. Y allí, entre la fantasía de *El primer día feliz* y la trágica *tragedia triunfal de los boyardos*, Izquierdo fué presentado así por Mediavilla: «Este es Luis Izquierdo, condiscípulo mío en el Instituto. Jesús Ballester, compañero de clase y buen amigo. Su hermana».

Y la hermana, ¡claro!, era ella. Y vez más podía ufanarse la casualidad de lo que, sin duda, procedía de alguien tan poderoso.

—IV—

Cuando un día Milagritos tuvo que explicar a su madre quién era aquel muchacho con tanta familiaridad le decía «esta mañana» en la esquina de la calle, habló tranquila y sencillamente, porque en balde daba sus explicaciones entre los brazos de doña Milagros, más emocionada que su hija, y porque Milagritos, con dieciocho años, era incapaz de ver en aquellas relaciones otra cosa que una



última inquietud que jamás tuvo por inconfesable y que si mantenía en secreto era por añadirle un encanto más.

Sermoneó doña Milagros: falta de confianza en tu madre, imprudencias tuyas, temeridad al aceptar la compañía de un desconocido...

—Jesús le conoce—argumentó Milagros, aunque sabedora de que la amistad con el hermano Jesús no había ido más allá de la presentación de Mediavilla en el Retiro.

—Tu hermano Jesús es un corazón de oro, pero sus amigos pueden ser unos malquiere cosa.

—¡Mamá!

Lloró la niña. Para complicar más la situación intervino Manuela, la Manuela, la criada de toda la vida, la que había procurado los primeros cigarrillos a Román, hurtándolos de la pitillera del padre al limpiarle la ropa; la que fué niñera de Jesús y vió nacer a Milagritos; la que había llevado más de una cartita de amor al galán cuando la salida proyectada podía tener efecto... Y también tuvo Manuela que escuchar algunas cosas, y doña Milagros dijo que vivía engañada y vendida, y Manuela lloró, y acabó llorando doña Milagros, y las tres acordaron serenarse y borrar prestamente de sus rostros las señales del llanto al sentarse en la escalera las inconfundibles pilas de Román. Y es que cualquiera de aquellas tres mujeres estaba siempre dispuesta a sacrificar lo que fuese necesario con tal de evitarle un disgusto a Román.

Román Ballester era un verdadero corazón de oro. Su carácter bondadoso, su constante laborar para el bien de los suyos, la atención que prestaba hasta al detalle más menudo con tal de conquistar un poquitín más de felicidad a su gente, le hacía, en verdad, adorable, y todos le veneraban en aquella casa. Doña Milagros no sabía dónde poner a su hijo mayor; Milagritos le quería como a un padre—al suyo apenas si le había conocido—; Jesús, doce años más joven que Román, sentía por él verdadera idolatría; para Manuela era siempre el niño bueno que había conocido al entrar en la casa, un santito, y Román correspondía a la devoción de los suyos consagrándoles su vida.

Por la época de las relaciones de su hermana con Luis Izquierdo contaba treinta y cinco años, era de aventajada estatura, un poco aviejado para su edad, pertenecía al Cuerpo de Archiveros, donde gozaba del aprecio de todos, tanto por su bondad como por su inteligencia; leccionaba con verdadero frenesí, dando lecciones de español a los universitarios extranjeros que pasaban aquí temporadas para la ampliación de sus estudios, lo que había llegado a constituir para él una renta muy saneada, y no perdía oportunidad de ganarse unos duros traduciendo documentos antiguos, catalogando bibliotecas, investigando por cuenta de particulares en los Archivos nacionales, etcétera. Los ratos libres de lecciones, papeletas y apuntes había de consagrarlos a su casa, pues allí nadie fijaba un clavo en la pared sin consultarle



Y así fué cómo Luis Izquierdo «entró en la casa».

—I—

Por si acaso el bueno de Román tenía poco que hacer, la boda de Milagritos le proporcionó un buen número de amenas y bonitas ocupaciones, muy propias de un archivero. Fué en vano su protesta de que aquello eran cosas de mujeres; las de su casa, acostumbradas siempre a que Román interviniese hasta en la compra de sus vestidos, no podían ahora perdonarle que se reservase su opinión acerca de las solemnes y trascendentales compras que se realizaban con motivo de la boda. Y Román, entre lección y lección, tenía que acercarse a ver qué le parecía el traje para la iglesia, y los zapatos, y unas colgaduras para la alcoba...

Menos mal que no ponían casa en Madrid, pues Izquierdo desistió de las oposiciones para establecerse en Alcázar de San Juan a la sombra de amigos, parientes y paisanos; porque, si llegan a colgar su nido en la corte, Román se hubiese visto obligado a resolver hasta en lo referente a la batería de cocina. Además, Luis Izquierdo, ganado al punto por el corazón de oro de Román, que a su vez descubría en su cuñado un corazón no menos áureo, también se había aficionado a que Román decidiese en sus dudas de incipiente amo de casa, y entre unos y entre otros le traían de cabeza. Pero no fué esto lo malo, sino que un día...

—¡Ay, Román!—le dijo doña Milagros—. Muy contenta estoy con este matrimonio: los chicos se quieren, él es un corazón de oro... Serán felices. Pero, ¿y nosotros?

—¡Caramba, mamá! La felicidad de Milagritos y Luis no resta felicidad a la nuestra, al contrario.

—Sin embargo, acostumbraba a salir

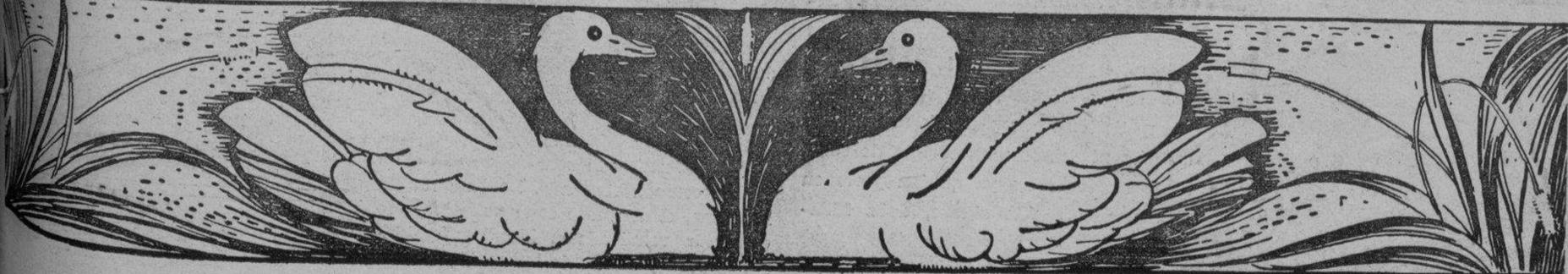
tado. Y así, aquella familia, en la que todos rivalizaban en bondad, vivía ni envidiosa ni envidiada, en el dulce optimismo de quien considera cumplidos todos sus deberes y cubiertas todas sus necesidades.

Enterado Román por su madre de la novedad que aportaba Milagritos, sonrió como un padrazo, pero al punto se orientó para obtener sólidas referencias del pretendiente. Federico Valera, condiscípulo de Román en el Grado y ahora auxiliar de San Carlos, fué el primero que le cantó las excelencias del aspirante a cuñado suyo, y quien le puso en la pista de nuevos informes. Al coincidir todos con el juicio primero que Román había formado de Luis Izquierdo, Milagritos pudo decir un día a su novio:

—Cariño: de parte de mi hermano Román, que quiere tomar café contigo una tarde; pero que mejor que en el café lo hacemos en casa, y que el jueves te espera, a las cuatro y media.

antes, y esto no por imposición suya, sino por espontáneo acuerdo de todos.

Poseía el secreto de hacer de una hora dos; se multiplicaba, y el producto era un vivir holgado, sin lujos, pero sin privaciones; el haber dado carrera a su hermano—que a la sazón cursaba el último año de Derecho—y a su hermana una instrucción muy completa. Nada le faltaba a su madre, a nadie debía un céntimo, y en el Ahorro Postal se guardaban unas pesetas para gastos extraordinarios, que hasta entonces nunca se habían presen-



siempre con ella, a ir con ella a todas partes...

Un profundo suspiro de doña Milagros redondeó el párrafo.

Quedó Román perplejo, y aquella noche, solo en su cuarto y ya en reposo la casa, dejó a un lado la copia de una comedia de Lope y se puso a elaborar cigarrillos, manipulación que desde hacía muchos años le servía, más que para descansar la vista de los libros y las cuartillas, como pretextaba, para entregarse por completo a sus pensamientos. Así, se podía medir el curso de las preocupaciones de Román por el número de cigarrillos que iban alineándose en la tapa de una caja que contuvo bizcochos borrachos y ahora servía de almacén de tabaco (un cuarterón de dos ochenta) y depósito de pitillos.

Hacia el cigarrillo número veinticuatro—número ya un poco alto, que denotaba una preocupación seria—, Román suspendió la tarea para fumar, otra señal de que no se despejaba el horizonte, pues, rendido como solía estar de toda la jornada, ni fumar le apetecía por la noche; encender entonces un cigarrillo era indicio de que la manufactura no le bastaba para hallar satisfactoria solución a la preocupación dominante y que buscaba inspiración o consejo en las espirales de humo. Y así, en efecto, sucedía aquella noche.

—Esto se complica—pensaba Román, sin tragarse el humo, dispendio que sólo se permitía en los trances apurados—. Resulta que la mamá no puede pasarse sin la niña. ¡Claro, hombre! Se te podía haber ocurrido antes. Y estos otros niños que aquí nos quedamos, ¿podremos pasarlos sin la mamá? Dificilillo parece; pero no vamos a tener otro remedio que conformarnos. ¿Quién separa a mi madre de Milagritos? ¡Si es naturalísimo que se vaya con ella! Jesús y yo, con Manuela,

que se nos sabe de memoria, podemos pasarlo perfectamente.

Y al llegar a esto, Román se inmutó. ¿Perfectamente? ¿Lo pasarían perfectamente? Tal vez, no; pero su madre y Milagritos... Siguió haciendo pitillos: veintiocho, treinta y tres, cuarenta y dos... Se acabó el tabaco; se acostó.

Cuando Román expuso a su madre el proyecto de que ella acompañase a Milagritos en su nuevo estado, no supo al pronto qué contestar. De una parte, aquello venía a resolver sus congojas, cada vez peor encubiertas, pues la separación de su hija, a medida que el momento se acercaba, le parecía más cruel; por otra parte, la idea de dejar solos a su Román y a Jesús...

—No, hijo; no—repuso al fin—. Me costará trabajo acostumbrarme a prescindir de Milagritos, ¡qué duda cabe! Pero sería en mí de un egoísmo atroz dejaros por ella.

—¿Egoísmo seguir los naturalísimos impulsos de su corazón?

—¡Bah, bah! También el corazón me manda quedarme.

—No, mamita; ese no es el corazón. Tú quisieras quedarte para seguir cumpliendo cerca de Jesús y de mí lo que llamas tus deberes de madre; mas el corazón... ¡Ese no entiende de deberes! El corazón siente, no razona. Tu corazón te lleva junto a Milagritos, junto a esos barbianes que vendrán a llamarte «abuela»... ¿Y tú crees que Jesús y yo viviríamos tranquilos a sabiendas de que un deber te retenía cerca de nosotros mientras que tu corazón estaba en Alcázar de San Juan?

—¡Hijo, por Dios! ¿Supones que únicamente el deber me liga a vosotros, que no os quiero como puedo querer a Milagritos? ¿Y dices eso tú, Román, a quien todos te debemos tanto?

—¿Lo ves, mamá? Según vosotras, me



—VI—

Era ya inútil agitar los pañuelos, y todavía Román y Jesús tremolaban los suyos, despidiendo al novel matrimonio y a su madre. Los tórtolos dejarían en Alcázar de San Juan a doña Milagros para continuar seguidamente—al fin, solos!—su viaje de novios hasta Sevilla.

Aquella inútil persistencia en la despedida parecía explicarla un recíproco temorcillo que embargaba a los dos hermanos: el de mirarse cara a cara y tener que decirse, con los ojos, si no con los labios, «ya se han marchado», «estamos solos», o algo por el estilo, frases todas que les producían cierta inquietud, por si dejaban traslucir en ellas la emoción que a los dos dominaba, y que el uno por el otro querían disimular.

Al cabo, Román, echándolo a barato, exclamó:

—¡Chico, guarda el pañuelo, que van a creer que somos de pueblo!

Y a renglón seguido, cogiendo del brazo a su hermano, caminó en pos de la salida, charlando con una verbosidad más hija de los nervios que de otra cosa:

—¡Hermosa noche! ¡Excelente noche para viajar! ¿Observas cuánta gente viaja ahora? Ya no hay distancias, ya no hay Pirineos... Luis XIV debe ser considerado como el precursor del expreso París-Madrid... Jesús, hijo, ¿quieres no hundir el pecho al andar? Mira, las cuevas se toman así, así...

Y uniéndolo la acción a la palabra emprendió con veloz paso y erguido continente la subida de la calle de Atocha, llevando siempre a su hermano cogido del brazo.

No estaba Jesús ni para andar de prisa, cuevas arriba ni para muchas bromas. Muchacho encogido, tímido, nada expansivo, los acontecimientos de aquel día le tenían como acobardado. La boda de su hermana, el almuerzo con que había sido celebrada reuniendo a las dos familias y a docena y media de buenos amigos, la

broma y el baile que siguieron a la comida, la marcha de los novios—ya marido y mujer—en compañía de su madre, las lágrimas de ésta... Eran demasiadas cosas para Jesús en un solo día.

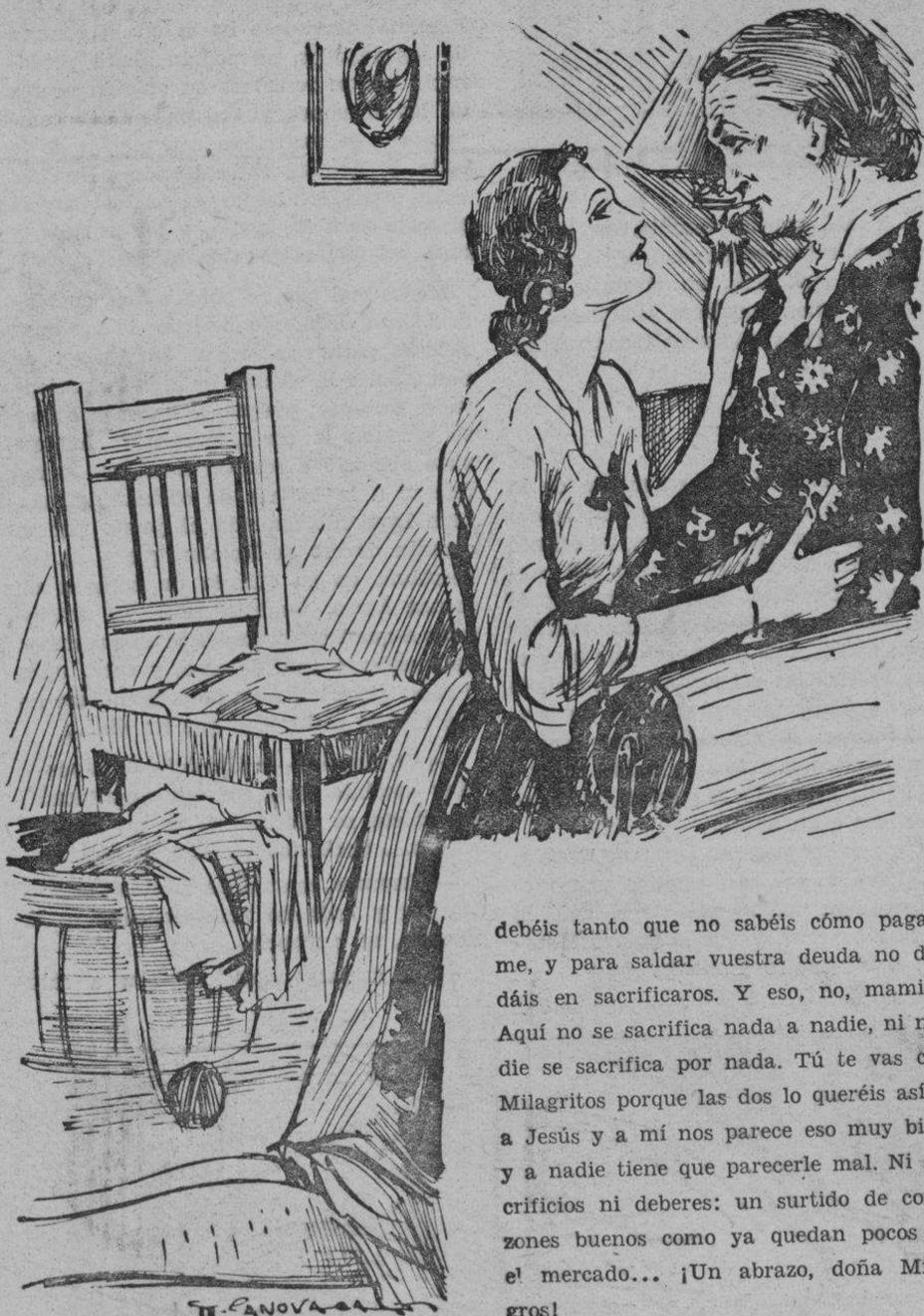
Román, conocedor excelente de su hermano, se hacía cargo del estado de ánimo de Jesús y procuraba distraerle con su charla, tan forzada y deshilvanada entonces, que ni a Jesús ni a nadie era capaz de divertir. Y es que también a Román la procesión le andaba por dentro.

Por mucho que se hubiese ido haciendo a la idea de la separación, pensaba ahora en la llegada a su casa, y en el recibimiento suspirante de Manuela, a la que hubo de prohibir severamente la despedida a la estación con con objeto de evitar una segunda despedida con acompañamiento de lágrimas, besuqueos, invocaciones al padre muerto... No atreviéndose Román a enfrentarse inmediatamente con la soledad que aquella noche iba a sentirse entre las cuatro paredes familiares, había dispuesto cenar por ahí con Jesús, y que Manuela se acostase pronto, que no les esperase; mas él sabía que mucho antes de llegar al piso ya la puerta estaría abierta y en el rectángulo de luz que proyectaba la del pasillo sobre el rellano Manuela aguardaría más despierta que nunca, más charlatana que nunca.

Sentía la íntima satisfacción de haber proporcionado a su madre una alegría inmensa al proponerla y decirle que se fuese a vivir con Milagritos; del matrimonio de ésta no podía tener queja. Pero comenzaba a encontrarse un poco solo.

—Oye, ciprés—dijo bromeando a su hermano—: ¿Dónde quieres que la cojamos ramos?

El gesto vago de Jesús fué también como para animar a cualquiera, y Román



debéis tanto que no sabéis cómo pagarme, y para saldar vuestra deuda no dudáis en sacrificaros. Y eso, no, mamita. Aquí no se sacrifica nada a nadie, ni nadie se sacrifica por nada. Tú te vas con Milagritos porque las dos lo queréis así, y a Jesús y a mí nos parece eso muy bien, y a nadie tiene que parecerle mal. Ni sacrificios ni deberes: un surtido de corazones buenos como ya quedan pocos en el mercado... ¡Un abrazo, doña Milagros!

—¡Ay, Román, qué corazón el tuyo!

Continúa en la la pág. 11

EL LOCOARRIL POR FONTAINE FOX

PEPINO,
EL ACTIVO,
EL HOMBRE MÁS
PEREZOSO DEL
MUNDO.



« ¡ SÉ QUE ERES EL HOMBRE MÁS PEREZOSO QUE EXISTE, PERO DE TODOS MODOS CREO QUE TE SUCEDE ALGO. ¡ VOY A LLAMAR AL MÉDICO. ! »

« ¡ NO QUIERO QUE VENGA A MENOS QUE ACEPTE QUE NO LE PAGUE SI SU MEDICINA NO DA RESULTADO ! »

« ¡ ESTÁ CONVENIDO, DOCTOR, SI NO SE MEJORA, NO LE PAGO ! »

« ¡ O TE TOMAS LA MEDICINA DEL DOCTOR O TE DOY UN TRANCAZO ! »

« LE AVISARÉ SI HAY ALGUNA REACCIÓN, DOCTOR. »

« ESA MEDICINA NO HARÁ EFECTO EN ESE PEREZOSO, Y SI NO SE LEVANTA NO COBRO. »

« TE CUIDARÉ MUY BIEN TU RIFLE DE AIRE MIENTRAS VAS A COMPRAR HELADOS CON ESE REAL... »

« ¡ BENDITO SEA EL SEÑOR, SE HA MOVIDO ! »

« ¡ SIN EMBARGO, NO PARECE QUE SE LEVANTE ! »

« ¡ MEJOR ES QUE LE DISPARE OTRA VEZ ! »

« ¡ VOY A LLAMAR AL DOCTOR ! »

« BUENO, CUANDO EL DOCTOR REGRESE, DÍGALE QUE SU MEDICINA ES MARAVILLOSA Y QUE PUEDE VENIR POR SU DINERO. »

Loretta Young

EL GRAVE cuerpo diplomático, que desde todas las capitales dirige los destinos de los pueblos, pendiente del buen o mal humor con que uno de estos grandes señores recibe una frase, una observación o el gesto de un colega del lado opuesto, encuentra en Hollywood, la capital del cine, un conjunto que lo emula, si no desde el punto de vista de provocar catástrofes internacionales, por lo menos desde el de la reserva absoluta con que las estrellas, por lo general, se expresan de las otras, o no expresan nada, adoptando en la práctica la actitud del tercer mono del conocido y simbólico grupo japonés que nos enseña tres virtudes primordiales que nadie aprende: no ver, no oír y no hablar. Esta reserva, ya proverbial, que las estrellas practican en lo que respecta a la opinión que tienen de las otras luminarias, es siempre blanco de los periodistas amigos de habillitas, que por cuenta propia publican opiniones inocentemente expresadas, con la consecuencia natural de escozor para las partes interesadas.

Por eso el manifestar una estrella para la publicidad lo que piensa de Fulano o de Zutano, la coloca en posición harto difícil porque la incauta puede más tarde encontrarse desempeñando el papel principal con el galán en cuestión, y la situación puede ser tan embarazosa que ponga en peligro su trabajo.

En vista de esto, cuando una de las damas jóvenes de Hollywood, consiente en analizar los diversos galanes con quienes trabaja, se la considera como mujer de valor excepcional. Entre las artistas mejor situadas para el análisis de prácticamente todas las estrellas masculinas que actúan en la capital del cine, figura Loretta Young, debido a que en los diez años que lleva haciendo películas ha tenido que trabajar con las más enconpetadas, nunca con una de segundo orden.

La lista de los galanes con que ha actuado la joven actriz puede calificarse como "Registro de la Nobleza del reino del Celuloide". En los últimos cinco años ellos han sido Joel McCrea, Richard Greene, Tyrone Power, Don Ameche, Robert Taylor, Franchot Tone, Charles Boyer, Henry Wilcoxon, Clark Gable, Ronald Colman, John Boles, Cary Grant y Robert Young. Como quien dice, lo mejor entre lo mejor.

Los anteriores fueron también estrellas de la magnitud de Spencer Tracy, Douglas Fairbanks Jr., Victor Jory, Gene Raymond, Richard Barthelmess, George Brent, James Cagney, Walter Huston, Grant Withers, Conrad Nagel y el primer galán con quien trabajó: Lon Chaney. Esta lista representa veinte y nueve de los más altos valores en diez años, mientras la mayoría de las muchachas se habría considerado beatíficamente dichosa de poder cruzar siquiera diez palabras con cualquiera de estas estrellas.

Miss Young, con gran tacto, eludiendo todo escollo, dice:

—Es imposible clasificarlos como en un registro de indicaciones personales, es decir, como el más apuesto, el más cortés, el más inteligente, el que más promete, etc. Son demasiados para poder clasificarlos así. Solamente, yo me considero en extremo afortunada de haber tenido siempre por compañeros galanes tan famosos y tan agradables. No recuerdo, en realidad, ningún hecho desagradable, pero esto quizá se deba a que yo no puedo trabajar si existe incompatibilidad personal o es él de temperamento irritable.

Esto explica por qué en los escenarios donde trabaja Miss Young impera siempre una atmósfera apacible y agradable. En contraste con los escenarios donde trabaja Katharine Hepburn, que siempre están cerrados, los de Miss Young se mantienen abiertos, teniendo ésta un convenio con el departamento de publicidad de la Fox al efecto de que mientras está haciendo una película puede ver a cualquiera que venga a entrevistarla para evitar hasta donde sea posible las entrevistas cuando se halla de

vacaciones, períodos generalmente cortos.

MISS YOUNG nunca olvida que en 1928 cuando tenía catorce años y desempeñaba por primera vez un papel principal de dama joven, una gran estrella quiso ayudarla bondadosamente, y desde entonces ha tratado de retribuir este beneficio siendo bondadosa con los principiantes que toman parte en sus propias películas.

—Esa estrella fué Lon Chaney—dice Miss Young—que era todo bondad. Yo estaba terriblemente asustada y él lo sabía y por eso muchas tardes, después de terminada su labor, permanecía en el escenario para ayudarme e inspirarme confianza. Siempre le recuerdo por su bondad y no dudo aseverar que al presente no hay ningún artista como él, que no solamente era la estrella sino también el alma de todas las películas que hacía.

—Hoy día,—continuó—hay tantas cosas que ejercen influencia en una película que el actor no puede dominar con su labor como dominaba Chaney con la suya. Los argumentos cambian mucho, tanto que se convierten en cosa como medida y calculada. Esto me ha sucedido a mí misma muchas veces con el resultado de que una se ve obligada a una actuación sin colorido, apenas pasable.

Y sus Galanes

—Clark es bueno con todo el mundo a pesar de lo cual sobre él se dicen muchas cosas desagradables, pero quien las dice no lo conoce. Ahora, Clark y Franchot Tone son enteramente opuestos, y esto apenas puedo decirlo sin aparecer brevemente la educación. Es callado en el escenario. Trabaja mucho, pues se interesa en su labor y lo demuestra. Pero lo que trato de hacer ver es que Clark Gable es un buen muchacho y Franchot es un aristócrata. Cada cual es encantador a su modo, solo depende del tipo que guste a la persona. Ronald Colman figura también entre los caballeros. En ninguna ocasión ha demostrado ser rudo o desconsiderado con los demás. A mi modo de ver es esa reserva y esa dignidad la que hace que todo el mundo se sienta a sus anchas.

—El que más me ha divertido es Bob Taylor y nunca me he reído en otra película tanto como al filmar con él "Private Number." Naturalmente, cuando trabajé con Bob hace dos años no era todavía la gran estrella que es hoy, pero comprendo perfectamente que trastorne a las muchachas. Con él se trabaja muy fácil y es muy dulce, aunque nunca empalagoso. Douglas Fairbanks Jr. es ahora muy distinto al de aquellos tiempos en que hicimos tantas películas juntos para la Warner, hace unos seis años. El viaje por el extranjero lo pulió, aunque todavía es romántico incurable, y convengo con él cuando dice que la gente de ahora no es tan interesante como la de antes. Me alegra que haya vuelto a trabajar en los Estados Unidos, pues aquí hay un gran campo para jóvenes como él.

Labios QUE NUNCA ENVEJECEN



Con su Cambio mágico de tono, Tangee presta armonía perfecta

Si quiere lucir labios bellos, vivos, y aún así de aspecto natural, use Tangee... porque cambia en los labios hasta tomar el tono de grana que más armoniza con el rostro de toda mujer. Resultado: maquillaje adecuado al colorido individual, encantos revividos, labios suaves y frescos. Y para completar el conjunto, Colorete y Polvo facial Tangee que, como el Lápiz labial, se adaptan al colorido natural de su rostro de manera encantadora.

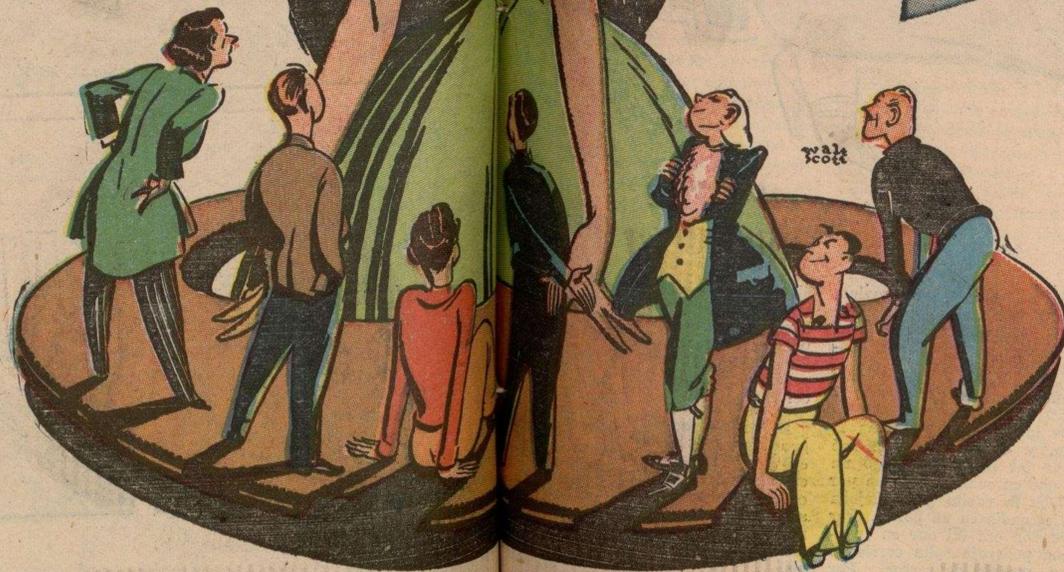
El Lápiz de Más Fama
TANGEE
EVITA ASPECTO PINTORREADO



Quando comienza la película puedo tener una idea de lo que se desea, pero una vez terminada, todas las partes de importancia pequeña se recortan y la atmósfera general queda totalmente alterada.

—Sin embargo—añade—los galanes principales, como tipo, han cambiado muy poco, por lo menos desde que actúo en la pantalla. Antes de 1928 los hubo tan suaves y apuestos como Rodolfo Valentino y Wallace Reid, pero desde hace tiempo son del tipo más bien rudo y bonachón. Clark Gable es uno de los mejores y más naturales entre los jóvenes con quienes he trabajado, y un ejemplo lo demuestra mejor que mis palabras:

—Estábamos filmando "Call of the Wild" en el campo y habíamos pasado allí cuatro semanas de mal tiempo y de frío, con 24 grados bajo cero, sin agua, aislados enteramente durante cinco días por una tempestad. Cuando no trabajaba, me dedicaba a lavar mi ropa de lana, porque todas las sirvientas estaban enfermas. Una mañana en que el tiempo aclaró lo suficiente para filmar, yo me alisté pronto, pero Clark no aparecía. Al fin le grité que viniera, que se hacía tarde, y él me contestó que vendría en un minuto. Fui a ver lo que le sucedía y lo encontré tendiendo su cama.



La Extraña Enfermedad del Miedo

Por Antón Caballero

¿A QUE obedecen esos extraños, ridículos, desconcertantes miedos que sufrimos con frecuencia, esos miedos que unas veces nos hacen creer que estamos a punto de morirnos y otras nos obligan a transigir con cosas que sabemos que están mal?

Por ejemplo, muchos de nosotros sentimos ese miedo mañanero que se nos presenta cuando nos encaminamos a la oficina. De repente, cuando menos lo esperamos, nos sentimos embargados de una extraña ansiedad, un sentimiento de desasosiego que nos anticipa peligros inminentes y desconocidos. Y no vale que nos pongamos a pensar que ya en ocasiones anteriores nos ha pasado lo mismo, sin que el trágico anuncio de desgracias se plasmara en la realidad. Seguiremos sintiendo la corazonada, y si no logramos librarnos pronto de ella, adquiriremos un hábito que en ocasiones es causa de que perdamos la salud y pasemos por momentos realmente angustiosos.

La hipocondría es una enfermedad productora de miedos, y la persona que padece de ella, con frecuencia cree que el más mínimo dolor en la cabeza o el estómago le puede causar la muerte. Una simple alteración de pulso lleva a esas personas a creer que están sufriendo de una grave enfermedad. Y es natural que, dedicados en cuerpo y alma a mejorar lo que creen estado desastroso de su salud, no tienen tiempo ni humor para gozar de la vida.

El Dr. Montgomery, psicoanalista de New York, ha mencionado recientemente algunos de estos casos extraños, en los que individuos saludables e inteligentes—salvo el padecimiento de la extraña enfermedad del miedo—han procedido de la manera más rara y absurda que nadie pueda imaginarse.

UNO de ellos se refiere a un financiero de 62 años, que de pronto le tomó tal miedo a su secretaria, que en su oficina y en sus negocios no se hacía más que lo que ella quería. Y no se trataba de uno de esos casos en que una secretaria joven y bonita emplea sus seducciones en ganarse la voluntad del jefe. En el caso de referencia, no había habido más sino que la secretaria, a los cuatro años de trabajar con el financiero, había comprendido que lo dominaba de manera misteriosa, y se aprovechó de ello para actuar de dictadora en sus negocios y hasta en su hogar.

“El hombre—decía el Dr. Montgomery—sabía que lo que estaba ocurriendo era un absurdo, que la secretaria no tenía capacidad para darle consejos, y que seguir sus indicaciones era desafortunado. Pero en cuanto intentaba rebelarse y despedirla, un miedo extraño lo obligaba a cambiar de propósito y a seguir sufriendo aquella extraña esclavitud.”

Otro caso todavía más raro e incomprensible es, según el Dr. Montgomery, el de un co-



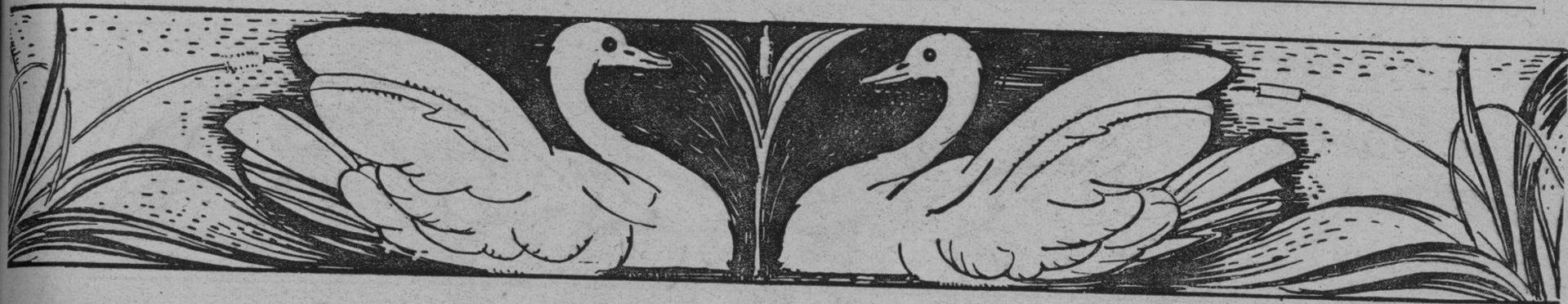
...en cuanto veía una mujer pelirroja salía corriendo para su casa, muerto de terror...

nocido corredor de la bolsa newyorquina. El hombre sentía tal miedo de salir a la calle, que se veía obligado a atender a todos sus negocios por teléfono, desde sus habitaciones privadas.

Tan extraño miedo se le desarrolló también de la manera más absurda: Un día notó que las mujeres pelirrojas le desagradaban, y el desagrado se fué acentuando de tal modo que llegó un momento en que en cuanto veía una por la calle, o daba la vuelta y se alejaba de ella, o se escondía en un portal. Por último la aversión era tal que en cuanto veía a una pelirroja salía corriendo para su casa, muerto de terror. Por

último la aversión hacia las mencionadas mujeres se convirtió en aversión hacia la vía pública, donde podía toparse con ellas. Claro que él reconocía que su acción, su proceder, era ridículo, pero no podía, de ningún modo, librarse del extraño miedo.

El Dr. Montgomery cree que el pelirrojo a que nos exponen esos miedos incomprensibles está dentro de nosotros, engendrado tal vez por un hecho cualquiera que nos ocurrió en la niñez y al que nadie le dió importancia. De ese modo tales miedos, aunque lógicamente incomprensibles, son potencialmente reales.



deseando salir de aquel atoladero en que la emoción les sumía cada vez más, tiró por la calle de en medio y, a manera de aperitivo para la cena, le habló así:

—Mira, Jesús: tú callando y yo diciendo tonterías pretendemos ocultar lo que nos sucede. Esto es ridículo. Ya sabemos que hoy ha sido para nosotros un día de muchas y nuevas emociones, y es natural que estemos un poquillo cansados moralmente. Por otra parte, la ausencia de mamá y Milagritos, aunque por motivos tan gratos, pesa sobre nosotros y nos entristece... Oye, tú: que te hablo como se habla a los hombres; no pongas esa cara.

Calló Román al observar la visible emoción de Jesús y enfocó la cuestión de otra manera:

—No seas chiquillo; repara que vas a cumplir veinticinco añazos y que debes oponer a la emoción la razón. Ese picaró carácter tuyo... ¿Sabes lo que te hace falta? Una novia. Sí, hombre, sí, una novia que te despabile, que te enseñe a reír, a soñar...

—Y con la cual me case y te deje más solo, ¿verdad?

—¡Ta, ta, ta! ¿Ahora salimos con esas? ¿Creerá el mocito que me voy a morir sin su compañía?

—Yo no te dejaré nunca, Román.

—Hombre, no seas ridículo! Tú debes casarte, necesitas casarte; de lo contrario, y con ese carácter tan retraído, dentro de algunos años no habrá quien te aguante.

—¿Y tú? ¿Qué haras tú entonces?

—¿Yo? ¿Qué haré yo?—exclamó Román un poco desconcertado—. ¡Vamos, chico, tienes unas preguntas! Figúrate, yo... ¡Pchs! Anda, vamos a cenar; tú estás débil y desvarías. De seguro que a los postres te animas y me confiesas que te gusta la vecina del segundo derecha o esa norteamericana rechonchita con el pelo blanco y la cara joven a quien ahora doy clase y que te encuentra «muy Greco»... ¡Jesús, en el mundo hay más...! ¡Alto! ¿Ves aquellas letras? ¡Deletrea, hombre, deletrea! Res-tau-rant. ¡Ha llegado el momento! ¡Hurra!!

En toda la noche dejó Román de charlar con su hermano, que al fin, contagiado por aquel buen humor, reconocía que la vida encierra estupendas posibilidades. Poco a poco se fué animando Jesús, y poco a poco se fué callando Román; pero éste, al hallarse aquella noche solo en su cuarto, no tuvo necesidad de hacer pitillos para ordenar sus pensamientos. Restablecido el equilibrio que las emociones del día habían hecho vacilar, sólo quedaba en él una serenidad infinita, una tranquilidad de espíritu abso-

luta. Todo el comentario filosófico que puso a la jornada fué:

—La vida no es tan mala ni tan buena como dicen...

—VII—

En el vestíbulo del caserón de la Dirección de Aduanas, donde se celebraban las oposiciones a la Judicatura, estalló el regocijo de amigos y compañeros:

—¡Treinta y tres puntos! ¡Qué bárbaro!

—¡Bravo, muchacho!

—¡Más merecías!

—Juez te vean mis ojos, que presidente de Audiencia ya te hará el tiempo.

Escaparon como pudieron a los brazos y apretones de manos, y riendo nerviosamente y comentando las incidencias de aquel último ejercicio, los dos hermanos cruzaron de un salto el paseo del Prado, y el telegrama fué redactado así: «Alcázar de San Juan. Viuda Ballester,

había vuelto a reunirse desde las últimas Navidades, y estábamos en mayo. Por primera vez se sentaba a la mesa—es un decir—en una solemnidad semejante Luisito Izquierdo Ballester, distinguido ciudadano de quince meses, quien cuidó de que no se observase la ausencia del jazz en toda la comida. El joven músico improvisó maravillosas perras, aunque su mamá, por modestia sin duda, aseguraba que todo era fruto de concienzudos en-

par de enfermos en la consulta; Jesús brindó su colaboración a Milagritos para ver si entre los dos conseguían dormir al divo, y Román permaneció en el comedor fumando y haciendo compañía a su madre.

—Bueno, bueno, Román—empezó doña Milagros, luchando con aquel dulce sopor que la invadía siempre después del almuerzo—. ¿De forma que lo pasáis bien?

—Mamita, debe ser la vigésima vez que me preguntas lo mismo desde que puse el pie en la estación de este bendito pueblo de las tortas.

—¿Y por qué te lo preguntaré yo, hijo mío?

—No pases cuidado, mamá. Nuestra existencia es fácil... Y feliz. Os echamos de menos, ¡claro!, en muchas ocasiones, pero ¿y el placer de recordar? La materialidad de la vida la tenemos resuelta con Manuela; por otra parte, tú ya sabes que soy un chico ordenadito, y de Jesús no puedo tener queja, porque si su buena luz ha gastado en estos últimos meses, su buena plaza de juez ha conquistado. Por mi parte, cada vez trabajo menos, pues, como Luis se empeña en que no te envíe un céntimo, los gastos son menores; ahora se marchará Jesús...

—¿Y entonces?

—¡Pchs...! Se marchará Jesús...

—...Te quedarás solo...

—Solo, no.

—Con Manuela. Cada día más vieja y, naturalmente, más gruñona e impertinente.

—¡No!

—¡Sí, hombre! ¿No ves que somos casi contemporáneas?

—¡Te calumnias, mamá!

—Me preocupas, Román; me preocupas.

—¡Bah! Echa tu sueñecito acostumbrado y dejemos este tema.

—Ya sabes que nunca duermo después de comer: reposo la comida únicamente, como tu padre hacía. Pero tu situación, Román, no deja... de preo... cupar... me..., no...

Y doña Milagros dióse a reposar la comida, o sea, a dormir una plácida siesta, salvo que ni nadie podía decirla que aquello era siesta ni decidirla a que cambiase la silla por la cama: tenía que ser allí, en el comedor, y no más de una horita corta. ¡Cosas de la edad!

Román quedó pensativo mientras daba las últimas chupadas al cigarro. ¿Su situación? Ciertamente que la marcha de Jesús iba a dejarle más solo todavía. La Manuela, ¡pobre mujer!, llenaba tan poquito sitio... Y todo esto era perfectamente natural. ¿No había sido él quien apuntó a Jesús la conveniencia de las oposiciones? ¡Cosa más lógica...! ¿Que aho-



Mayor, 40. Señor juez, acompañado Román, visitará ésa domingo próximo».

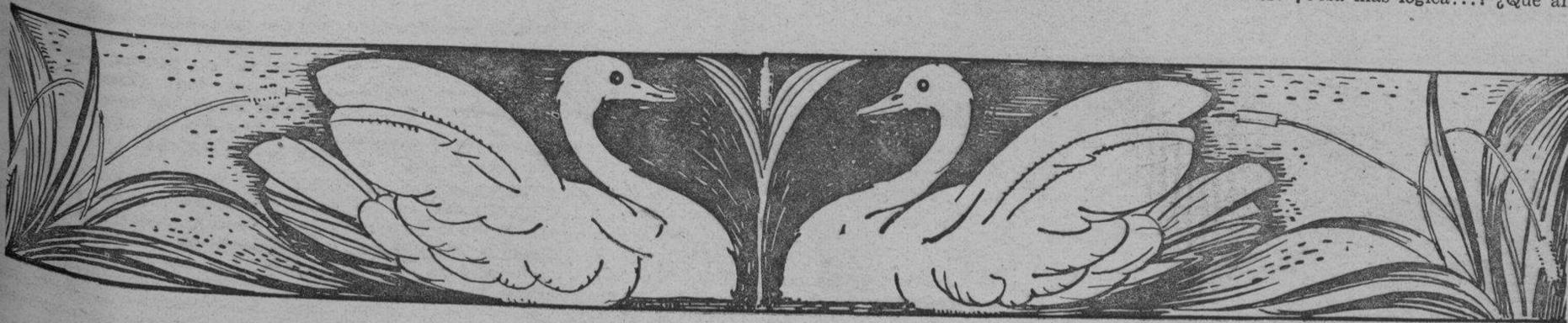
¡Ya era juez el pollo! Trabajillo le costó obtener el número 8, pues se presentaba un plantel de empollones difíciles de vencer. Pero Jesús se propuso salir juez en las primeras oposiciones y lo consiguió con todos los honores.

El almuerzo de aquel domingo en Alcázar fué una fiesta familiar de inenarrable ternura. Dos años largos hacía del matrimonio de Milagritos y la familia no

sayos y de un diente que no acababa de salir.

Los padres de la criatura, y no digamos la abuela, acostumbrados a las audiciones de sobremesa, en la mesa y antes de sentarse a la mesa, encontraban aquello la cosa más natural del mundo, y los tíos, ganados por la novedad, se deleitaban oyendo las insospechadas y poderosas notas que se albergaban en la tierna garganta de su sobrino.

Alzados los manteles, Luis, no obstante ser día festivo, tuvo que atender a un





r se marchaba? ¡Claro...! ¡Pues sí es verdad que se quedaba solo!

—He aquí—continuó—una soledad de la que a nadie puedo culpar y a la que todos han contribuido. ¿Iba a quedarse soltera Milagritos por no dejarme solo? ¡Qué tontería! ¿Privar a mi madre de vivir con su hija? Hubiese sido una crueldad. Lo de Jesús es de una lógica aplastante: terminó su carrera, ganó unas oposiciones, se irá a su destino... Yo he de continuar en Madrid porque allí tengo mi modo de vivir, mi empleo, mis lecciones, lo mismo que Luis tiene aquí su consulta, sus enfermos, y que Jesús tendrá su Juzgado... donde sea. De aquella familia que yo defendí contra viento y marea, a la que sacrifiqué mis ilusiones juveniles, ¿qué me resta? Una vieja criada. ¡Bravo! Y todos son muy buenos, y todos me quieren mucho, y yo los adoro..., pero me quedo solo. ¡Digo, si llegamos

a ser una de esas familias en las que los unos no pueden ver a los otros...! En realidad, la falta es mía: si yo me hubiese casado...

Y Román tuvo un gesto de amargo escepticismo que fué a chocar y a deshacerse en el plácido semblante de su madre, que reposaba la comida de la manera más parecida al sueño.

—VIII—

Jesús, en efecto, marchó al cabo de no mucho tiempo a tomar destino de su Juzgado—un pueblecillo de la sierra de Córdoba—, y Román quedó en Madrid, con la escasa compañía de Manuela, y entregóse al trabajo con juveniles ardores para no sentir el peso de aquella soledad, que cada vez era para él más intolerable.

Con objeto de evitarse las pesimistas conclusiones a las que llegaba en su ya

febril elaboración de pitillos, se le ocurrió comprarse los cigarrillos hechos, pobre recurso que de nada le sirvió, porque entonces se daba a pensar en tanto fumaba los pitillos manufacturados.

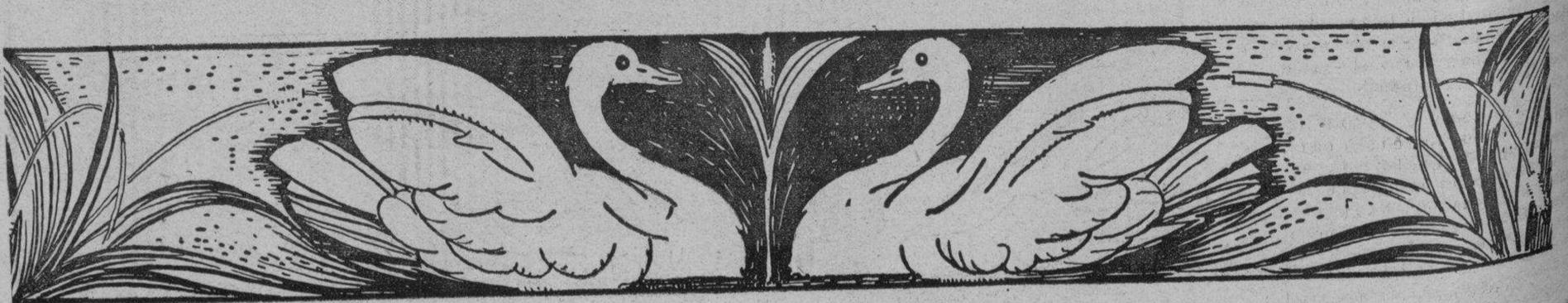
Su madre y sus hermanos le escribían muy frecuentemente y hasta le hacían regalos pueblerinos, de esos tan sabrosos. A Román no le cabía duda de que todos los suyos eran unos verdaderos corazones de oro y que él, modestamente pensando, podía suponerse una viscera cardíaca de análogo metal, metafóricamente considerado.

Una tarde acompañó el cadáver de la pobre Manuela a la santa y postrer morada. Cuando regresó a su casa—que en los días siguientes pensaba dejar para irse a vivir a una pensión—se encontró con una carta de quien menos se podía figurar, de una prima de su madre, la tía Narcisa, que vivía allá en Simancas:

«... y tu madre me ha contado la soledad en que vives. Ya que no es posible irte con ellos a Alcázar, por no haber lugar allí para tu empleo, ¿por qué no pides el traslado al Archivo de aquí? Así podrías vivir con nosotros en familia; mi marido es un buenazo, y tu prima, a quien apenas si conoces, un verdadero corazón de oro...»

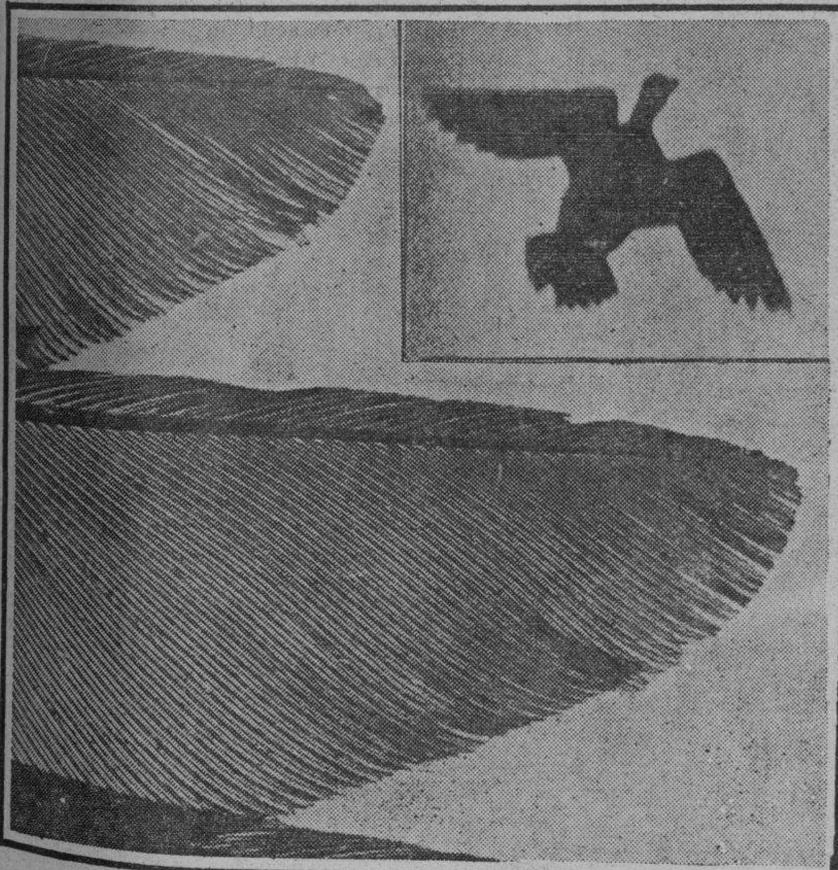
Román hizo de la carta menudos trocitos. Ocho días después se trasladaba a una pensión de la calle de Hortaleza, y al poco tiempo, la patrona, las criadas y los compañeros de hospedaje convenían en que nunca habían visto tipo más gruñón, más brusco, más arisco que aquel archivero de los demonios. Y es lo que decía un muchacho que estudiaba para ingeniero de Minas:

—Estos ratones de bibliotecas sólo aman a sus papeles: la erudición les seca el corazón.





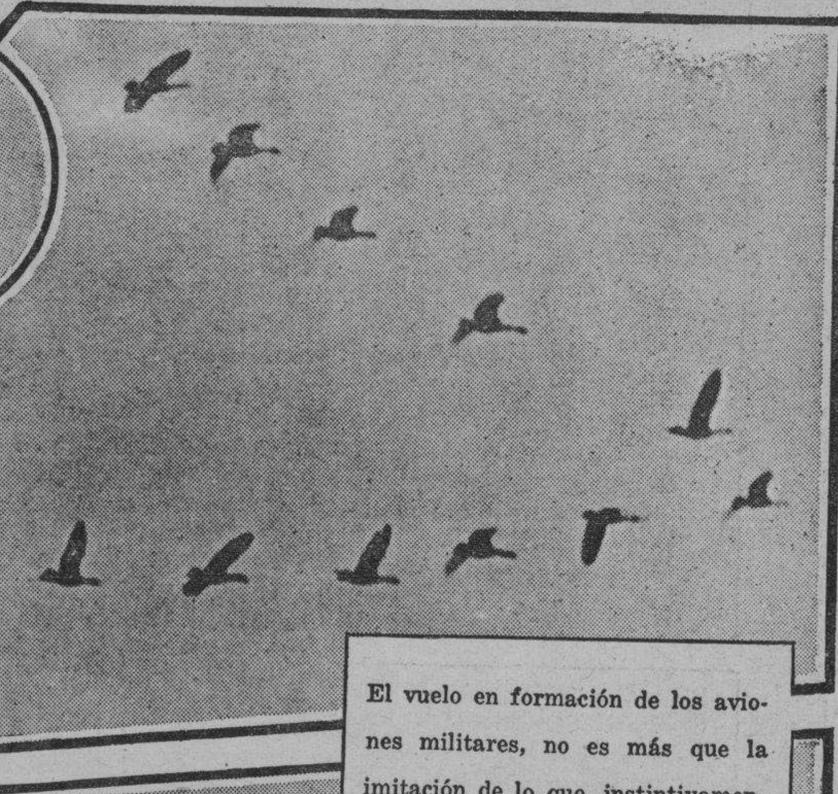
El vuelo de la gaviota recuerda al avión en varios de sus aspectos; arriba, planando, y a la derecha aterrizando. La gaviota coloca las alas en la forma que se vé para hacer resistencia al aire y contener así la caída, mientras que saca las patas, como un tren retráctil de aterrizaje, al aproximarse al suelo.



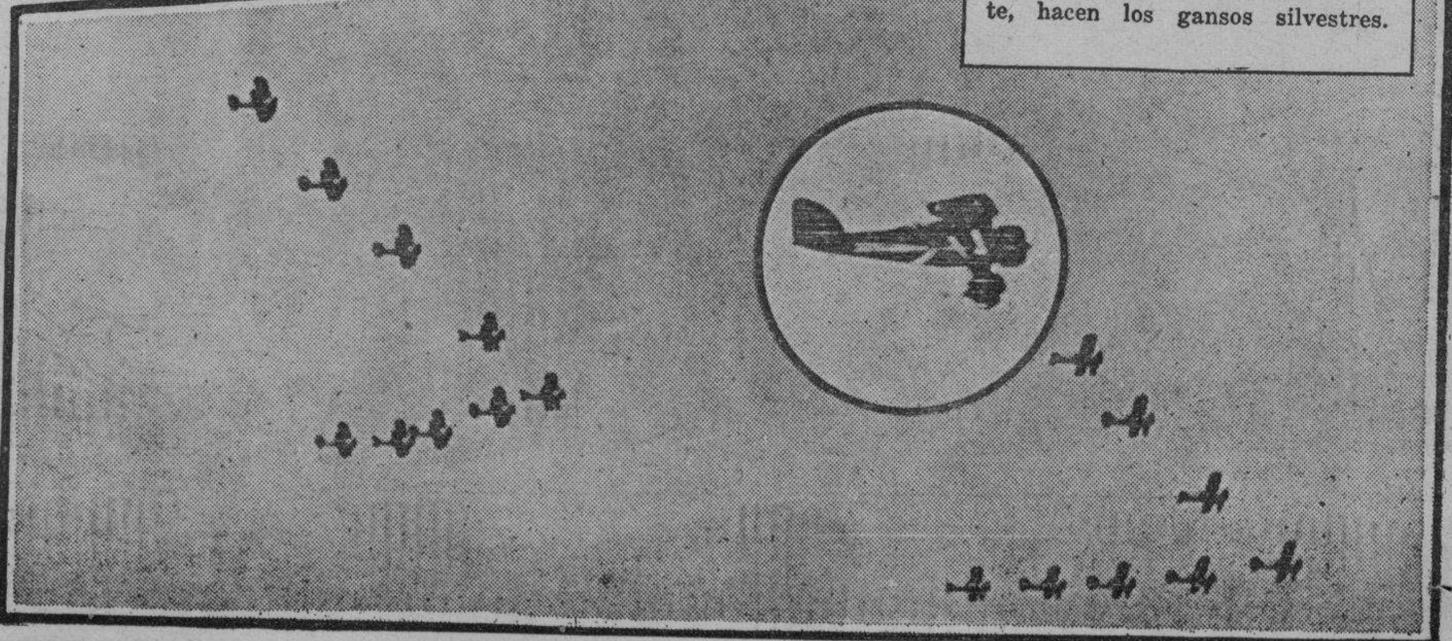
Esta foto revela el secreto del vuelo suave del petirrojo. En primer término se ven las plumas del ala del ave, que al moverse hacia atrás se abren para dar paso al aire, y se juntan de nuevo para dar impulso al vuelo al ser movidas en dirección contraria.

El Misterio del VUELO

por N. Serrot Vidal



El vuelo en formación de los aviones militares, no es más que la imitación de lo que, instintivamente, hacen los gansos silvestres.



El vuelo del ave ha sido, a través de los siglos, uno de los fenómenos naturales más intrigantes para el hombre, ya que encierra cierto misterio aún no descifrado. Hemos aprendido a volar, pero no a imitar el vuelo del pájaro. Numerosos han sido los volúmenes científicos que se han publicado sobre este tema, y sin embargo jamás ha logrado llegarse al fondo del enigma.

Las fotografías que reproducimos en esta página, fueron tomadas con miras a descifrar más el misterio del vuelo. El fotógrafo, Alfred Dixon Simmons, uno de los más conculzados estudiantes de ornitología en los Estados Unidos, se armó de una cámara montada sobre un fusil y tomó, entre otras muchas, estas vistas, que si no explican de un todo la mecánica del vuelo, al menos algo contribuyen a su estudio.

Arriba vemos cómo la gaviota usa sus alas como paracaídas, y cómo, a manera de "tren de aterrizaje", saca las patas al aproximarse a tierra. Un estudio del ala del petirrojo nos enseña otra pequeña lección de aerodinámica: vemos en las plumas raras pequeñas que se abren y se cierran para ofrecer más o menos resistencia al aire, según la dirección en que vaya el ala. El estudio del vuelo del ganso silvestre, también es interesante, especialmente en las migraciones, cuando estas aves toman la conocida forma de "V" de la escuadrilla de combate.

SAHONA

REINA DE LA SELVA

Por MORGAN THOMAS

LA EXPEDICIÓN DIRIGIDA POR MORGAN PENETRA, AL FIN, EN EL CONGO BELGA.

ENTRE TANTO, EN OTRA PARTE DE LA INMENSA SELVA, BOB, EL JOVEN EXPLORADOR, DISCUTE NUEVOS PLANES CON EL PROFESOR VAN DYKE.

PROFESOR ¿QUIERE USTED VENIR AQUÍ?

SI, BOB... VAMOS, NO CREO QUE VAYA UD. A CAMBIAR DE NUEVO LOS PLANES.

PUES, VERDADERAMENTE, SI; ESTÁ VEZ QUIERO...

SUPONGO QUE QUIERE UD. BUSCAR A SAHONA OTRA VEZ...

SI...

PERO, BOB, ESO SIGNIFICA PENETRAR EN LA SELVA.. QUE EN SU MAYOR PARTE NO ESTÁ EXPLORADA...

BUSCAREMOS GUÍAS NATIVOS. TENGO QUE SABER ALGO SOBRE ESA MUJER.

NO SEA TONTO. LOS INDÍGENAS LO ABANDONARÁN PRONTO COMO UD. PENETRE EN LA SELVA. TODOS TEMEN A SAHONA!

PERO YA HUBO OTRO BLANCO QUE LA ATRAVESÓ, EL QUE VINO AQUÍ HACE UN MES.

SI, PERO LE SIGUIERON HASTA NUESTRA PROPIA PUERTA... Y POCOS DÍAS DESPUÉS MURIÓ MISTERIOSAMENTE, EN HORRIBLE AGONIA.

DE ALGUNA ENFERMEDAD DE LA SELVA, DESCONOCIDA PARA NOSOTROS... NO PODEMOS CREER EN HECHIZOS DE NEGROS.

TENEMOS QUE DESCUBRIR SI REALMENTE ES UNA MUJER BLANCA, COMO CREÍA ESE DESGRACIADO... TENGO QUE DESCUBRIRLO... ¡Y LO DESCUBRIRÉ!

POR EL NORTE, LA EXPEDICIÓN DE MORGAN CONTINÚA SU MARCHA INCESANTE HACIA EL SUR...

LOS NATIVOS SE DAN PRONTO CUENTA DE LA INVASIÓN DEL BLANCO.. Y AL PUNTO EL MISTERIOSO TELÉGRAFO DE LA SELVA TRANSMITE INFORMES A SAHONA....

EN SU REINO, SAHONA BUSCA EL MEDIO DE ESQUIVAR EL ATAQUE Y LLAMA A LOS MÁS SABIOS DE SUS CONSEJEROS PARA HALLAR EL MODO DE DERROTAR EL ENEMIGO.

El día 22 de abril de 1898, aparecieron frente al litoral de San Lázaro los barcos de la escuadra americana encargados de establecer, como primera medida de la

guerra hispano-yanqui, el bloqueo de la isla. El gobierno español había advertido al pueblo que la aproximación a la costa de dicha escuadra se anunciaría con tres cañonazos disparados por el Castillo del Morro; y efectivamente, a las cinco de la tarde de dicho día 22 de abril, sonaron los tres cañonazos; y la Habana entera, en medio de un ensordecedor vocerío —de entusiasmo y de esperanza en unos y de reto en otros— acudió en masa al Castillo de la Punta; e invadió los arrecifes de San Lázaro para contemplar el masiado espectáculo que iba a ofrecerse a su vista.

Dos meses antes, el 15 de febrero, la Habana había presenciado un espectáculo insólito con motivo de la explosión del acorazado de la Marina de Guerra norteamericana «Maine», cuyos restos informes y retorcidos se levantaban, casi humeantes aún, en medio de nuestra bahía, como un monumento recordativo de aquella horrible desgracia. Desde el momento de la explosión, ocurrida a las diez de la noche y que estremeció y llenó de espanto a toda la ciudad, se esperaba la declaración de guerra a España, del Gobierno americano; así que cuando éste se la presentó al de Madrid, por medio de su Embajador Mr. Woodford, a nadie le preocupó el caso; y todo el mundo se dispuso con la mayor tranquilidad a esperar el natural desarrollo de los acontecimientos que con la inflexible lógica de la historia iban buscando ya su definitivo desenlace.

La voladura del «Maine» ocurrió a las diez de la noche del citado día 15 de febrero. En el interior de la ciudad el ruido de la explosión se tomó al principio por el del cañonazo que a esa hora acostumbraba a disparar el correo francés, que salía todos los sábados; pero inmediatamente siguió la segunda explosión que fué formidable; y la Habana entera corrió a los muelles, contemplando el más horroroso espectáculo: la oficialidad del crucero americano, que se encontraba en tierra, celebrando una comida, fué avisada del siniestro; y ya se puede imaginar el estupor que les produjo la inesperada noticia. Desde los muelles, una numerosa multitud, presa del más terrible pánico, contemplaba el horroroso espectáculo, arrojándose algunos espectadores al agua para prestarles su auxilio a los infelices marineros que se veían nadando cerca del barco incendiado. Entre esos héroes se encontraba el entonces joven actor del teatro «Alhambra», Arturo Feliú, quien pudo lograr la salvación de varios de aquellos, yendo en un bote que pudo abordar en su camino; hoy, en premio a su heroico servicio, es el guardador oficial del monumento elevado en el Malecón a las víctimas del «Maine». El entierro de estas —casi toda la tripulación del crucero— dejó la más dolorosa impresión y el más triste recuerdo en cuantos lo presenciaron. Y después, las conjeturas; las profecías; las discusiones; un guasón anónimo hizo circular por la prensa de New York el «canard» —creído por muchos— de que los autores de la voladura habían sido Paco Díaz, el inofensivo «Paco de Oro», popular repórter del periódico «La Unión Constitucional»; y su compañera en el mismo, la célebre escritora española Eva Canel; y al fin la declaración de guerra; y los acorazados americanos frente al litoral de la ciudad.



Surgieron como pasa siempre en estos casos los «enterados de todos»; y allí empezaron a correr noticias y profecías que pusieron, como era natural, más de punta aún de lo que lo estaban, los nervios de aquella numerosa y abigarrada muchedumbre, en la que figuraban miembros de todas las clases sociales, desde las más cultas y escogidas, hasta las más humildes y populacheras. Unos decían que el primer desembarco se verificaría aquella misma noche por la bahía del Mariel; otros aseguraban que habían desembarcado ya por la bahía de Matanzas; y alguien, «que tenía un pariente en la Comandancia General de Marina» —hoy está allí la Secretaría de Educación— informaba con lujo de detalles, que el bombardeo de la ciudad daría comienzo en las primeras horas de la mañana siguiente. Los vendedores de prismáticos y catalejos de larga vista hicieron su agosto vendiendo aparatos de esa clase a crecido precio; y salieron a luz infinidad de viejos gemelos de teatro y telescopio con los cristales rotos y deslustrados, que escasamente servían para enfocar el rostro de los más próximos paseantes. En aquella encendida y luminosa tarde de abril, los entonces potentes acorazados de la escuadra que mandaba el Almirante Sampson, se balanceaban retadores allá en el lejano horizonte, blancos unos; grises otros; ondeando al aire el penacho de negro humo que arrojaban las bocas anchas y recortadas chimeneas, y destacándose, al volverse medianamente de lado, el potente y largo cañón de proa con que nos iban a hacer polvo, según el profeta de la comandancia, en las primeras horas de la mañana siguiente. Con eso y todo, una alegría nerviosa e inexplicable había hecho presa en los moradores de la bloqueada ciudad; y todo eran

risas, chistes, bromas y comentarios cómicos, que corrían de grupo en grupo y que iban a dar vida y aliento a uno de los períodos más animados y pintorescos de nuestra historia de la independencia, así como el que le había precedido, el de la reconcentración, había sido en cambio el más fatídico y siniestro, con su oscuro horizonte sin esperanza; y lo inseguro y problemático aun de la intervención americana, que no acababa de resolver el Gobierno de Washington de una manera práctica y definitiva.

Observados con los catalejos y gemelos de larga vista, podíanse apreciar claramente los detalles de las unidades bloqueadoras: el «Brooklyn», el «Montgomery», el «New York», el «Vulcano», el «North Caroline», etc., etc.; y sobre todos, el «Iowa», que se destacaba de los demás por la pronunciada anchura de sus bordas. En cuanto se veía en la calle alguna mujer exageradamente gruesa, los maldicientes no tenían reparo en gritarle:

—¡El Iowa!

Los Zorrillas y Verdís callejeros sacaban todos los días nuevas rumbas y décimas; de las primeras recordamos una que decía:

—En casa de Josefina
no se come más que harina,
con melcochita sabrosa,
que la vende Sinforosa.
Corre mi china
corre Mercé,
que el Montgomery
te va a cojer.

Ibrillio, el trovador callejero que vendía ¡«a medio la décima»!, sacó varias muy oportunas, entre ellas las que empezaban con esta:

En la Habana y en la Mocha
se mata el hambre la gente
comiendo harina caliente

y dulcito de melcocha.

La vieja se vuelve chocha
viendo cara la butuba;
pero aun que de precio suba,
mientras haya mango y caña,
del hambre la fiera saña
jamás sentirá mi Cuba.

Sin embargo, «la caña estaba a tres trozos», frase con la que desde entonces empezó a clasificarse la situación cuando no estaba desahogada.

Con permiso de los bloqueadores, entró en la bahía el vapor «Lafayette» —el antiguo— de la Compañía Transatlántica Francesa, volviendo a salir al día siguiente atestado de viajeros que abandonaban la ciudad por miedo a las futuras contingencias, siguiéndole al otro día el bargantín mexicano «Arturo», también abarrotado de fugitivos. Pero no se crea que unos y otros se despedían con frases y gestos trágicos; todo el mundo «choteaba» y se reía del caso.

¡La alegría del bloqueo! Veíanse los teatros rebosantes de público, corría el dinero como desbordado río de oro acuñado; los centenes relucían como pequeños soles, acabados de sacar de los paquetes, sobre las mesas de los cafés y restaurantes, y los tapetes verdes de las casas de juego; los salones y las escuelas de baile se multiplicaban hasta lo infinito, alegrando las calles con el insitante sonar de sus orquestas—entonces no se conocía ni había irrupción aún en nuestro mundo coreográfico, ni el «fox», ni el «twestep», que traían embotellados los bloqueadores— y todavía mandaba y reinaba el cadencioso danzón criollo, que los jóvenes oficiales de la infantería española proclamaban «más dulce que la caña».

(Continúa en la página 16)

(Continuación de la pág. QUINCE)

En los muelles de la bahía, autorizados por el entonces Gobernador Civil de la ciudad, el prestigioso miembro del gobierno autonómico, don Rafael Fernández de Castro, funcionaban públicamente juegos de todas clases: ruletas, barajas, loterías, tapitas, dados, etc., pagando una crecida cuota que iba a engrosar el fondo para las cocinas económicas que se levantaban en los barrios pobres: todo el mundo iba en coche, en aquellas rápidas y elegantes duquesas que alegraban el tránsito con el sonoro repicar de su timbre para llamar la atención de los peatones—¡Tin, tan!—lo que dió origen al dicho popular: «Tin tan, te comiste un pan», que más tarde sirvió de título a los hermanos Robreño para uno de sus más aplaudidos sainetes: se organizaban fiestas y excursiones a las afueras de la capital, en lugares rayanos, casi con los campamentos mambises; y acudían a la Habana de los puntos más remotos del interior de la isla—las estaciones del tránsito estaban custodiadas por guarniciones de tropas—infinidad de curiosos que venían a ver los barcos americanos que iban cada día estrechando más y más el bloqueo.

Surgieron como por encanto infinitos armadores; y se organizaron entre las manos varias empresas navieras que en un santiamén armaban una desvenecada goleta en trasatlántico, abanderándola mexicana, peruana u holandesa; y vengan pasajeros a cincuenta y cien pesos el viaje de la Habana y Yucatán o Tmapico, para huir de los horrores de un bloqueo que sólo asustaba a los pobres de espíritu que creían a ojos cerrados en las patrañas echadas a volar por los mismos que explotaban aquel negocio. Estos embarques revestían un aspecto trágico cómico que daba lugar a graciosísimas invectivas y cuchufletas. Algunos guasones se paseaban entre los fugitivos con unos pequeños lios debajo del brazo, pregonando: ¡Camisones para hombres!

Un sastre de la calle del Obispo llamado Modesto Alonso, reunió algunos miles de pesos con tan productivo negocio. Dejó provisionalmente el centímetro y las tijeras por el martilló y el serrucho; y había que verle en compañía de dos o tres carpinteros, abordo de aquellas deterioradas embarcaciones, levantando pasillos y camarotes de primera y segunda clase, guiados por una ingeniería naval primitiva que hacía la mar de gracia.

La salida de cada una de aquellas naves constituía una de las más animadas y pintorescas escenas del bloqueo. Rechiflas; adioses cómicos; trompetillas... Flotaba en el ambiente un ansia de reír y dar rienda suelta al buen humor que tenía después de todo lo más fácil de las explicaciones, en aquel ambiente de risueñas esperanzas que todo el mundo respiraba. La misma necesidad se revestía de un humorismo tan sui-géneris, que dió lugar a aquella frase tan popular como pintoresca:

—En casa no comemos; pero ¡nos divertimos más...!

En los paseos se abordaban las gentes con un afectuoso apretón de manos, haciendo sottovoce y con el consiguiente sigiloso, desde luego, los de la misma hermandad, esta pregunta:

—¿Se sabe algo de la Escuadra?

—Dicen que está en Cabo Verde—con testaban con chunga.

Se habló de Cabo Verde esta vez por todo lo que nos restaba de vida. Atlas y Enciclopédicos fueron consultados infinitas veces para satisfacción de curiosos y estrategias que trazaban planes y rutas con arreglo a sus esperanzas y deseos; y

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

no faltaba quienes indicaran ya de antemano el sitio, en medio de los mares, en que ambas poderosas escuadras iban a encontrarse para deshacerse a cañonazos.

—Los yanquis—decían—le tienen un miedo terrible al abordaje español. Y las imaginaciones calenturientas trazaban cuadros espeluznantes de piratería, remangados los puños y de los marineros armados de grandes y afilados cuchillos; y la sangre corriendo a borda.

No se hablaba más que de Lepanto y el Callao, mientras el futuro preparaba Cavite y Santiago. En el vestíbulo del teatro «Albisu» sostenía frecuentes discusiones con los «intransigentes», el ilustrado Comandante de la Marina Española, don Pedro Peral, hermano de Isaac, el inventor del submarino, haciendo notar la superioridad en todos los órdenes de la Marina Yanki sobre la española.

El General Blanco, entonces Capitán General de la isla, y a quien el destino reservaba para escribir aquel histórico mensaje al pueblo—«No siempre el valor acompaña la fortuna...»—había jurado a la multitud que se congregó una tarde en la Plaza de Armas, desde el balcón de Palacio: «luchar hasta verter su última gota de sangre». Más tarde murió de anemia el propio General.

Mientras tanto, los acorazados americanos el «Brooklin», el «Texas», el «Vulcano», que conducía la dinamita; el «Iowa», el «Louisiana», el «Montgomery», etc., continuaban imperturbables en el horizonte, firmes como si hubieran echado raíces en las rocas del fondo, bañando por las noches el litoral con los haces de sus potentes focos eléctricos; los cuales no fueron óbice para que el vapor español «Catalina» burlase una noche el bloqueo con todas sus luces apagadas; y arribase sin novedad, dos días después, a un cercano puerto de México, para abastecerlos de víveres a su vuelta a Cuba. Sabedor de esta furtiva salida, por uno de los oficiales de a bordo, que era nuestro amigo, en compañía del actor Pirolo y del escenógrafo Miguel Arias, acudimos aquella noche al litoral de San Lázaro, viendo cómo se deslizaba ante nosotros la negra mole del trasatlántico, como un enorme monstruo de las sombras; y esperando de un momento a otro el cañonazo de alba; y no sonó el cañonazo: el «Montserrat» había burlado el bloqueo. A su vuelta entró triunfante en Matanzas; después volvió a realizar la peligrosa hazaña; y esta vez recaló en Ciego de Avila.

No siendo el episodio del barco de guerra español surto en la bahía de la Habana. «Conde de Venadito», que se arriesgó una tarde a salir del puerto para provocar la agresión de los acorazados americanos y obligarlos a acercarse a la costa, para ser cañoneados por el Morro, lo que resultó en vano, pues el yanqui lo que hizo fué lagarle una andanada y permanecer impávido en su línea; y la entrada espectacular de la goleta «Santiago», que a todo trapo salió una mañana de buen viento de Bahía Honda y penetró sana y salva en nuestro puerto, bajo los cañonazos que se cruzaban uno de los acorazados americanos y la batería de Santa Clara; y no siendo también el bombardeo de Matanzas, que sólo produjo la muerte de una acémila de la artillería española, por

lo que se le llamó el «bombardeo del Mulo»; y no siendo, en fin, la zozobra que de vez en cuando despertaba en los timoratos el lejano cañoneo de la escuadra bloqueadora practicando ejercicios de tiro al blanco, que se tomaban por encuentros con la escuadra española; no siendo todo eso, repetimos, que le daba cierto interés al bloqueo, éste acabó por entrar en el período de la monotonía y la vulgaridad.

Aprovechando la actualidad, escribimos un propósito cómico lírico titulado «El bombardeo del Mulo», que se estrenó en el teatro «Alhambra»; que duró en el cartel el resto del bloqueo, siendo una de sus notas de actualidad y que nos dió buenos dineros para pasar aquellos cuatro meses históricos. Los dos únicos teatros que funcionaban, «Albisu» y «Alhambra», se veían siempre llenos; como así los bailes que se daban algunas que otra noche e Irijoa. Los cafés del parque y de la Manzana de Gómez, el famoso «Salón H» entre ellos, estaban siempre concurridos.

Y entonces llegó al colmo en la ciudad la alegría del bloqueo; las colas que se formaban a las puertas de las panaderías, para alcanzar uno de aquellos que se les llamaba «panes de Arolas»—por el Comandante militar de la plaza que había organizado el reparto—resultaban una verdadera diversión, con sus dicharachos y sus cantos:

«El que quiera pan de Arola
tiene que ir pa la cola»

y otros por el estilo, que se encargaba de improvisar la musa callejera siempre que la ocasión se le ofrecía.

Apesar de la carencia de víveres que se experimentaba en la plaza, rara vez ocurría el asalto de alguna bodega de barrio; lo que solamente tenía lugar, de raro en raro, cuando se tenía conocimiento de que en alguna de ellas se acaparaba maliciosamente algún saqueo de arroz, para venderlo de ocultos y a abusivo precio. Garbanzos y frijoles colorados los había en abundancia, por traerlos de las cercanas costas de México las goletas y los vapores que una vez que otra lograban burlar el bloqueo de los barcos americanos y arribar a algunas ensenadas de las costas que ofecen nuestros litorales. Inusitadamente empezaron a circular por la ciudad unas latas grandes de carne de Chicago en conserva, a lo que no podía dársele otra explicación—y acaso era la verdadera que tenía—sino de que habían sido desembarcadas, de noche y de contrabando, por marineros de los propios navíos bloqueadores; lo cierto era que resultaban muy frescas y apetitosas; y que se vendían a precio relativamente módico, dadas las circunstancias; tenían un marcado sabor de «ropa vieja a la criolla». Maíz tierno abundaba por toneladas; comieron tamales y frituras de maíz los habaneros de entonces, para todo el resto de su vida. Cuando de alguna bodega de barrio se extraía a viva fuerza por el pueblo algún saqueo de arroz, éste era llevado en carretilla y entre la rechifla general a la más cercana plaza o lugar propio para el caso; y allí se le obligaba al dueño cinco centavos la libra, y a dársele de balde a los que ostensiblemente se veía que no tenían dinero para comprarlo; no se dió nunca el asalto, saqueo y robo de ningún establecimiento de víveres, ni de ninguna clase;

Corría el dinero, como dijimos, que era una bendición; y con él todo se conseguía. Además, aquella situación de guerra había borrado las barreras divisorias de las clases sociales—«en la guerra como en la guerra» que dicen los franceses—y nadie tenía amenos hacer pública sus escasas y fatigas. Despojarse de la vanidad y de las conveniencias sociales ya era de por sí un inestimable beneficio. Experimentábase instintivamente la sensación de estar sentados todos cabe las orillas de una amena ribera, esperando la llegada de algo que iba a colmar nuestras ansias; los nativos, la consecución de sus ideales; los representantes y de ensos del poder colonial, el fin y término de una situación que ya se había hecho insostenible...

Al fin se supo que la tan esperada escuadra del Almirante Cervera había entrado en el puerto de Santiago de Cuba; y la tensión nerviosa de los habaneros sintióse aliviada, libres ya de presenciar a la entrada de nuestro puerto el fiero combate naval de que tanto se había hablado desde el principio del bloqueo. La escuadra americana, con objeto de embestir a la española, intentó cerrar el puerto de Santiago, hundiendo a la entrada de éste el pontón «Merrimack»; no logrando otra cosa que cubrir de gloria al heroico marino yanqui teniente Hockson encargado de llevar a cabo la arriesgada operación; y del cual fué hecho prisionero y encerrado en el Castillo del Morro de aquel puerto, donde, según su propia confesión, fué tratado por sus guardianes con la más generosa y noble caballerosidad. Hockson llegó a Almirante, y falleció hace poco. Inesperadamente, el Gobierno Colonial lanzó en las primeras horas de la mañana del día 13 de Junio de 1898 la noticia de que la escuadra española había abandonado la bahía de Santiago «disparando sin cesar por ambas bandadas y rumbo al Este...» Debióse decir mejor «rumbo a la gloria», por que horas después, bajo los infinitos y certeros disparos de sus numerosos enemigos, esta escuadra en las más brillantes páginas de la Historia los nombres de Cervera, Eulate, Cortés, Villamil...

¡Cuánta razón tenía el comandante don Pedro Peral cuando entre denuestos y disimuladas malquerencias, vaticinaba aquella «innecesaria e inicuá derrota» en sus discusiones del teatro «Albisu». Pero al burro muerto...

En la Habana se empezó a cantar, primero en voz baja y después a todo pecho—porque cuando se pierde el miedo hay que ver lo valiente que se pone uno—una tonada que decía:

Acabóse en la Habana ya el bloqueo
de nuevo la comida viene ya;
y en Santiago de Cuba la bandera
nos ofrece la grata libertad.

El año de 1930, año de pesadillas e inquietudes, los ojos buscaban en vano en el horizonte de la Patria, algo que pudiera alentarnos y confortarnos; ya no se veían allá en el mar aquellas naves de 1898 que traían a su bordo la realización de nuestro ideal de toda la vida; y cuando una mañana entraron por la boca de nuestro puerto otras unidades venían, como antes, con motivo de nuestro ideal; pero esta vez, acaso para llevarse; lo que no se verificó, gracias a la honradez política de que, dieron prueba elocuente, para con nosotros al menos los visitantes.

Cuba, como la esposa de Hernando Soto, según dice la leyenda:

«Tiene los ojos comidos
de mirar para la mar».

SENLIS. Todos los escritores, no importa dónde hayan nacido, llegan a creer, tarde o temprano, que el medio ambiente es el factor determinante de la calidad de las obras que se producen para vender al público. Hubo una época ya remota en que los hombres de letras, necesitados de expresar sus pensamientos para la posteridad, tomaban la pluma y el papel y empezaban a trabajar en cualquier sitio en que recibieran la inspiración divina.

En mi larga asociación con caballeros de la pluma, bien hayan sido triunfadores o meros escritores experimentales, he notado que se dedica entre mis conocidos y amigos una gran parte del tiempo a averiguar cuáles son los ambientes propicios a la producción de obras que llamen la atención del público. Como estoy convencido de que no hay un patrón especial de ambiente que responda a las exigencias de todos los temperamentos, quiero referirme al caso concreto de Louis Bromfield, que ilustra admirablemente lo que un autor es capaz de realizar viviendo en las circunstancias en que él ha resuelto hacerlo, por espontánea selección.

El método Bromfield, con ligeras variantes para adaptarse a los caprichos individuales, es la cosa más sencilla del mundo. Todo escritor con aspiraciones a sobresalir entre los populares podría ensayar este sistema en pequeña escala, con vistas a adoptarlo permanentemente si le diese los resultados apetecidos.

Por el interés que pudiera tener para mis contemporáneos el asunto, hice un viaje especial a Senlis, a sesenta kilómetros de París, donde el celebrado autor pasa ocho meses del año, con el propósito de enterarme de los detalles de su preparación para realizar el trabajo profesional de escritor. Louis, nacido en el Estado de Ohio, Estados Unidos, hace cuarenta y un años, desciende de nativos del oeste yanqui y de muchacho aprendió de su padre, que era negociante en bienes raíces, todas las artes de la agricultura. A los 16 años ingresó en un colegio, y de allí salió con el deseo de convertirse en periodista. Estalló en eso la Guerra Mundial y vino a Francia como soldado. Mientras peleaba en las trincheras se enamoró del paisaje francés, al que juró volver tan pronto terminara el conflicto. Veinte años más tarde lo he encontrado aquí cultivando la tierra de su jardín, protegido por una alta empalizada, en el que siembra patatas, maíz, calabazas y rábanos. Con los pies metidos en unos zapatos bastos y sin medias, estilo campesino, Bromfield suda, casi desnudo y con el cutis tostado como el cuero mexicano.

—Soy un adorador del sol—me dijo—y me gusta recibir sus ardientes rayos. Se secó el sudor de la frente y de los ojos, y se dispuso a cambiarse a unas ropas sencillas para recibirme.

—¿Qué desea tomar?

—¡Lo mismo!

—Coca-Cola—contestó riéndose. Los bebedores de vino de Francia se han dedicado a lavarse el estómago. Yo la traigo por barriles. Todo el mundo la toma.

Bajo la sombra de los árboles de peras, melocotones e higos que se levantan en las márgenes del riachuelo «La Pequeña Monja», que atraviesa su pequeña finquita, me tomé dos vasos estimulado por la perspiración del novelista. Pocos minutos después él se metía en una ducha y le gritaba a un empleado que cogiera unos mazos de maíz verde, habichuelas tiernas, frutas maduras y flores frescas para adornar la mesa. En medio de aquella encantadora ceremonia hizo acto de presencia un perro «bulldog» lleno de fiereza que parecía criado por Cer-

RECETA

para ser UN GRAN NOVELISTA

COMO VIVE Y COMO ESCRIBE LOUIS BROMFIELD, EL NOVELISTA YANQUI QUE RESIDE EN UNA VILLA DE FRANCIA. ENAMORADO DEL PAISAJE QUE CONOCIO CUANDO TOMO PARTE EN LA GUERRA MUNDIAL COMO SOLDADO, A FRANCIA FUE A RESIDIR EN CUANTO CESARON LAS HOSTILIDADES. HA ESCRITO NUEVE OBRAS DE GRAN EXITO, TRADUCIDAS A VARIOS IDIOMAS, DE LAS CUALES SOLO HA LEIDO UNA DESPUES DE PUBLICADA.

por **BOB DAVIS**

bero, y me miró con sus ojos nada amigables. Le grité a Bromfield que me dijera lo que debía hacer, pero antes de recibir la contestación, el perro, que se llama «Beauty» y lleva el nombre grabado en el collar de metal, saltó y se sentó en mis rodillas, comenzando a lamerme el sudor frío de las manos.

—No le hace daño a nadie—dijo Bromfield asomándose por una ventanilla a estilo de los hermanos Marx—, y puedo asegurarle que usted le ha caído muy bien. Advierto en la entrada del portal que es un perro bravo, para que la gente que

me viene a visitar y trae otros perritos los dejen fuera con el chofer.

Después que «Beauty» lamí mi cara lo bastante, apareció un grupo de muchachos encabezado por las tres hijas de Bromfield y su mujer, y fui llevado a tomar un almuerzo que parecía tener misteriosos poderes magnéticos. A poco comenzaron a llegar los vecinos, solos, por parejas y por montones, desfile que duró unas dos horas, con Bromfield, inmaculadamente vestido de azul y sin cuello, haciendo el papel de padre de familia para los habitantes del Departamento del Oise,

donde tiene fama de poder cocinar de vez en cuando una cena de cinco platos.

Terminada la fiesta, me condujo a un jardín lleno de flores, donde había no menos de cincuenta ejemplares diferentes de dalias, todas con capullos del tamaño de repollos, y muchas de ellas, en gran variedad de colores, injertadas por su propia mano de jardinero. A la orilla del riachuelo por donde se deslizan las truchas, pasé unas horas de verde felicidad. Al otro lado de la carretera tenía otro pedazo de tierra dedicada a la horticultura, la última palabra en fecundidad agrícola. Allí el labrador Bromfield es el amo de la tierra por medio de la máquina. Recordando sus nueve obras de gran venta en los Estados Unidos, le pregunté:

—¿Cuándo saca tiempo para escribir?

—Entre 9 y 10 de la mañana, antes de que las demás personas se levanten, y de once de la noche a dos de la madrugada, cuando están dormidas. Escribo todas mis novelas a mano, y después mi secretaria las pasa a máquina. Entonces tomo el manuscrito, lo altero, lo arreglo cuidadosamente y lo reviso. De este material vuelvo a dictar una novela completa y se la mando al impresor. Ahí termina todo. Con excepción de «El Extraño Caso de la Señorita Annie Spragg», nunca he leído una de mis novelas después de publicada, ni pienso hacerlo. Mi próxima obra será una trilogía acerca de la historia de una familia que residió en los Estados Unidos por dos siglos. Pero la escribiré en Francia, donde vivo en un ambiente propicio a mi carácter y a mis limitaciones».

Dicho esto, el trasplantado Mr. Bromfield, uno de los novelistas más destacados de la civilización, a quien se lee en varios idiomas, se cambió a ropas de ciudad y me condujo en su automóvil Ford, a setenta kilómetros por hora, hasta París. Regresó a tiempo para cenar con su familia.

La Liga de Autores debe tomar nota y propagar la noticia entre los escritores que deseen un lugar excelente para tomar baños de sol y producir prosa perdurable.

LA FIEBRE

acabará con Ud. si no empieza a tomar

QUINIUM

LABARRAQUE



El más poderoso regenerador, aprobado por la Academia de Medicina de París como el más poderoso de los tónicos y el más energético de los febrífugos. Preparado con vino añejo de Málaga, se recomienda a los febriles, a los debilitados, a los fatigados, a los convalecientes, a los ancianos, a los niños anemiados.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS

Depósito: MAISON FRERE 19 Rue Jacob, Paris (60)

EN EL SALON del Aeroplano

Paris, "rendez-vous" de lo bello.—Catarata de exposiciones.—El Grand Palais lleno de aviones.—Los salones aéreos de antes y de hoy.—La conquista del espacio.—El progreso de los monstruos del aire bifurca hacia la destrucción y la guerra...

Por RENATO VILLAVERDE



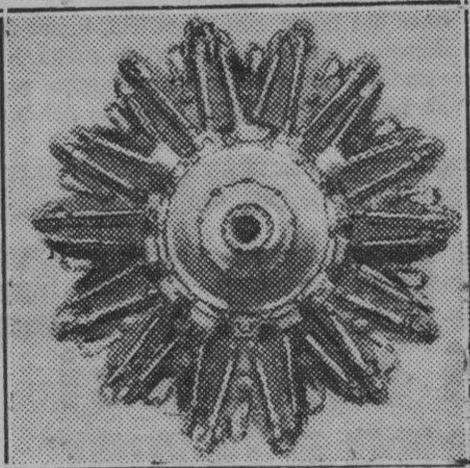
UNA VISTA DEL SALON DEL AEROPLANO, DE PARIS

PARIS ha sido siempre, como ciudad netamente coqueta, punto de cita de todas las bellezas. Desde la mujer—colocada en la cúspide de la escala animal—con todos los aditamentos artificiales que cooperan a su mayor hermosura, hasta los más simples motivos capaces de provocar reacciones estéticas, han hallado siempre en la Capital de Francia una regia acogida entre oropeles gloriosos. Lo bello se siente en París mejor que en ninguna otra parte. Encuentra un marco apropiado para lucir los fulgores de sus aristas, cualesquiera que éstas sean. Es una inmigración voluntaria, fatal, matemática, que, después de muchos siglos, decora la ciudad más femenina del planeta. Para hallar los orígenes que provocan tal resultado tendríamos que adentrarnos en el intrincado campo de lo psicológico. Y como nada más lejos de nuestra intención que hacer alardes eruditos en materia tan árida contentémonos con señalar, regodeándonos con el afecto sin preocuparnos de las causas.

Efectivamente, París es una eterna vitrina expuesta a las curiosidades de todos. Es casi seguro que sea la ciudad—y no afirmo que completamente seguro porque odio las estadísticas—que celebre más exposiciones de todo género en el mundo. En materia de arte es una catarata que crece cada día. Los salones de pintura, de escultura, de toda suerte de decorados se suceden y se apilan sin treguas. Los hay oficiales; semi-oficiales y de iniciativa privada. Cada semana el correo me trae, por lo menos, una invitación para «vernissages» de las más variadas escuelas pictóricas. Pero en París se exhibe de todo. Hay exposiciones de perros, de gatos, de animales de corral; de frutas, de tulipanes, de gladiolos, de tubérculos; de artículos de caza y pesca; de objetos manufacturados, e industriales que recorren una gama infinita de variedad... En fin podría asegurarse que en París una persona encuentra tanta materia exposicional que

podría asistir cada día de su vida a una manifestación distinta de esta índole. He aquí una buena noticia para los enfermos de curiosidad...

Entre este diluvio de exposiciones, de salones, de exhibiciones, de ferias, los postulados de la importancia ejercen su dominio. El famoso Grand Palais abre



sus puertas para cobijar las demostraciones de más prosapia, en las que la calidad y la cantidad tiene que fundirse en el más perfecto de los días.

Ultimamente el Grand Palais, como todos los años, brindó sus espaciosos salones para la exposición del automóvil. Como siempre, me fuí a verlo; y como siempre hallé el mismo público snobista que habla mucho y comprende poco, que se interesa por los precios, por las líneas de los nuevos modelos y por las líneas de las damas en busca de un color que armonice con el reflejo de sus pupilas.

Después del Salón del Automóvil le ha tocado el turno al Salón del Aeroplano, o, si hemos de decirlo con términos más clásicos, el Salón de la Aeronáutica. Como siempre también, arrastrado por mi incomprensible curiosidad para ciertas cosas que me interesan un mínimo, me fuí a verlo. Y de ahí el motivo de que hoy quiera decir algo de él. El Salón dos manifestaciones de esta índole más del Automóvil y el del Aeroplano son las importantes que se celebran en París.

Los prestigios del segundo son mucho más recientes que los del primero. El auto, en el terreno exposicional, dobla en edad al avión. Mientras que ahora tiene lugar el décimo sexto año de aeroplanos exhibidos en el Salón, el Automóvil cuenta ya treinta y pico de otoños.

Pero no voy a hablaros de motores, de válvulas, ni de caballos de fuerza. Mi ignorancia es infinita en tales complicados manejos. Tampoco pretendo hacer una crónica social narrando la visita oficial que le hizo el Presidente de la República, enfundado en su popularísimo chaquet, ni de las personas elegantes que por él discurren cada día. No; voy a daros simplemente una impresión personal de la evolución que he podido apreciar en la exposición de aviones después de los años que llevo visitándola.

No hay duda que este ramo del mecanicismo civilizado avanza con botas de siete leguas. Entre el Salón que visité hace seis años por vez primera y los aeroplanos que he contemplado hace unos días, hay una diferencia semejante a la que existe entre el Pan de Matanzas y el Himalaya. Parece inconcebible que la conquista del espacio, en el breve periodo de seis años, haya podido progresar tanto. El hombre se supera cada día, nunca satisfecho de su propia obra. Es el eterno inconforme que continúa levantando su quimérica torre de Babel. La impresión de grandeza, de poderío, de fuerza que causan los monstruos de acero y aluminio almacenados en el Grand Palais, lejan en el espíritu del profano curioso una sensación de pequeñez indescriptible.

Pero esta impresión que en el fondo puede halagarnos como partículas de una civilización capaz de lograr tales maravillas y progresos, queda pronto sustituida por otra que encoge el espíritu mejor templado. Me explicaré.

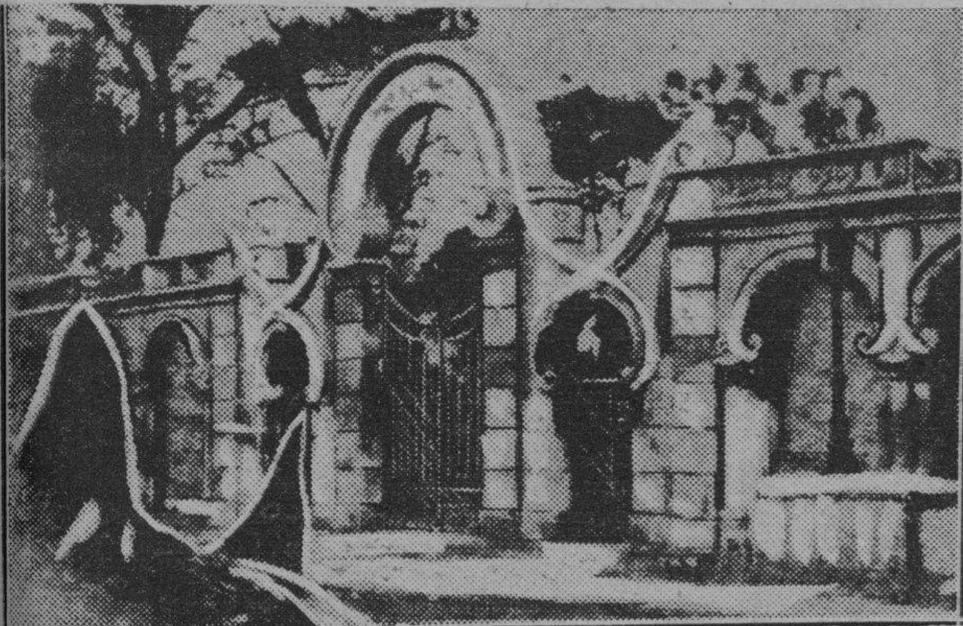
El Salón del Aeroplano tuvo siempre un «cachet» que pudiéramos definirlo como comercial. El genio del hombre se plasmaba en el Salón en un deseo de reportar beneficios agradables al hom-

bre. Los aviones de pasajeros resumían todos los esfuerzos. "Acortar las distancias. Hacer cómoda y confortable la travesía. Saber que podíamos almorzar tranquilamente en París, y comer, acariciados por la música bruja de los violines tziganes, en Budapest. En las pasadas exposiciones, los nuevos aparatos que se perfeccionaban cada año en seguridad, velocidad y tamaño tenían por objetivo facilitar la existencia, limar los obstáculos de tiempo y espacio, complacer los caprichos de las gentes demostrando los progresos que la ciencia brindaba a sus ambiciones. Cuando salíamos del Salón sentíamos un cierto orgullo por pertenecer a una civilización que realizase semejantes prodigios...

Pero hoy, el Salón del Aeroplano canta otra canción. Ya no vemos aviones contruidos para halagar al hombre. Contemplamos aparatos hechos para destruirlo. La sensación del militarismo se advierte desde el primer momento y no nos abandona en las dos horas largas que se necesitan para visitar el Salón. Se exhiben algunos modelos «de paz»; pero los «de guerra» ocupan en su inmensa mayoría el Grand Palais, como una síntesis macabra de los actuales esfuerzos de la humanidad. El Salón de este año no parece una exposición de progreso. Los aviones están colocados con arte, con esmero, con refinamiento. El ambiente es de lujo y de derroche. Los aparatos lustrosos y brillantes, muestran las bellezas de sus líneas, la gallardía de sus alas, la potencia de sus motores limpiados, la flexibilidad de sus timones; las siluetas de sus hélices raudas; pero muestran también, dentro de sus vientres de aluminio, los dispositivos para almacenar bombas, para cargar metralla, para colocar las ametralladoras, para lanzar el exterminio por sus cuatro costados... Resulta un espectáculo de sadismo refinado, una realidad incomprensible para ningún cerebro, una carcajada sardónica de un destino inmutable.

En el Salón del Aeroplano se están

(Continúa en la página 23)



Entrada al cementerio de los perros.

La ISLA de los Corazones FIELES

En el Cementerio de los Perros

por RAYMOND RIENZI

«Mientras más conozco a los hombres más quiero a mi perro».

PASCAL.

SALI sonriendo de este cementerio. ¿Sonriendo? ¡Si, Dios mío! Y mi compañera también sonreía; y usted, que lee estas líneas, probablemente sonreirá cuando sepa que se trata del Cementerio de los Perros.

Esta extraña Necrópolis fué creada por Margarita Durand, la feminista de los tiempos heroicos.

Ocupa sobre el Sena una faja de tierra larga y estrecha, parecida a un navío eternamente anclado, entre Clichy y Nanterre.

Los mapas asignan a esta isla un nombre feo—una especie de injuria permanente hacia los fieles compañeros del hombre, que duermen ahí su sueño eterno. En efecto, se llama: ¡la Isla de los Saquedores!

Por lo demás, estaba linda esa tarde, bajo sus hojas de oro apenas ajadas, sus arbustos y sus grandes árboles románticos. Forma un oasis de belleza campestre entre los tristes malecones industriales, claveteados enteramente por las chimeneas de las fábricas.

Así, pues, me preparo a visitar ese reino de los muertos, destinados a los perros, gatos y algunas otras bestias.

¿Para qué ocultar mi estado de ánimo? En ese instante encuentro ridícula, molesta, y francamente fuera de lugar, esta comedia fúnebre.

¡Ah! Esos perros. Cuando estaban vivos fueron acariciados, adornados, alimentados, en tanto que muchos niños tenían hambre de pan o de caricias. Y ahora duermen en sepulturas de lujo, mientras que tantos humanos no tienen ni una cruz ni una piedra, ni siquiera un recuerdo...

Por lo menos, esos muertos de cuatro patas no tiene derecho al respeto. En-

tien conmigo. Vengan. Curioseemos juntos las sepulturas ridículas, los epitafios estúpidos, de toda esta parodia de los verdaderos dolores y de los lutos verdaderos...

Ya está franqueada la puerta monumental, en forma de un herradura al revés.

—¡Aquí, se paga! ¡Un franco por persona!

Bien se lo decía: es un espectáculo, es un paseo. Es natural pagar, puesto que uno se va a divertir...

¿Divertirse? ¡Hum! Esta ancha avenida enarenada, esas pequeñas tumbas tan tranquilas, a primera vista no es para reírse a carcajaadas y tampoco lo es esta extraña serenidad que desciende de los árboles.

Pero tal vez será cómico en un rato más.

Acerquémonos a ese monumento bastante macizo, frente a la puerta, que parece colocado ahí para acoger al visitante.

Es un trozo de muralla, casi triangular, de tres o cuatro metros de altura. Afirmada a la parte superior, una estatua, si me atrevo a decirlo. Es una figura de perro de tamaño natural, de un gran perro San Bernardo. Una niña está montada sobre su lomo, aferrando sus manitas en el pelaje crespito. Una inscripción ocupa la parte inferior. ¡Ah! ¡Ya llegamos! ¡Un epitafio! Comienza la diversión.

¡Pongámonos serios!

Me acerco y leo:

Barry

Gran San Bernardo

¡Salvó la vida a 40 personas!

¡Fué muerto por la 41.a!

¡Hum! ¿Por qué la sonrisa que se dibujaba en mis labios se ha borrado? ¿Por qué de pronto, al pie de esa estatua de un perro no me siento nada orgulloso de ser hombre? ¿Y por qué, pues este cementerio de animales ya no me parece un paseo ni una parodia ni una injuria al verdadero dolor humano?

La Necrópolis, se extiende bastante lejos, a lo largo lista verde entre dos listas grises del Sena. Tres o cuatro avenidas permiten circular—avenidas para perros, no hay para qué decirlo, pues en cuanto a la escala humana, constituyen a lo más un caminito de jardín.—Están bordeadas por tumbas tan anchas como una servilleta de mesa. Tumbas para un

¡«A nuestra-hija»! ¿?

Y hasta un pequeño poema en prosa, consagrado a un papagayo:

Nuestro Cocó, tan recordado: Cuando vuelas alrededor de esta tumba, Lechuza, cántale tu más dulce canción.

Excepción hecha de algunos nombres que no acompañan ningún comentario—«Pum» aparece muchas veces rápido y solitario como el estallido de un obús—las inscripciones más sencillas del cementerio están sujetas por tres círculos de fierro fundido, coronado por tres modestas piquetas. Es difícil para un hombre de letras, leerlas sin un poco de emoción. Estas son:

Primera placa:

«Aquí están enterrados los perros del célebre autor dramático Henri Bataillon».

Segunda placa:

«Aquí están enterrados los gatos del cé-

lebre escritor Barbey d-Aurevilly».

Tercera placa:

«Aquí están sepultados los gatos del poeta Francois Copée».

Y se puede constatar este hermoso detalle: un mínimo aro de fierro donde se enreda un rosal, domina los dos últimos montoncitos de tierra. Reúne las delicadas osamentas de los gatos que fueron acariciados por esas manos de artista y acerca así paradójicamente, a esos dos maestros tan opuestos: al duro condestable de las letras y al encantador poeta que fué toda su vida un niño...

Gentil Copée: ¿no habrías aplicado tu mismo a este cementerio, tu verso célebre:

«...¿Y no he encontrado esa tan ridículo?»

¿Y no se alegrarían ustedes al ver que la abrazadera de fierro está, esta tarde, toda estremecida por las hojas y perfumadas por las rosas?

Más allá reposa otro gato de un hombre célebre:

Kroumir.

Gato de Henry Rochefort, muerto de pena diez días después que su amo el 10 de julio de 1913.

Una fotografía está clavada en la perilla sobre la inscripción. Me inclino. Sí, es el mismo Rochefort, el terrible polemista con sus ojos de antracita, su bigote, su pera y la maraña blanca de sus cabellos. Está sentado nervioso y erguido en un sillón de jardín, y sobre sus rodillas, un hermoso, un magnífico gato negro está acostado, desmayado, según parece, de ternura y de seguridad.

Detrás de ellos, en alguna parte, la muerte va caminando...

Contemplo la tierra arañada y me represento los diez días de ayuno, de búsqueda a través de la casa vacía, de maullidos lastimeros y pienso en la gran desesperación que llenaría el corazón de ese

(Continúa en la página 26)

UNA BATALLA AEREA SIN BOMBAS NI BALAS

por
GENE AUSTIN

(Miembro del pelotón de los suicidas)

LO mismo que cualquier otro pájaro raro, el aeróbata o acróbata del aire, nace, no no se hace. Tiene que tener en la sangre algo que le haga amar las grandes emociones, y que sin embargo, le deje toda su sangre fría cuando las siente. Igualmente, tiene que encantarse ante la idea de vivir constantemente al borde de la tumba. De no sentir en lo más profundo de su ser este amor hacia las emociones, no puede soportar la tensión, pues ningún ser humano puede vivir días tras días, con los nervios de punta, siempre como ejecutando un baile de San Vito, a menos que tenga una constitución tal que le permita deleitarse más con este baile que con la rumba.

Dícese que es imposible arrancar a un actor de las tablas; que el dado al teatro representa o actúa en cualquier parte, donde quiera que esté, en todo momento y circunstancia, y que ello se debe a que nació así, y nada le hará cambiar. Lo mismo sucede el aeróbata. El acto que se afeita declamando, lleno de elegancia, como si en vez de la soledad de su cuarto tuviera ante sí, un numeroso público, no lleva nada al aeróbata que se desnuda sólo por el amor al arte y cuando nadie le paga por hacer piruetas.

Esto de desnudarse ha sucedido muchas veces, sigue sucediendo y sucederá siempre, mientras nazcan acróbatas.

IDEA CONCEBIDA EN EL AIRE

Por lo que a mí me toca, soy bastante profesional en lo que respecta a mi profesión y cuando me elevo en el aire, tengo siempre que calmar a la otra mitad de mí ser, diciéndome que sólo estoy ensayando. De hecho, esta es una buena excusa, porque la mayor parte de las veces, es casi exacta la verdad. La idea de la mejor suerte que he ejecutado con mi paracaídas, me vino a la mente una tarde en que me hallaba volando sin otra cosa que hacer que pensar, en algún modo novel de desnudarme, de proporcionarme yo mismo una lesión tal que paralizara al mismo miedo que podía paralizarme. Así fué concebida la idea de «Las Tres Tortugas», y con ella hicimos una lucrativa jira por todo el país, durante varios años. Esta suerte, quizás muchos la han visto. Se trata de tres aviones atados el uno al otro por un cable, que se elevan, hacen al unísono toda clase de cabriolas y aterrizan los tres juntos. Al concebirla, la idea me encantó por la perspectiva que ofrecía de diversión, pues en ella no hay un solo momento pesado.

Entusiasmado, llamé a Lem Povey, otro gran tozudo. Le expuse la idea y me respondió:

—Así parece que tendríamos buena matiné.

Nos conseguimos un tercero y comenzamos a practicar la sincronización, pu-

A hachazo limpio se deja al avión como un gallo sin plumas



EL RESULTADO DE UN COMBATE CELEBRADO EN MIAMI, DONDE DOS AVIONES SE EMBISTIERN UNO CONTRA EL OTRO.—EL TRU- CO DEL JINETE AEREO, EN EL QUE LA COLA DEL AVION HACIA DE CABALLO.—LAS CABRIOLAS DE LOS TRES AVIONES ATADOS CON UNA CUERDA.—EL PARACAIDAS LE RESULTA TAN INDISPENSABLE A LA PERSONA QUE DE UN MODO U OTRO SE ELEVA EN EL ESPACIO, COMO EL SALVAVIDAS A LOS QUE REALIZAN VIAJES POR EL MAR.

to que en la suerte, es primordial, sobre todo en el aterrizaje, pues no hay dos aviadores que aterricen de modo exactamente igual, y esta vez teníamos que ser tres.

Ensayamos la suerte numerosas veces antes de ejecutarla y en una ocasión Povey partió mi avión en dos al caer en un vacío y yo tuve que lanzarme al aire. Dos veces uno se ladeó al aterrizar,

arrastrando a los otros dos hasta formar un montón informe, saliendo nosotros con bastantes lesiones y con buenas cuentas por la reparación de los aparatos. Sin embargo, una vez que la perfeccionamos, tuvimos sustento de sobra, durante bastante tiempo, sin un solo instante de aburrimiento. Nunca tuvimos un segundo de reposo, si no se trataba de uno de esos obstáculos invisibles que presenta el aire,



era un vacío; de no ser ninguno de los dos, era un motor parado, sin la posibilidad de que el avión pudiera planear, pues iba atado a los otros dos. De ocurrir algún accidente en lo alto, estábamos lo mismo que un pez cogido en el anzuelo, tratando de zafarse para huir de un amenazador tiburón. Esta idea nos mantenía sentados en el borde de nuestros asientos, durante toda la suerte, orando y esperando bañados en el sudor del peligro. No podemos negar que era una verdadera diversión.

UN DIA DE ASUETO ENTRE ACROBAS

Pero Lem Povey, debiera ser el único tema y origen de este artículo, porque Lem no solamente es acróbata nato, sino que sencillamente no puede aprender a dejar las piruetas, aunque no haya nadie que lo vea. Recuerdo un día en 1933, en que nos hallábamos todos en Miami, para competir en las Carreras Aéreas y ganar los premios. Roy Hunt, famoso por sus vueltas consecutivas hacia afuera y excelente acróbata, se elevó para un vuelo de placer en su avión de diseño especial. Lem lo observó pasar entre las nubes que se cernían sobre el aeropuerto; se sintió envidioso, y dijo a los ayudantes que alistaran nuestro avión Waco. Yo sabía bien lo que se avecinaba y le dije:

—Lem, anda con cuidado.

Necesitamos muy de veras el dinero de los premios, lo que no era nada nuevo, pues siempre andábamos muy necesitados.

—Descuida—me respondió,—sólo voy a que el viento se lleve la arena que tengo en el pelo.

Pero conociendo bien a Lem, yo sabía lo que se preparaba. Este es el tipo de los que no pueden volar sino de cabeza abajo, y si fuera piloto de la Pan American, haría toda clase de piruetas con el avión de pasajeros, e iría a parar a Rusia, atravesando el Pacífico.

—Está bien,—le dije—pero si algo te sucede, te dará una buena tunda, porque tú sabes lo necesitados que estamos.

Lem, subiendo solamente para que el viento le volara la arena que tenía en el pelo, comenzó a hacer de las suyas en

(Continúa en la página 25).

LOS LIBROS Y SUS AUTORES

VICTOR HUGO Y CLEMENCEAU, TEMAS DE DOS RECIENTES BIOGRAFÍAS

Por LEON DAUDET

MÁS que monárquico y católico, León Daudet es literato y amante fanático de la alta retórica en política; más que hombre de dogmas es hombre de provocaciones; más que tipo de sensatez, ejemplo vivo de la inquietud que caracteriza, casi siempre a los personajes notables de Francia. Nada más natural, por tanto, que fuera este hijo privilegiado del célebre Alfonso Daudet, quien intentaba acoplar la moderna interpretación de la Francia republicana, una pintura conceptuosa y limpia, además de bella—de dos de los grandes monumentos de su patria en el último siglo: Víctor Hugo y Clemenceau.

Por el camino del padre, que fué un escritor satírico de primera clase, León Daudet ha logrado finos éxitos en el periodismo y en la literatura. ¿Quién no recuerda con placer el formidable bosquejo de Gambetta, que Alfonso nos legara en su «Nunca Roumestan? O a la vida privada del Duque de Morny narrada en «Le Nabab»? ¿O las sátiras contra la Academia, y la inimitable y mordaz pieza sobre Tartarín de Tarascón? Algo de este genio travieso—jamás maléfico—de los Daudet, encontramos en las dos valiosas contribuciones que ahora nos presenta este inveterado enemigo de las reformas y la heterodoxia.

HUGO EL HOMBRE DE HIELO QUE ERA UN FUEGO MENTAL

En su obra, «La Tragique existence de Victor Hugo», nos cuenta la historia de la vida romántica de su bisabuelo, el autor de «Nuestra Señora de París». Se trata de una biografía brillante, en la que el genio literario de Hugo no impide ver al hombre de carne y hueso que había en él. Si hemos de prestarle atención al cuadro que aquí se nos presenta, Hugo era un don Juan incorregible, a quien ninguna mujer de su época podía resistir ninguna excepto su propia esposa, Adela, a quien sedujo el insigne crítico Saint-Beuve, uno de los íntimos amigos del novelista.

A consecuencia de esta desilusión, Víctor Hugo buscó refugio para sus dolores morales en el amor de la actriz Juliette Drouet. Acostumbrado a engañar a toda clase de mujeres, desde las más encorsetadas artistas hasta las criadas y las chicas de vida alegre de París, este gallán de 29 años, que gozaba entonces de fama suprema en los círculos intelectuales en la capital de Francia, no se conformaba con la triste noticia de que su bella Adela le era arrebatada por un crítico disgustado, calvo y feo, como Saint-Beuve rencoroso y cruel, el poeta decidió vengarse de su rival, prohibiéndole a Adela que lo volviera a ver, mientras él se daban el lujo de sostener relaciones clandestinas con la Drouet, a la que tampoco podía serle fiel de ningún modo.

Al poeta alemán Heine debemos la feliz idea de que Víctor Hugo era todo fuego por fuera y hielo por dentro. León Daudet ha plasmado esta idea en su novelesca biografía documentándose en la correspondencia del héroe, en las cartas de Saint-Beuve, y en las amorosas hermosas Adela le escribía al amigo traicionera y apasionada de aquel hombre que concebía la grandeza del mundo como una sinfonía astral y la pequeñez de los humanos semejante a la de las hormigas. Y en las páginas de esta historia contemporánea encantadora el ambiente gigantesco de Hugo: la época de

Gustavo Flaubert, de Emilio Zola, de Alejandro Dumas, de Clemenceau.

El desprecio que le inspiran las inconsistencias políticas de Hugo no es obstáculo para que Daudet experimente cierto regocijo al contar sus transgresiones a la moral. Después de todo, si en el ocaso de la vida el bisabuelo se tornó republicano y tuvo que sufrir los horrores del destierro, no es menos cierto que había sido antes monárquico, y que aún después de la revolución de 48 se mostró partidario de las ambiciones de Luis Napoleón.

En política, como en literatura, de Víctor Hugo sólo podía esperarse la nota de la versatilidad. Los «das y Poesías», el «Cromell», el «Hernani», respiran un romanticismo netamente imperial. Lo grotesco de Cuasimodo es lo grotesco en el Alberto de Gautier; una modalidad de la escuela francesa que en este caso culminó en la sátira «El Rey se Divierte», entonces motivo de un proceso y hoy celebrada en la ópera Rigoletto por los amantes de la música sentimental y cómica.

En cambio, hay un Hugo que pertenece por entero a la República: el de la «Leyenda de los Siglos», y acaso el espíritu sensitivo y hondo de las «Contemplaciones». Este también le interesa mucho al biznieto Daudet, porque a través de aquella mole de imágenes y conceptos que fué Hugo, se filtra una mezcla de cristiana ternura y paganismo estético que constituye uno de los aspectos más trágicamente bellos de la personalidad del maestro y sin duda alguna, el que más seduce, aparte de las calaveradas, al espíritu refinado del biógrafo.

CLEMENCEAU: OTRA CUMBRE EN LOS ANTIPODAS DE LEON DAUDET

Al otro lado de su posición ideológica, y en el siglo del desastre final de la monarquía en Francia, encuentra Daudet a otro imán ciclópeo, «el Tigre» Jorge Clemenceau. En la obra «La Vie Orageuse de Clemenceau» (Editorial Albin Michel, París) nos sorprende ver al reaccionario haciéndole justicia al republicano y al católico interpretándonos al positivista. En el caso de Hugo, lo atraían los lazos de familia, la fuerza de la sangre de aquel formidable bisabuelo plebeyo que corre por sus venas de aristócrata; en el de Clemenceau, existen la comunidad del temperamento, impulsivo efervescente, si se quiere caótico, y el fanatismo auténtico de la patria.

Clemenceau fué gran amigo de Alfonso Daudet, y era punto seguro en la casa de la familia donde nació y se crió el revoltoso León; de ahí, que éste, al escribir la biografía del veterano, revele una piadosa condescendencia hacia el

hombre más que más estimaba y defendía sus odiadas instituciones democráticas y parlamentarias.

Y es que la vida agitada de León Daudet fluye por el cauce del patriotismo quimérico que fué el alimento primordial de Clemenceau. El Tigre aparece en escena en esta biografía desde sus modestos comienzos de Vendée, su viaje a los Estados Unidos y su casamiento con una norteamericana, hasta su rápido progreso en la política y el periodismo que habían de llevarlo a ocupar un escaño en la Cámara de diputados y más tarde a ser el hombre más fuerte de Francia.

Aparte de la participación decisiva que tuvo en los aciertos y desaciertos de su patria, durante la Guerra Mundial, y en las deliberaciones de la paz que culminaron en el Tratado de Versalles, los dos incidentes más sonados de la carrera pública de Clemenceau, fueron el escándalo del General Boulanger y el proceso de Dreyfus. Ambos nos dan el índice de su integridad y de su amor a la justicia. Antes de alcanzar el poder, no cejaba en sus convicciones izquierdistas, por mucho que su labor resultara negativa. Era una roca inmovible del republicano incendiario y defendía la Revolución de 1789 en bloque, con todos sus accesorios y personajes siniestros, Robespierre, la guillotina y el terror.

Daudet ha medido con respecto la estatura sólida de tan noble combatiente. Ha trazado con habilidad y devoción la audacia sin límites del Tigre, bravo en las columnas de su periódico y bravo en las trincheras bajo el fuego graneado de los alemanes. En el terreno de las ideas, Daudet le parece un romano feroz; entre las filas de soldados, un Mesías irreductible, que comunica el calor de su corazón a cada recluta para que no falle cuando tira del gatillo de su arma. A nuestro entender, ese es el concepto irrevocable que de su ídolo nacional tiene todos los franceses.

VISIONES DEL GHETTO DEL SIGLO XVIII

La mendicidad Judía, producto de las Asonadas

El problema judío, que hoy preocupa de manera tan categórica a todos los estadistas del mundo, es en el fondo una de las cuestiones no resueltas más antiguas de la humanidad. Esclavizada en Italia, en Francia y en España, esta raza de gentes errantes, ha hecho una ideal religioso del concepto de nación y ha tratado de vivir a través del rito y de las prácticas hebreas, los sencillos hábitos sociales y costumbres de la Palestina. De ahí que el Código Farisaico se haya convertido en una pragmática que subsiste aún hoy revelada en mil detalles confusos.

En el siglo X, los judíos establecidos en Francia, Inglaterra y los estados germánicos, habían adquirido grande fama como financieros, como cultos y laboriosos cultivadores de las ciencias y las humanidades. El aumento de este poderío esplendoroso, dió lugar a que se inventara la infamia sangrienta del sacrificio de Hugh Lincoln, niño a quien se afirmó que los judíos habían crucificado. En 1290, fueron expulsados de Inglaterra, en 1322, de Francia; en el 1492, de España; en el 1495 de Portugal. Los refugiados, que se contaban por miles de miles, fueron recibidos hospitalariamente en Alemania, Italia, Turquía y Holanda. En el siglo XV y en el XVI, se les encontraba en todas las grandes ciudades de Italia y en Turquía gozaban de grandes privilegios especiales.

Para el siglo XVIII se estaban re-estableciendo en el resto de Europa nuevamente especialmente en Inglaterra que desde el Protectorado y bajo el reinado de Victoria amplió las libertades de los hebreos hasta darde en 1832, el derecho al voto y en el 1858 el derecho a ser miembros del parlamento. En Austria, fueron liberados en 1783 por José II y en 1791 Mirabeau obtenía su emancipación de la Convención Nacional de Francia. Con el ascenso de la casa Saboya en Italia, y la formación del Imperio Germánico, puede decirse que completaron su ciclo de rehabilitación política en el mundo.

EL «SCHONORRER» O MENDIGO, JUDÍO, VÍCTIMA DE LA PERSECUCION

Israel Zangwill, autor de la memorable narración «Los Hijos del Ghetto», escribió una novelilla titulada «El rey de los Schorrers», que acaba de ser vertida al castellano por Manuel Goldstraj y publicada por el editor Gleizer (Buenos Aires), como parte de su Biblioteca de Autores Judíos. En esta obrita, el autor destaca al «pedigüeño» hebreo, que va de puerta en puerta, con sus vestiduras raídas y su espíritu humillado, implorando la caridad de unos céntimos o unos chunchos o unos trapos. El «schonorrer», es un personaje típico del Ghetto, esa barrida creada por la Edad Media para aislar de todo contacto con la sociedad humana a los pobres emigrados de Israhel. El Ghetto que se originó en Roma, bajo el pontificado, pertenece hoy a Londres y a New York. La judería, como cosa separada y única, la concibió en Alemania el Canciller Bismarck, que no podía soportar la oposición política de caudillos de la talla de Edward Lasker y Ludwig Bamberger ni tragaba a los comunistas capitaneadas por Karl Marx.

Zangwill nos presenta al «shnorrer» en

(Continúa en la página 24)

ESTAMPAS DE LOS SENDEROS

Costa Rica, REMANSO DE PAZ Y BELLEZA

Por Francisco C. Bedriñana

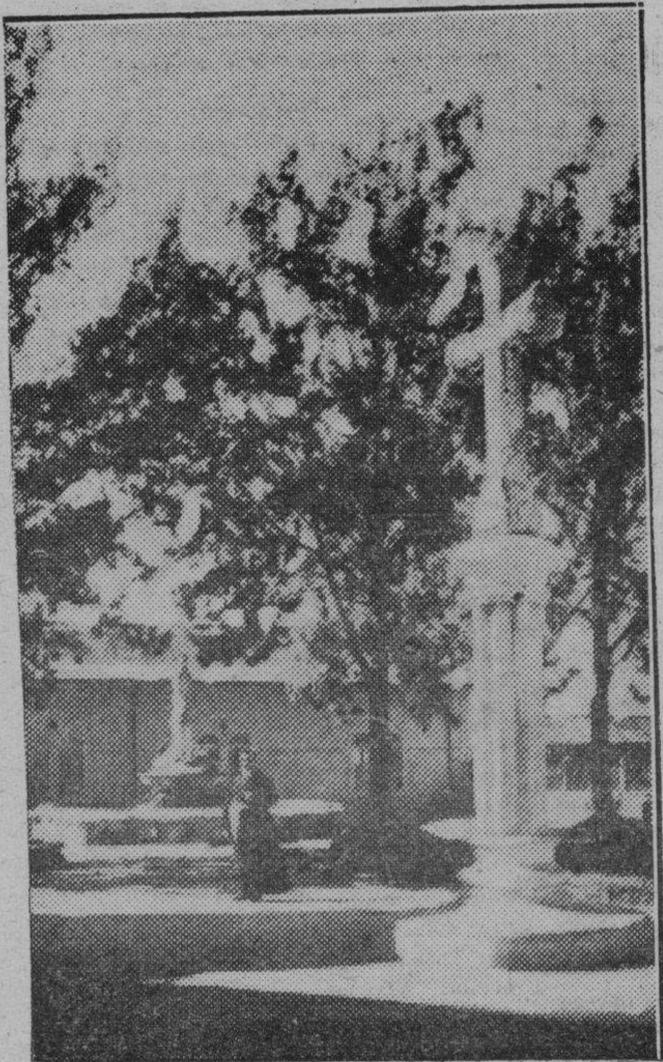
PUERTO Limón, es para el viajero ese punto de contacto con tierra que pone una nota de júbilo en el ánimo de quien, peregrino por los senderos del mundo, se adentra en la soledad marina. Pero Puerto Limón constituye, quizás, una antítesis de lo que es Costa Rica, no obstante ser uno de los puertos costarricenses más concurridos. Hemos de considerar una vez más, por tanto, la excepcional importancia que, a los efectos del turismo, encierran estos puertos que son a modo de antesalas de nuestros países, nuevos en estas artimañas de atraer a los que, ávidos de entregarse al descan-

so en la contemplación de la belleza, van de pueblo en pueblo con espíritu acucioso.

En Puerto Limón, repetimos, la estampa que se ofrece es la negación más absoluta de las incontables maravillas que puede mostrar al visitante la hermana República que duerme su siesta bajo la caricia de las brisas de dos mares. Y es que, aquí, es un pueblecito de madera, habitado casi por completo por antillanos que han sido llevados allí para realizar los trabajos del puerto y las labores de recolección y carga del plátano. Tan sólo algunas construcciones de la «United Fruit» tratan de poner una nota eficiente en el aspecto urbano.



El café es una de las fuentes de riqueza más importantes de Costa Rica. Hombres, mujeres y niños se entregan a su recolección con el júbilo de la buena cosecha. He aquí una bella muchacha entregada a recoger el rico grano...



En la antiquísima ciudad de Cartago, existe un viejo convento que por muchos años ha sido ocupado por los Reverendos Padres Franciscanos. He aquí un aspecto del patio de dicho convento...

En las proximidades de Cartago, el viajero puede visitar la iglesia de Orosi, histórica reliquia colonial, construida por los frailes franciscanos hace más de 300 años...



Pero el viajero no ha de detenerse ahí. Ha de abordar el tren que habrá de conducirlo a San José de Costa Rica. Ha de ponerse en contacto con lo que constituye el nervio vital de su economía. Ha de contemplar—a través de panoramas subyugantes—las plantaciones lujuriosas en que se cultiva el banano, el café, el cacao...

Sinfonía de olor y color

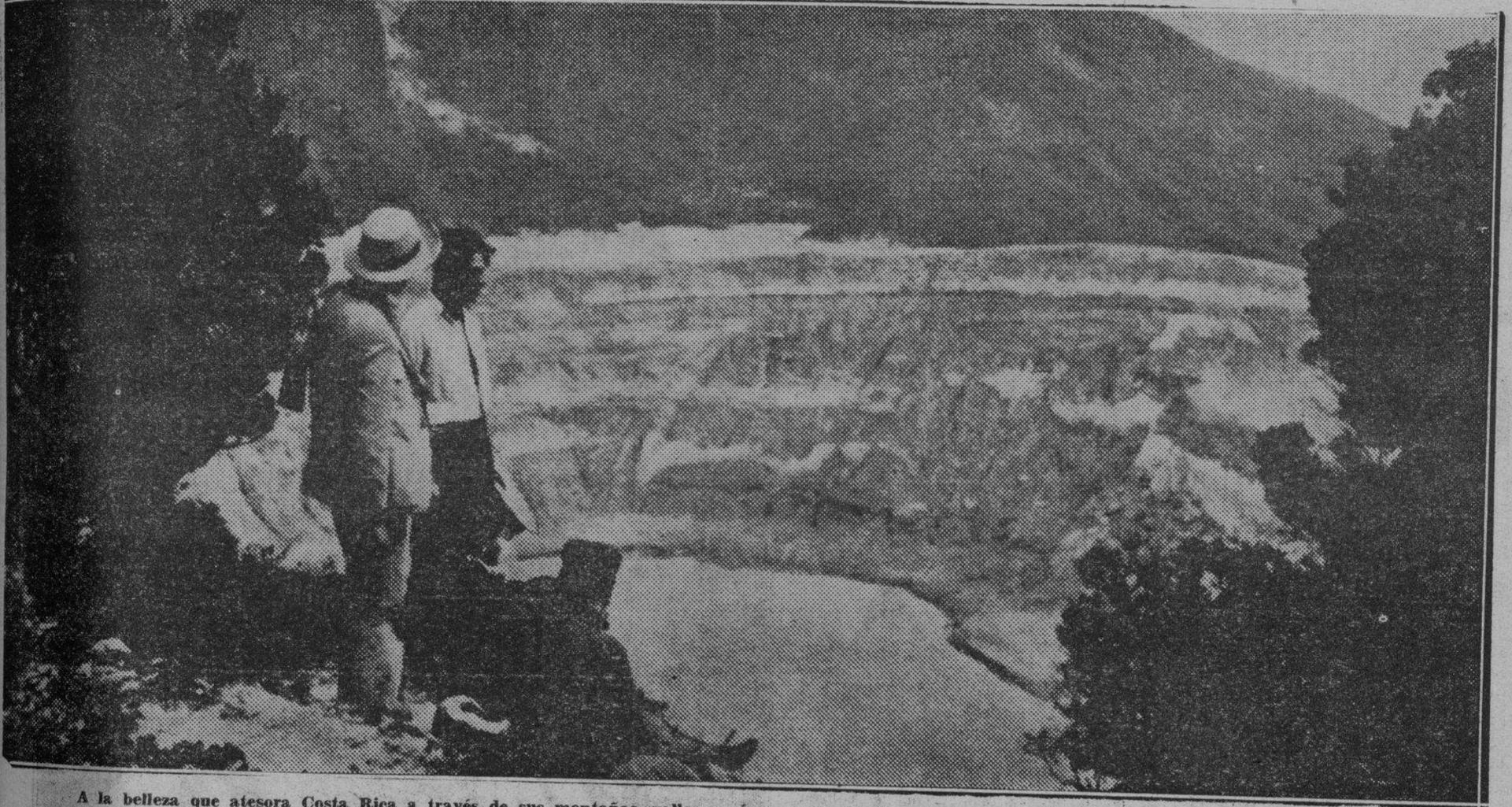
El panorama habrá de sorprendernos, sin duda. En América—sabido es—nos ignoramos. Es cierto que no dejamos de saber, a grandes rasgos, cuáles son los aspectos más destacados de cada país, en sus diversas facetas. Pero aún des-

conocemos en toda su bella realidad, las maravillas que atesoran nuestros valles y montañas, nuestros ríos y nuestras costas...

Y he aquí que el tren se desliza por una selva intrincada, en toda la aceptación de la palabra. Si en Cuba la vegetación es exuberante y presumimos de su pujanza, nada hay de exagerado en pregonar que en Costa Rica la naturaleza se mostró aún dos veces más prodigiosa.

Sinfonía de olor y color: sensación del viajero. Sinfonía de una trilogía—banano, café y cacao—que ha de producirnos un estado de embriaguez. Sinfonía del olor penetrante, que nos brinda un mensaje de selva que quiere desconocer la presencia del hombre. Sinfonía del color. Del color verde de los platanales, del color terracota del cacao—expuesto a los rayos del sol a lo largo del camino—, del color rojo de los frutos del cafeto, ya en época de recolección. Banderola de colores diversos, en que es nota jubilosa el amarillo acentuado de la naranja. Naranjales—¡nota eufórica en la campiña!—que parecen saludar al viajero y ofrecérsele para apaciguar su sed...

Y aquí y allá, la palma—la palma que es nuestra también—en su plenitud



A la belleza que atesora Costa Rica a través de sus montañas, valles y ríos, se une la que ofrecen sus volcanes. He aquí un aspecto del cráter del Poás, lugar muy visitado por los turistas...

de belleza, orgullosa de su papel en el magnifico tapiz tropical...

A lo largo de la ruta, ríos y montañas, cascadas y precipicios, ranchos y sembrados. Sembrados y ranchos, claro está, que se muestran allá abajo de la barrancada, como notas minúsculas colocadas allí para completar la soberbia armonía del paisaje. Visión de ensueño. ¿Suiza? ¿Montañas Rocallosas? No. Costa Rica, sólo Costa Rica, sorpresa grata para el viajero. Costa Rica—Rica—que ofrece el tesoro de su belleza no prodigada aún, a los ojos que, curiosos, se asoman a sorprender las facetas magníficas de su hermosura insospechada.

El tren prosigue su marcha, mientras el río Reventazón juguetea con los grandes peñascos que encuentra en su cauce, haciendo encajes de espumas. A lo largo de la ruta, el río—hermano de estas montañas soleadas—acompaña al tren, como si tratara de amenizarle su marcha continuada, uno y otro día. A derecha e izquierda de la vía—cerca, Siquierres, «parada y fonda»,—algarabía de piñas, naranjas, limones, toronjas, piperos, mangos y cocos gigantes.

A lo lejos esfumado por la distancia, el volcán Irazú, con sus 11.322 pies sobre el nivel del mar. Y, también, el Poás, con más de 8 mil.

—¡Oh, señor!—nos ha de decir un hijo del país—. Este Irazú suele estar tranquilo. Pero cuando las gentes suben cerca de su cráter y ruido, bien disparando pistolas o bien en otra forma, el volcán parece despertar de su letargo y enfurece. Es entonces que inicia su erupción. El Irazú, créame, parece una persona que se molestara al ser sorprendida en su dormir...

Gentes sencillas y buenas, de puras costumbres, que recogen—o forjan—la tradición, con la más sana intención! Cartago, la ciudad de sabor antigua—nombre evocador—se ofrece a nuestra vista. En la estación, la atmósfera es extraordinaria. Cartago—

fundada por el Adelantado don Juan Vázquez de Coronado en el año 1563—es la ciudad de Costa Rica que más conserva el sabor español en sus costumbres.

La propaganda se hace de Cartago como lugar grato para el turismo, obedece a la realidad. A 6.760 pies sobre el nivel del mar, su clima es delicioso. Es una primavera perpetua la que ofrece esta ciudad, rodeada de vallas espléndidas y montes maravillosos que la hacen atractiva y la muestran dotada de un exotismo especial. Además, cuen-

ta Cartago con la ventaja de estar ubicada en las faldas del majestuoso volcán Irazú, desde cuya cumbre—la más alta de la Cordillera Central—se puede contemplar el espectáculo magnífico y único en América: la visión de los dos océanos...

La Basílica de Nuestra Señora de los Angeles guarda la preciada imagen de la milagrosa Patrona de Costa Rica, sobre cuya aparición circula una leyenda imbuida de poesía y unción.

Los alrededores de Cartago son lugares

bellos y atractivos. Fincas valiosas con hermosos ganados finos; las haciendas de café más importantes de Costa Rica; Oroquí, con su misión de tiempos coloniales, sus cataratas fantásticas y sus ríos de enorme cauce; naranjales espléndidos en Navarro; Ujarrás, con sus ruinas románticas «evocadoras de un pasado de grandeza y conquista»...

Y también podrá observar el viajero, en los frondosos bosques que rodean la legendaria ciudad de Cartago, bellísimas orquídeas, que allí crecen en abundancia nunca soñada.

Cartago—remanso de paz—es realmente un lugar ideal en que el espíritu se sume en el más puro de los goces.

San José

Por una carretera bien cuidada, el viajero puede ir cómodamente de Cartago a San José de Costa Rica: nueva ocasión de admirar una campiña riente, en que todo es luz y color.

Ya en San José, el periodista ha de hacer punto final. No hay Mediterráneos que descubrir. Baste señalar que la capital costarricense muestra un ambiente en extremo grato. No es una ciudad vertiginosa. Conserva el ritmo lento de antaño, así como sus costumbres. Podría señalarse el caso curioso de que sus edificios superan a lo que podría esperarse de la ciudad, un tanto minúscula. Pero no siempre en lo grandioso está lo bueno. San José cuenta con parques hermosos, calles bien trazadas, comercios lujosos, y, ya lo hemos dicho, edificios que para sí quisieran no pocas capitales de América entre ellos el Teatro Nacional, el edificio de Correos, la Catedral, el Museo Nacional y tantos otros. Un detalle: en San José hay magníficos edificios—quizás los mejores destinados a escuelas. De ahí que Costa Rica sea un país culto, en que sus hijos se muestran siempre afables, siempre corteses, siempre serviciales, dejando una grata impresión en el viandante. La impresión de un pueblo que sabe ser feliz por la vía de lo espiritual...

El Salón del Aeroplano

(Continuación de la Pág. 18)

exhibiendo nuestros próximos verdugos, los aparatos que han de aniquilar las ciudades, segar las vidas, destrozando a la humanidad. Hay aviones de todas las nacionalidades, en una trágica puja de ver quién es capaz de matar primero y mejor. Todas las aladas máquinas de guerra las vimos ordenadas, quietas, maquilladas, casi sonrientes, enseñando sus posibilidades como en un simple y aterciopelado concurso de belleza. Tanta hermosura disciplinada cubriendo tanta tra-

gedia próxima, lucía como una fase lozada del Infierno de Dante en un minuto de reposo.

Si no fuera por el obligatorio optimismo que todos tenemos de pensar en la guerra—como la muerte—siempre está lejos, la visita al Salón del Aeroplano nos quitaría el sueño. La realizaríamos con el mismo estado de ánimo de un condenado a muerte a quien, poco antes de ejecutarlo, lo llevaran a un museo a contemplar los diferentes aparatos que las leyes han imaginado para aplicar la pena capital. Un gran lanzador de bombas «Elan», nos parecería el Garrote; ante las ocho ametralladoras que llevan en las alas los modelos «Spitfire», crearíamos hallarnos ante la Guillotina; los «Fokker» y los «Koltihoven», los confundiríamos con el tablador de la horca...

Pero, no; hay que ser «chic». Estos pensamientos y estas lucubraciones caen fuera de la esfera elegante. ¿Quién piensa en la guerra cuando se visita el Salón del Aeroplano, entre tanta mujer distinguida envuelta en pieles costosas, entre tantas sonrisas en pieles costosas y tantos «mots d-sprit»...?

«En tanto el mundo, sin cesar, navega por el piélago inmenso del vacío...»

París, diciembre de 1938.

MUY BREVES

LA MUJER

Dice un juez que cuando un marido abandona a su mujer generalmente es la mujer la que tiene la culpa.

Pero no dice cuál mujer.—(Rizz Razz).

o o o

REVERSO

Una corte de Londres ha concedido el divorcio a un amujer porque su marido dió en la costumbre de levantarse a las tres de la madrugada.

Hasta ahora la causa de divorcios había sido que el marido se acostara a esa hora.—(Daily Express).

LOS LIBROS Y SUS AUTORES...

el Ghetto inglés a fines del siglo XVIII, llevando una vida angustiosa, el espíritu animado por los textos del Torah y el cuerpo doblado ante su destino fatal. La judería inglesa, al igual que la de los demás países europeos, tiene su procedencia geográfica, étnica y espiritual. El sefardí, que afincó su alma en España y Portugal, es el más culto y refinado; el «aschkenazi», es alemán, polaco o ruso; el «schonorrer», pordiosero, es poseedor de una hermanéutica distinta y tiene la satiría y el humorismo de los personajes de la novela picaresca española. A todos los clasifica Zangwill con la maestría y el conocimiento que le son característicos en su producción literaria.

Para el «schonorrer» del siglo XVIII, tenemos una excelente explicación: las persecuciones. Es en este siglo que se recrudecen las asonadas contra esta raza singular. En el 1881, el despojo y el asesinato en masa en Rusia; en el 1881, en Polonia y en la Ucrania. Más de ciento cincuenta mil almas sin hogar, o mandadas al otro mundo en Balta; negación del derecho de la instrucción; el monopolio de la industria de vodka, proclamado por el Zar Nicolás II, que dejó sin medios de vida a doscientos cincuenta mil judíos, acompañado de restricciones escolares y profesionales; la formación de la sociedad secreta «Los Cien Negros», para fomentar la persecución; la asonada de los Cosacos en el 1905, que arrasó con los barrios judíos de cincuenta ciudades y seiscientas aldeas rusas. Al estallar la Guerra Mundial, de 1914, todavía habían vigentes en Rusia no menos de 850 estatutos contra los hijos de Israel.

La ola antisemítica vuelve a aparecer en Europa en el siglo XX y los arroja a Rumanía, Alemania y Francia. En Francia culmina el famoso proceso del Capitán Dreyfus. Mientras tanto, el perseguido lo ha perdido todo: bienes, derechos, tranquilidad. Solamente lo salva su instinto moral, que nunca le permitió usar métodos violentos para recuperar su libertad.

Zangwill lo descubre en los barrios de Londres. Lo observa, harapiento y lleno de luego trasladarlo, harapiento y lleno de pintoresca gracia y trágico humorismo a las páginas de un librito que merece figurar en la bibliografía judía contemporánea.

CURIOSIDADES

COSAS NOBLES DEL REINO

Entre todos los reinos de la naturaleza, el reino animal es el que nos ofrece mayores maravillas.

Tenemos un aspecto al azar; por ejemplo, el modo cómo los animales ponen sus huevos. La langosta, el jagarto, la tortuga y el cocodrilo, después de haberlos puesto dejan al sol el ciudadano de sacarlos mediante el calor benéfico que les presta. Bajo la zona tórrida pone el avestruz los suyos sobre una porción de arena que él mismo ha recogido, los deja durante todo el día al calor del sol y únicamente los empoila por la noche. Apenas salen del huevo, los polluelos pueden andar y buscar el alimento. En algunas regiones muy cálidas no tiene la madre el menor cuidado de ellos ni tampoco lo han menester. La mariposa que nace de la

oruga de la berza no pondrá sus huevos sobre carne, ni la moscarda que se mantiene de carne colocará los suyos sobre la berza.

SUICIDAS

Hay más suicidios en el mundo de

lo que uno cree, pero son suicidios a medias. El hombre destruye las mejores porciones de sí mismo, y no su vida. Anularse por entero, de un solo golpe es, en suma, respetar más su ser inmortal que si se le mutilara

en vida, de sus facultades, de aspiraciones más nobles. El suicidio es el más grande de los crímenes contra Dios, pero no puede decirse que sea la última degradación de persona humana.



ASI COMO EL BUEN DIRECTOR DE ORQUESTA CONOCE CON LOS OJOS CERRADOS, CUANDO ALGUIEN HA DADO UNA NOTA FALSA,

Así también, quién conoce lo bueno a ciegas usa

Dentol

Fabricado según los trabajos de Pasteur, el DENTOL destruye todos los microbios nocivos de la boca y en pocos días dá a los dientes una blancura resplandeciente.

AHORA:

Tubo media no \$0.20
Tubo grande \$0.40



Representantes Exclusivos

Apartado 2143
Habana.

UNA BATALLA...

ran escala. Después, se lanzó casi verticalmente sobre el campo y el grupo de mecánicos, engrasadores, pilotos y curiosos que estábamos en el suelo, se dispersaron en todas direcciones. Yo me quedé en mi sitio y le mostré los puños cuando pasó. Lem me respondió con un gesto burlón, mientras yo le lanzaba todos los improperios que podía.

VERDADERA ACROBACIA

A unos seis metros del suelo, enderezó el aparato, tan cerca de mí, que la corriente de aire que dejaba tras sí, me movió como un muñeco dando vueltas en los saltos mortales más prodigiosos que jamás haber ejecutado un hombre. Cuando recobré el aplomo, y me toqué la cabeza para ver si la tenía sobre los hombros, le vi dirigirse en línea recta contra uno de los hangares, como un bala de cañón. Yendo a 320 kilómetros por hora, elevó el avión en subida vertical y aterizó sobre el campo a doce metros de altura, con las alas perpendiculares a la tierra y sin perder ni ganar altitud. Que yo sepa, sólo existen dos hombres que hayan hecho esta prueba con habilidad suficiente para terminarla. Lem, el primero, y el otro es All Williams. La dificultad de esta suerte, es que se pierda la superficie de levantamiento de las alas y hay que depender de los estabilizadores y alerones del grupo de la cola y del costado del fuselaje para mantener el alto. Todo esto va muy bien a unos mil metros de altura, con espacio suficiente para cualquier cabriola, pero cuando así, a doce metros sobre la tierra, cada obstáculo y cada vacío del cielo es un boleto hacia el otro mundo, algo descabellado. Sentándome en la tierra, vi a Lem seguir así, dejando a su alrededor enormes torbellinos de polvo y gui-

do por Hunt, que se hallaba a unos mil metros de altura, observaba a los pilotos y decidí practicar también algunos trucos. Le vi lanzarse hacia abajo cuando Lem recobró su posición normal, comprendiendo lo que se preparaba, pude menos que exclamar:

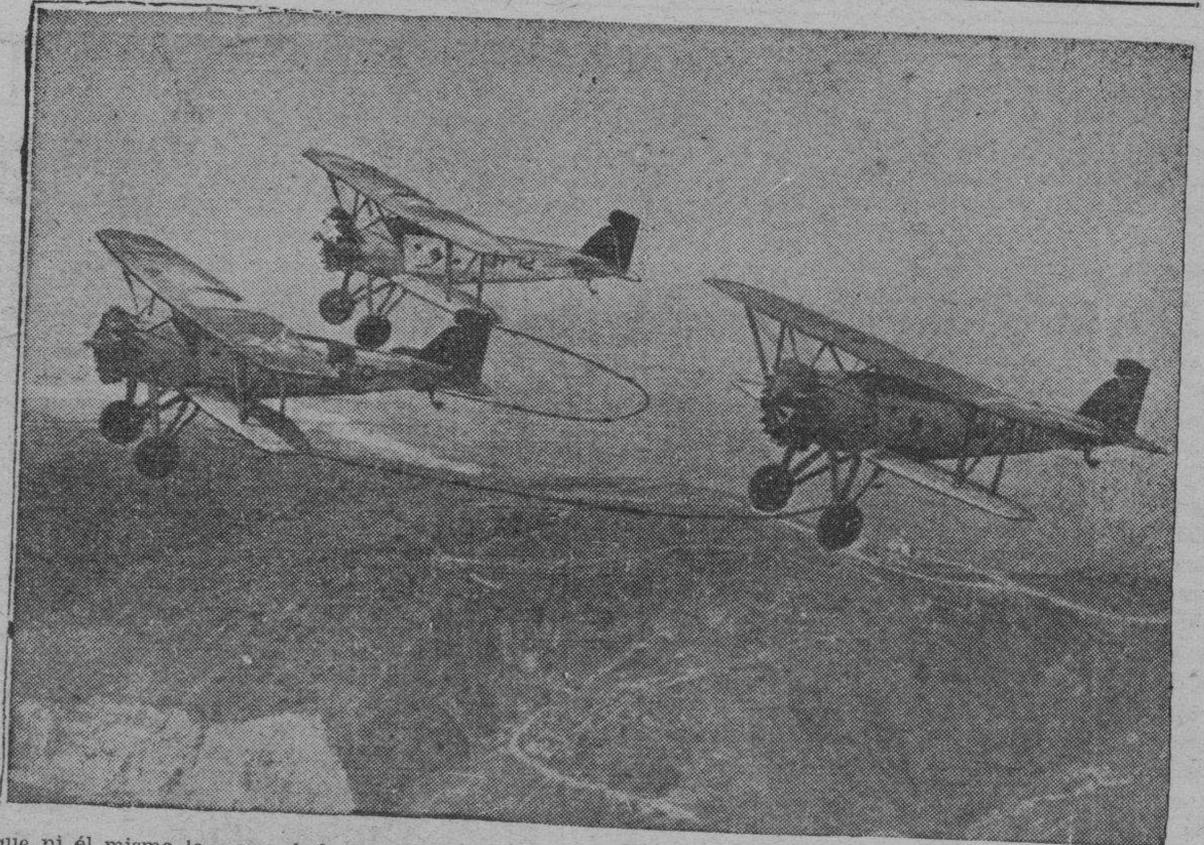
¡Adios!
Al lanzar este grito, me agarré la cabeza con las manos y pensé que lo mejor era irme a casa y esperar las noticias por teléfono. Pero no pude, pues desde todo, cuando dos de los mejores acróbatas del mundo se alistan para un imaginario combate aéreo, ese combate era un espectáculo digno de ver. Aunque el corazón se me fuera saltando por la boca en pedacitos, yo que sucedió allí, bajo la brillante luz azul del cielo de Florida, fué algo sorprendente. Todos los que estaban en el aeropuerto miraban con la boca abierta y yo no podía apartar los ojos del espectáculo espléndido, sin igual, de la ventajosa de contemplarlo como campeón del arte de hacer locuras en el

vió que Roy se le venía encima, como la invitación, subiendo en caravana como el perrillo deseoso de jugar. Entonces, comenzó el espectáculo. Las curvas, torceduras, caídas súbitas, arremetidas, saltos espirales y cuan- do en el diccionario de los combates aéreos, fué ejecutado allí, a una velocidad que variaba entre los 320 y los 400 kilómetros por hora, punto en que los motores de un avión silban como si el metal parece doblegarse bajo los golpes tremendos del viento.

ALCIÓN A 320 KILOMEROS POR HORA

acontece una vez, lo mismo puede pasar cien. Ambos se aproximaron y nosotros dábamos por seguro que tropezarían sus narices. Y así como la hacha bajaba velozmente, a todo momento la derecha dividió al avión en dos. Y allí estaban en el aire, el avión de Hunt dividido en dos y el avión de Lem, las tres piezas cayendo en grandes y rápidas vueltas. Hunt no apareció su paracaídas. El avión creíamos que el impacto le hizo perder el sentido. Pero no fue así. El avión porque sólo le quedaba una de las alas y decidió aterrizar

Esta prueba tuvo mucho éxito porque a cada paso nos proponían un pase para el otro mundo



Como lo logró, creo que ni él mismo lo sepa. Pero le vimos bajar muy inclinado y casi llegando a tierra, comenzó a describir un espiral. Dió una última vuelta en el suelo, pero aunque quedó bastante asustado, le vimos salir de la cabina, siendo yo el que estaba tan emocionado que no podía hablar, circunstancia que le salvó de escuchar todo cuanto quería decirle.

Los mecánicos trabajaron toda la noche para reparar el Waco y lo terminaron para las carreras. Pero fué inútil. En el vuelo de prueba, Lem voló cabeza abajo por sobre la ciudad de Miami, y se excusó con los agentes del Departamento de Comercio, alegando que no podía remediarlo si no podía volar normalmente. El resultado fué que le suspendieron por treinta días el derecho de volar, y los dos pasamos bastante hambre.

El combate aéreo, es una de las diversiones favoritas de los del gremio. Tratar de impedirlo es lo mismo que prohibir a los muchachos que se suban en los árboles o que caminen sobre una verja, aunque lo sé bien, no por eso es más fácil tragárselo. Tres de mis mejores amigos murieron hace pocos meses en un simulacro aéreo, ejecutado sólo por el gusto de divertirse en el aeropuerto de Jamaica.

EL AVION ENSILLADO

Los de nuestra cofradía, buscan a veces medios más originales para divertirse. Recuerdo que hace años, cuando volábamos en los viejos Jennies, que tenían todos los cables de control fuera del fuselaje, Mickey Ducet, salió un día de

uno de los hangares, arrastrando fuera del verdadera silla de montar.

—¿Vas a comprar un caballo?—le pregunté.

—No,—me contestó—pero si voy a dar un paseo a caballo.

Amarró la silla sobre la cola de su avión. Se sentó a horcajadas sobre ella, agarró los cables de control, y ¡zas! se elevó animado de viva voz al avión, lo mismo que si se tratara de un caballo. Ciertamente, se vera ridículo, sentado en aquella silla, al extremo de la cabina, a horcajadas sobre la cola y sosteniendo en las manos los cables del control, como si fueran riendas, y lanzando «arres» y vociferando. En el aire hizo que el avión hiciera más cabriolas y caracoleos que un potro salvaje. Cuando bajó, le dije que tenía una suerte magnífica, pero me lo negó rotundamente.

—Nunca podría hacerlo por dinero —añadió—No es correcto. Cuando juego va perfectamente, pero cuando uno trabaja, debe trabajar con corrección.

Una suerte como aquella hubiera podido ejecutarse por todo el continente, produciendo montones de dinero y yo la repetí, pero encontré con que yo también debía observar una actitud correcta.

Tal vez el más arriesgado de los juegos ideados en otro tiempo para conservar el buen humor, fueran los certámenes de destrozarse aviones, cuyo acarreo representaba más que su valor. Se ponía uno el paracaídas y con un hacha se subía al avión para divertirse, siendo igualmente divertido mirarlo desde abajo. Pero estos certámenes no se podían efectuar en circos, pues los pedazos que

caían en todas direcciones, constituían un peligro para los espectadores.

La idea era de ver cómo podía destrozarse la mayor parte del aeroplano y conservarse en el aire y cuando se llegaba al momento de verdadero peligro, el avión presentaba el aspecto más extraño imaginable: parecía un pollo sin plumas, que pateaba, cacareaba y daba saltos en el aire.

Primero se arrancaba todo el material que cubría el fuselaje. Después se lanzaban los asientos y los costillares que no se creían necesarios. Se arrancaban las aletas, los alerones, se inclinaba uno hacia afuera y desprendía a hachazos el tren de aterrizaje. Lo que se dejaba para lo último, eran las alas, porque esto era lo que nos sostenía. Al fin también se desprendían y cuando descendía flotando en el paracaídas, se sentía lleno de gozo, satisfecho. Por mi parte, preferí desmantelar un avión en el aire, antes de hacer cualquiera otra cosa; es una diversión soberbia, muy digna de acróbatas.

EL PARACAIDAS NO DEBE OLVIDARSE

Hay, sin embargo, una locura que nunca he podido comprender y que no la comete ningún acróbata, sino los que se consideran muy cuerdos y hábiles y piensan que la aviación es cosa prosaica, como un tren. Esta locura es la de elevarse sin llevar paracaídas, y espero que algún día nadie subirá en un avión sin él, lo mismo que entre los trasatlánticos no hay uno que no lleve botes salvavidas.

El público en general, al indicar un paracaídas dice:

—¡Hum, no me gustaría estar allá arriba sin uno de esos paraguas!

Pero la respuesta de la mayoría de nosotros a esta observación es:

—¡Hum, no me gustaría estar allá arriba sin uno de esos paraguas!

La frase encierra una gran verdad, que vengo predicando desde hace muchos años, tal vez haciéndome molesto, pero esa verdad la aprendí con la experiencia corroborada con la suerte del mejor amigo que tuve, Buddy Bushmeyer, uno de los reyes del aire y super acróbata.

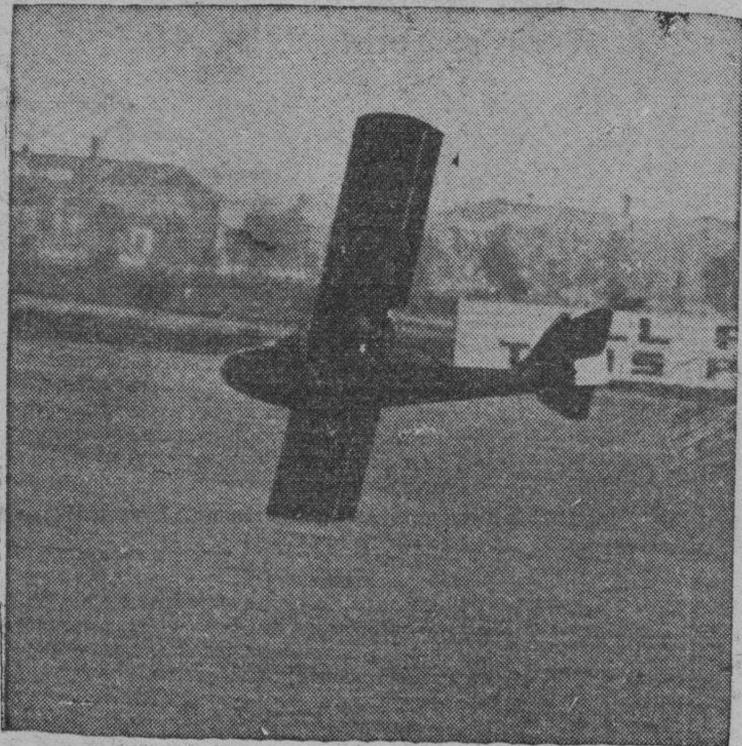
Buddy subió a un vuelo de recreo sin su paracaídas, y a los tres minutos descendía en caída vertical. Lo saqué de entre los escombros y lo llevamos a un hospital en una ambulancia. Yo le acompañaba llorando y observé que sus ojos estaban abiertos y que sus labios se movían lentamente.

Me incliné para escuchar lo que decía, y esto fué lo que oí:

Lo sabía... Lo sabía... tú siempre me lo dijistes...

Se detuvo y prosiguió:

Gene... cuando estaba allá arriba... nunca anhelé más, tener un paracaídas... Estas fueron las últimas palabras que escuché de él. Por la tarde falleció.



Voló a 12 metros de altura, con las alas en forma vertical y sin ganar ni perder altitud. Sólo dos hombres lo han hecho.

gatto que lo ha dejado tan dolorido y por eso mismo, tan grande como un corazón de hombre.

Debería haber ¿No es verdad?, un Más Allá para los animales, para que puedan encontrarse los que amaron a sus amos, hasta morir por ellos.

¿Un Más Allá así? Pero si tal vez lo haya. Por lo menos así lo afirman implícitamente otra inscripción que no teme apoyarse, con un poco de irreverencia, en la Biblia. Sí, señora.

A mi pequeña Darling, en quien pienso siempre.

«En las manos del Señor está el alma de todo lo que vive». Job. 20. 10.

Evidentemente, si el buen Job no se equivoca, si «todo lo que vive» tiene su alma, la pequeña Darling no ha desaparecido eternamente y su espíritu de perro ronda en alguna parte, esperando... esperando ¿qué...?

Un poeta, es quien responderá—un poeta encantador, a juzgar por sus versos que descifro ante el musgo, sobre la losa que cubre el cuerpo del pobre Bobby.

Duerme buen Bobby, bajo la tierra. Acogedora para las pobres bestias. Duerme el gran sueño solitario. Que todos dormiremos; Pero creo que en tal vez. En el Más Allá, que esperamos. Los perros buenos esperan a sus amos. Y que nos encontraremos de nuevo.

Hervé 1912

Me imagino, que más de un muchachito, más de una niña llorosa, inclinados sobre un pelaje caliente, han debido colaborar a ciertos epitafios, tan sencillos y tan conmovedores que ponen una ligera bruma en los ojos de los que los leen.

Brígida, nuestra chiquitina.

Eso es todo y ya es bastante. ¿no es verdad? ¡Qué ternura y qué recuerdo en esas tres palabras!

Pienso que las más bonitas frases han debido salir de los corazones femeninos. El primer ejemplo fué dado por la misma Margarita Durand, la creadora de esta Necrópolis:

La delicadeza, la gracia, la inteligencia están sepultadas aquí.

A Marquesa.

Es muy chiquitica, y así y todo ocupa en la casa y en el corazón tanto lugar.

Margarita Durand

El epitafio de una pareja:

Diana y Yuyú.

Aquí están sepultadas dos bestias inteligentes y fieles.

Una oración fúnebre:

A nuestra Rerette, diez años. Gatita linda, todo bondad, dulzura, hermosura, gracia, tan amante como amada, murió el 29 de marzo de 1935.

En un rincón enmalezado un obelisco vistoso atrae mi atención. Tenga gran trabajo para adescifrarlo y no siento el esfuerzo.

No es ni un perro ni un gato el que reposa aquí, ni mucho menos un loro.

Vean:

Gribouille.

Bueno, suave y hermoso caballo blanco, muerto en el cementerio de los perros a la edad de 35 años, el once de noviembre de 1924. Estuvo a mi servicio durante 25 años. Lo lloro como se debe llorar a un buen servidor y a un amigo.

Lindo epitafio, ¿no es verdad? ¡Qué digno, qué viril! ¡Y como su frase final da por anticipado una lección a cualquiera que quisiera hacer una ironía fácil!

LA ISLA DE LOS Corazones FIELES

(Continuación de la pág. 19)

Nada de firma. Interpelo a un anciano que vaga por el jardín, mitad guardián, mitad sepulturero.

—Ese caballo ha muerto en el cementerio, por lo que se lee. ¿Lo han muerto acaso?

—¡Oh! no señor. Estaba alojado aquí en estat caballeriza, bien cuidado, se lo aseguro. Era un asilo de inválidos y ¡ha muerto de vejez!

¿Cómo se llamaba su propietario?

—Su propietaria era la señora Margarita Durand.

¡Margaritat Durand! Margarita Durand no la he conocido, pero la quiero por este gesto y por este epitafio!

Sigamos, ¿quieren ustedes?, este paseo por entre las pequeñas tumbas de animales. Ya no tengo ganas de burlarme. Yo no lo he comprendido ¿no es verdad? Esto no es un juego ni un simulacro, ni un sentimentalismo estúpido. Es un pesar verdadero el que nos rodea, ternura verdadera, dolor verdadero...

Mi compañera lo ha comprendido antes que yo, pues he visto brillar una pequeña gota de agua al borde de sus ojos andaluces...

Es la vida real lo que nos rodea, desgarramientos y lágrimas. Después que un cuerpecito tieso ha sido depositado aquí, ¿cuántas soledades han comenzado? Veo hombres sin hogar, viudas, pobres solteronas, volverse solas, con la espalda doblada, a París, o a otra parte, en medio del desierto de los hombres...

¿Imaginaciones mías? No: las inscripciones lo dicen. ¿Las palabras? Ni eso: las cifras bastarían, las cifras que obstinadamente, de una tumba a otra insisten sobre los años, los largos años cuando eran dos.

Mi Pierrot querido.

Mi buen perro viejo, durante 14 años ha vivido mi vida.

Esto para un loro:

Cocó, compañero de treinta años 1934.

Treinta años. Pensemos en nuestra propia vida. ¡Cuántos han nacido, cuántos han muerto a nuestro alrededor desde hace treinta años! ¡Qué alegrías y qué dramas, qué evolución de todo y de nosotros mismos! La historia se ha convulsionado. Un mundo nuevo ha nacido en medio del dolor y él ya estaba ahí, ese Cocó familiar, ese testigo incansable. Manos que ya no existen, han acariciado las plumas de su cabeza. Sin duda ha oído las bombas de los Gothas y las campanas de la Victoria y alguna mujer anciana haría todos los días hablando con él, los sencillos comentarios que recibía del vasto universo. Treinta años ¿Quién se atrevería a sonreír ante el dolor de una pobre solterona? Desde el momento que ha sufrido su pena fué igual, en dignidad a cualquier otra pena...

¡¡¡Jockie!!!

Víctima de la Costa Azul.

¿Víctima de una insolación, sin duda? Pero lo que me parece más notable en esta muerte insólita, es que los amos hayan traído de lejos el pequeño cadáver: Un viaje de mil kilómetros para que él descansara aquí, entre los dos brazos del Sena, color pizarra...

Aquí hay otro epitafio de perro viajero, que sobrepasa sigularmente al ser que está sepultado:

Rikitiki.

Nació en Moscú, el 4 de julio de 1916, muerto en París, el 6 de noviembre de 1928.

¿Eso no le dice nada? ¿El año 1916? ¿Moscú? ¿Enseguida a París? Me imagino una fuga alocada, a través de las balas, el incendio, la tierra roja. No se puede llevar sino lo indispensable y sin embargo, llevan a ese ser de cuatro patas y en seguida, por una justa vuelta de mano, lo consolará durante los primeros diez años de destierro...



LA REINA MAUD, de Noruega, que falleció en Londres recientemente, y a cuyos funerales asistieron todos los príncipes y nobles de Europa.



JOHN O'HARA, investigador especial en el caso del contrabando de drogas, que ha hecho sensacionales acusaciones contra varios industriales y farmacéuticos de New York.

Hemos llegado al extremo de la tumba. Más abajo, a la orilla, unas minúsculas tumbas abandonadas, no han sido olvidadas en largo tiempo sino por las oscurecidas. Una estrecha escalera conduce hasta ellas y las gradas se han formado de antiguas lozas fúnebres. Cambian los felinos, sus nombres se pueden leer todavía. El olvido ha pasado por ahí, el olvido que dispersa los obeliscos de los guerreros y los mausoleos de los conquistadores.

Volvamos a la entrada. Algunas veces caminan silenciosamente por las largas avenidas. Aquí hay dos tumbas —una madre y su hija, sin duda— arreglan cuidadosamente unas rosas blancas en un florero ¿y ese hombre? ¿ese hombre, que camina delante de ellos, está en toda la fuerza de la vida, con cuerpo de atleta. Cara inteligente, dura. ¿Qué hace aquí?

Para mí—perdón—le reservaba al débil el monopolio de las peregrinaciones a esos lugares y de los gestos que acompañan a los que visitan esas tumbas. Pero el hombre que iba delante de mí se acercó a la pila del centro y ha bebido de agua una regadera. Ahora se va con una falsa vergüenza, a regar las plantas de una tumba de perro...

Un hombre... No les diré de qué montón se ha detenido, pero hay algunos epitafios que he leído en un rincón de ese jardín. Les ayudaría a comprender:

Nick.

Compañero fiel del comandante Goss, el frente de 1915 a 1918. Muerto el 12 de diciembre de 1925.

Rougé.

Al compañero de mis misiones en los rruuecos, al defensor de mis compañeros.

Y más lejos:

Redoute.

Encontrada en el fuerte de Vaux, el 2 de abril de 1916. Mi fiel amiga, 29 años de vida, muerta el 12 de febrero de 1924.

Por fin:

A mi querido Goss que fué mi sostén durante mis largos años de destierro y enfermedad.

Y ahora, ha llegado la noche. Una ma azuleja muy fina, sube del cielo, las gaviotas pasan sobre los árboles, el silencio de las bestias está roto por el murmullo de los visitantes. Entre nosotros somos los últimos visitantes.

Cuando ya vamos a salir, mi querido Goss me hace una señal y me señala hacia la pirámide de mármol negro, casi negra como un obelisco... Un obelisco que tiene un punto que no llega al punto de nuestros hombros.

Fíjese en la inscripción.

En el crepúsculo ya oscuro, me acerco para leer el jeroglífico que resume, como tratándose de una vida, toda una vida:

A la memoria de Chata, mi querida gata. Llegó a mi casa la noche de Pascuas de 1925 A. D. Me dejó una herencia de Todos los Santos de 1925. Marquesa de C.

Misteriosamente... Un perro que ha venido, ha vivido, se ha ido, se ha olvidado como nosotros todos, en la pequeña esfinge descansa en una hermosa tarde de otoño.

Una melancolía muy dulce y una melancolía muy triste, una melancolía que llena la Isla de los muertos. Una especie de encantamiento que de esta tierra donde descansan los humildes, buenos, que no tienen pensamientos rudimentarios, pero que aman el amor hasta límites donde los humanos.

LA EJECUCION de Mrs. HAHN, Envenenadora de ANCIANOS



CUANDO TODAVIA QUEDABA ESPERANZA

El día antes de la ejecución de Mrs. Ana María Hahn, cuando todavía a su abogado defensor y a su hijo les quedaban esperanzas de que la ejecución fuera evitada a pesar de todo, fué tomada esta fotografía, a la puerta de la penitenciaría donde la matrona alemana, convicta de asesinato por envenenamiento, fué ajusticiada. El abogado se llama H. C. Bolsinger. El muchacho, Oscar Hahn, tiene doce años.

¡No me hagan esto! ¡Piensen en mi hijo!

Con el rostro demudado por el terror, con los labios lívidos, espumajeados, y con el cabello rubio afeitado de su cabeza, para que no constituya un obstáculo a la libre penetración de la corriente eléctrica que había de darle la vida, el aspecto de Mrs. Ana Hahn, la alemana que había usado sus seducciones de mujer joven y hermosa para envenenar a varios ancianos, patético.

Los obligados por la ley o por sus razones habían acudido a presenciar la primera electrocución de una mujer en el Estado de Ohio, se hallaban hondamente impresionados. Arrastrada hacia la silla eléctrica por las matronas carceleras, la reo, que moría cien veces antes de poner sus plantas en la fatídica, parecía sacada de un infierno dantesco.

¡No me lo hagan! ¡No me lo hagan! ¡Piedad, la infeliz, congestionada.

Entrar en la iluminada cámara y ver su vista sobre las 33 personas sordas que iban a presenciar la ejecución de los encargados de colocarla en la silla eléctrica a sus miembros los electrodos resultó más fácil su tarea.

Tras el desmayo le pasó pronto. Tenía que aguantar hasta el final la pena con que la sociedad norteamericana castigaba su crimen horrendo. (Hay otras sociedades en el mundo que han eliminado de sus leyes la pena de muerte por estimarla como crónica y poco ejemplar). Volvió a abrir los ojos y al darse cuenta del tránsito por que estaba pasando, volvió a estar despavorida:

¡Pero no hay nadie aquí que me ayude?...

Los ojos, desorbitados, recorrieron la multitud de los espectadores, como en un súbito llamamiento a la piedad. Pero ninguno hizo un solo movimiento.

Mr. Woodard!—gritó de nuevo la matrona, dirigiéndose al alcalde de la prisión, que había aprendido a compadecerse durante su larga estancia de prisión. ¡No les deje que me hagan esto! ¡No me hagan esto!

¡Pero... Mrs. Hahn, pero nada puede hacer...

El Padre Sullivan se había colocado a

POR PRIMERA VEZ EN LA HISTORIA DEL ESTADO DE OHIO, ESTADOS UNIDOS, UNA MUJER FUE LLEVADA A LA SILLA ELECTRICA.—MEDIO MUERTA DE PANICO Y PIDIENDO A LOS ASISTENTES QUE LA SALVARAN, LA ALEMANA DE 32 AÑOS PAGO CON LA VIDA EL DELITO DE HABERSELA ARREBATADO A OTROS.—UNA RECITACION PATEITICA QUE CORTA LA CORRIENTE ELECTRICA

su lado y comenzaba en voz baja sus rezos.

—¡Padre, acérquese!—musitó entre sollozos la condenada.

En esos momentos le ajustaban las úl-

timas correas. El Padre Sullivan se inclinó sobre ella y le tocó el brazo con la mano...

—¡Cuidado!—casi gritó la infeliz mujer. Y luego, en voz baja, en la que había

de ser su última confidencia:

—¡Lo podrían matar también a usted!

El gorro o máscara negra que había de cubrirle el rostro cayó sobre su cabeza. El sacerdote comenzó a rezar en alta voz:

«Padre nuestro, que estás en los cielos...»

Un bombillo rojo colocado sobre la silla eléctrica, se iluminó de repente. El cuerpo de Mrs. Hahn se impulsó violentamente hacia adelante y luego se quedó rígido. A algunos de los asistentes a la ejecución se les quería salir el corazón por la boca...

Pasados unos instantes, cuando la corriente ya había abandonado el cuerpo inerte de la ajusticiada, un médico se acercó a él y le auscultó el corazón. Después pronunció las palabras que confirmaban que la sentencia de los hombres había sido cumplida:

—¡Esta mujer está muerta!

Al otro extremo de la prisión, en la biblioteca, Oscar, el hijo que nunca tuvo padre y a quien la justicia le había arrebatado también a la madre adorada, lloraba a lágrima viva.

—¡Mamá! ¡Mí mamá! ¿Por qué me la matan siendo tan buena?...

Pero no. Ana María Hahn no había sido buena. Por el contrario, había sido enorme, extraña, incomprensiblemente perversa.

¿Quería dejarle al hijo que no había sido santificado por el matrimonio una fortuna amasada entre los estertores de sus víctimas? ¿Era, simplemente, que su cerebro estaba enfermo, y que al envenenar a sus amigos ancianos para quedarse con sus propiedades y con sus seguros, no hacía más que obrar al dictado de una fuerza subconsciente que convierte en criminales a ejemplares padres de familia, como en el caso del francés Landrú?

George Raft, el popular artista de cine, ha invitado a Oscar Hahn, el hijo de la muerta, a que vaya a Los Angeles a pasarse la Navidad con él. Su gesto, sin duda, le ganará amigos, porque de alguna manera hay que compensar a ese niño de doce años, de la pena a que también a él le condenó la sociedad siendo inocente...



No hay duda de que son policías muy sabios, sobre todo cuando interrogan a un acusado. Desde el jefe hasta el detective privado se creen Sénecas. Pero dudamos que cualquiera de ellos pueda coger un... día de viento. (Vaya trazando líneas rectas en e los números).

ATACAN A LOS MATRIMONIOS DE GINEBRA EN LOS ESTADOS UNIDOS



El Reverendo P. K. Lambert casando a Sigmund Shibovitch y Florence Zolway en Maryland. Fué ése el último enlace efectuado antes que la nueva ley que exige una espera de 48 horas a los contrayentes, entrara en vigor.

UNO de los muchísimos peligros por que tiene que pasar el norteamericano con plata—o el extranjero que reside de manera estable en los Estados Unidos—acaba de desaparecer. De ahora en adelante, cuando una pareja se quiera casar tendrá que dar aviso de sus intenciones, por lo menos con dos días de anticipación.

¿Que qué tiene que ver la boda con el peligro de que hablábamos?... Pues mucho. Como que de una plumada se despoja a las féminas, que como es sabido en Norteamérica llevan siempre las de ganar, de un negocito muy saneado:

La cosa era así: cuando una de esas muchachas amigas de lo ajeno, que en inglés denominan con el gráfico nombre de «goldiggers», determinaba jugarle una mala pasada a un amigo «con guano», esas fábricas de matrimonios denominadas «Gretna Greens» les brindara todas las oportunidades. Todo lo que tenían que hacer era hacerle tragar al novio de una noche un poco más de «whiskey» del que tenía por costumbre, y después «venderles» la idea de que lo formidable para hacer de la juerga una cosa inolvidable era ir a casarse a cualquiera de esos lugares donde un ministro, con sólo levantar la mano, los dejaba convertidos en marido y mujer. Dada la gran dosis de dinamismo que el alcohol mete en el cuerpo de quien lo ingiere, la idea de la amorosa muchacha casi nunca fallaba, pues sabido es que la caballerosidad hacia la mujer la llevan los norteamericanos en la masa de la sangre. ¿que ella, la dulce y linda compañera de libaciones le pedía que la hiciera su esposa ante Dios y los hombres, Pues a complacerla mediatamente.

Los líos venían después, cuando los vapores del «whiskey» o la ginebra desaparecían y el sujeto comprobaba que para aquel nuevo dolor de cabeza que tenía consigo no había medicina en la botica.

El único remedio estaba en el banco, y el recién casado lo comprobaba en se-

PARA EVITAR QUE EN LA EUFORIA DE UNA BORRACHERA UNO O AMBOS CONTRAYENTES HAGAN UNA TONTERIA, LAS NUEVAS LEYES EXIGEN QUE PARA CASAR A UNA PAREJA SEA NECESARIO QUE ESTA ANUNCIE CON ANTICIPACION DE DOS A CINCO DIAS, EL PROPOSITO MATRIMONIAL.—LAS «GOLDDIGGERS» PIERDEN DE ESTE MODO UNA DE SUS INDUSTRIAS MÁS SANEADAS.

guida. Y cuando al cabo aceptaba las peticiones exageradas de su cónyuge y lograba el divorcio, la juerga nocturna le había costado un ojo de la cara.

Ahora las féminas que quieran progresar por el procedimiento de casarse con un hombre rico y sacarles después una buena suma por el divorcio, tendrán

que emplear un procedimiento complicado que el de emborracharse y unirse legalmente a él mientras dura la euforia del vino. Porque en la afamada localidad del estado de Maryland, exigen una especie de anticipación de dos días, en Wellsville, Virginia, tres y en Harrison, nada menos que cinco.

En otros diez y ocho estados de la Unión norteamericana habían leyes análogas con anterioridad, ellas encaminadas a evitar esas repentinas denominadas «matrimonios de ginebra».

Por supuesto, de ginebra, y hasta de ron...

JUAN Bernardo PAPINI Autor de La Vida de Cristo

UN solo libro le dió a Juan Bernardo Papini, literato y filósofo italiano, nacido en Florencia el 9 de enero de 1881, una fama enorme. Su «Vida de Cristo» viene a ser en su obra como «El Infierno» en la de Henry Barbusse: la antorcha que hizo llegar a todas partes los resplandores de su genio.

También Barbusse escribió su «Jesús» y su «Judas de Jesús», en los cuales, naturalmente, la figura de Cristo se trazaba de modo diametralmente opuesto al del maestro italiano. El filósofo de Florencia, hondamente católico y cristiano y el comunista francés, no podían usar los mismos colores, idénticos matices, para dar a la estampa un retrato de Cristo. Pero los dos, incuestionablemente, produjeron obras maestras.

Juan Bernardo Papini, que nunca cursara la enseñanza oficial y que formó su recia personalidad y su vasta cultura leyendo a los grandes maestros, publicó sus

primeros trabajos literarios con el seudónimo de Gian Falco. Fué precisamente la literatura española la que provocó sus mayores entusiasmos en la primera época de su juventud. Más tarde, dedicado a la filosofía, fundó en Florencia—en 1903—la revista «Leonardo» y difundió también los frutos de su pensamiento privilegiado por medio de las revistas «Regno», de Florencia; «Idea Liberale» y «Varietas», de Milán; «Archivio per l'Antropologia», «Cultura», «Voce», «Il Rinnovamento», «Nuova Antologia», «Revue Scientifique», de París; «The Monist», de Chicago, y muchas otras.

Papini ha contribuido poderosamente a la difusión de la cultura filosófica entre la juventud italiana, que gracias a sus traducciones, acompañadas de sabias introducciones, ha podido penetrar a los Berkeley, Bergson, Boutroux, James, Schopenhauer y otros grandes filósofos. También debe a Papini la juventud italiana ediciones debidamente comentadas



.(Caricatura de...)

de Galileo, Maquiavelo, Rossetti, Verry, etc.

Es muy notable la crítica que hace sobre la teoría neohegiana de Benedetto Croce, según la cual la realidad es una forma imperfecta o de transición hacia la filosofía.

PERO LLEGA EL DIA DEL PESADO ARREGLO DE CUENTAS...

POR
KATHLEEN NORRIS

II ABIA una vez una mujer realmente superior superior y bella casada con un hombre bueno, pero no muy brillante. Hizo todo lo que pudo para complacerla, pero no era suficiente. Le disgustaban sus hijos y su familia, y tras algunos años de matrimonio de él, obtuvo la custodia de los niños y se marchó a Hollywood en una buena carrera y dinero en el cine.

Cuando llegó el cine sonoro que cortó las posibilidades, ya había trabado amistad con un abogado de éxito, bueno e inteligente al cual su mujer negaba el divorcio en razón de los niños. El marido se marchó, arrendó un lindo apartamento y a los pocos meses de amistad con el abogado, Laura, llamémosla así, ésta se fué a vivir con él. La inteligencia, dignidad y fuerza de Laura, hicieron de esa unión un matrimonio muy atrayente y al parecer ninguno de sus amistades hacía caudal de la verdadera posición de Laura.

«Mi abogado, escribe, me asegura que era libre para casarme, dice la

carta que me ha escrito, pero Frank no lo era, y aunque no hacíamos ostentación de nuestras relaciones tampoco las proclamábamos».

«Frank tenía dos hijas a las cuales Laura por cierto jamás vió. Ahora tiene una hija propia de tres años. El problema surgió a la muerte de su marido, divorciado ocurrido hace algunos meses. Prácticamente, desheredó al hijo de Laura y ésta no puede comprender que siendo la viuda legítima del difunto no tenga derecho a una parte sustancial de su buena fortuna. A Frank le va mal en su profesión, su salud es mala y el dinero les vendría a maravillas. Pero Laura tiene miedo de que el escándalo que resultaría de una acción judicial la privaría de la custodia de su hijo ahora de siete años. Hay una abuela celosa por parte del marido de Laura. Siempre fué aficionada al niño y nunca se conformó con que se lo diera en custodia a Laura en el juicio del divorcio».

«Mi abogado, escribe, me asegura que de acuerdo con la ley yo tengo derecho

«Estaba de tal manera desesperada, que fui a ver a la mujer de Frank; pero es inflexible y no consiente en el divorcio. Me dijo que yo le había arrebatado a su marido, lo que no es cierto, y que espera que me vaya bien con él».



a unos cien mil pesos. Me enloquece pensar, que tenga que pasarme sin ellos. Frank y yo somos de gustos modestos y con esa suma tendríamos una vida segura y casi de lujo en vez de las penurias actuales y educaríamos bien a nuestros hijos. Pero la abuela de mi chico es «una gata», no dejaría de armar escándalo y entonces perdería a mi hijo. Estaba de tal manera desesperada que fui a ver a la mujer de Frank; pero es inflexible y no consiente en el divorcio. Me dijo que yo le había arrebatado a su marido, lo que no es cierto, y que espera que me vaya bien con él. Hemos sido tan felices, nuestro hogar es de perfecta tranquilidad. Si el escándalo estalla todo se quebrará y puede matar a mi hijo. Con todo no puedo resignarme a que esta fortuna se me escape de las manos. Con la enfermedad de Frank estamos reducidos a privación, ya no tengo empleada y hago todos los menesteres de la casa. ¿Tiene usted algún consejo que darme?».

No siendo abogado, creo que no puedo aconsejar en ese terreno. La abuela del niño sin duda recurriría a la más estruendosa publicidad. Su hijo nunca quiso el divorcio, quería a su mujer y a su hijo. Cuando le llega el momento de castigar lo aprovechará. Y así lo que Laura hizo en momentos de arrebato o pasión, pero en desafío de los códigos de la gente civilizada, caerá sobre su cabeza y posiblemente sobre la de su hijo y hasta su pobre hijita.

Hace algunos años una mujer que yo conozco entró al salón de un hotel para visitar a su madre, que pasaba unos días en la ciudad en que ella vivía. No había peleado con ella a pesar de una tormentosa vida de matrimonios, pero hacía años que no la veía. Un joven se levantó de su asiento, al verla entrar, y ella se dirigió a él con ánimo de cambiar presentaciones. «No, dijo el joven de súbito, retirando la mano ya extendida, yo soy Felipe Phillips», Dicho lo cual se marchó mientras la dama caía desmayada y desesperada en una silla. No había visto a

aquel niño desde que tenía dos años, cuando se escapó con un amante de su casa. El joven era su propio hijo.

Me imagino que cosas como estas, borran en la vida de una mujer hasta el recuerdo de las escenas de amor extra marital. Se siente tan transportada una mujer cuando empieza a recibir las atenciones de otro hombre que le gusta, los largos diálogos embelesadores, los finos reales, las citas furtivas. Qué importa; si se ha de pagar por todo eso el día está muy lejano. Pero el día llega fatalmente del pesado arreglo de cuentas. Porque por alguna razón existe un cierto código básico de moral. Código que afecta a la limpieza, honestidad y buen comportamiento de hecho y de palabra. Código que dice que los maridos, aunque pequeños, se conducen decentemente con sus mujeres si son de buena madera; que las esposas honorables acumulan méritos y dignidad y no amantes, y hacen sacrificios que a la larga pagan generosamente, por sus hijos y por su hogar.

Hay momentos en que la adhesión a estas reglas del código de nobleza parece tediosa y da dolor; pero si la regla está ahí, es porque por generaciones hombres y mujeres con dignidad y decencia la forjaron. Saben que a veces el inocente lleva la peor parte, pero en el correr del tiempo, la esposa que escoge el camino al parecer más duro es la que cosecha en grandes recompensas. Y en el correr del tiempo, la mujer que tira al aire el sombrero de estas cosas convencionales halla que la vuelva a dar en la cabeza como verdugo pertinaz e implacable. A medida que avanzan los años esa frase, «en el correr del tiempo», adquiere una importancia creciente en nuestras vidas.



LA SECRETARIA INSPECCIONADA.—La Secretaria del Trabajo de los Estados Unidos, Mrs. Frances Perkins, charla con Jean Dubinsky, presidenta de la Asociación Internacional de mujeres trabajadoras, en Washington. La Secretaria conoció las necesidades y demandas de las trabajadoras americanas.

SUSCRIBASE Y ANUNCIESE EN
EL «DIARIO DE LA MARINA»

Del BUEN HUMOR ::: AJENO :::



PENSAMIENTOS

Por Diógenes

MUCHAS de las amarguras de la vida vienen de tragarnos nuestras propias palabras.

Casarse por dinero es mejor que morir-se de hambre... a veces.

El que vive de su reputación pasada anda siempre a medio morir-se de hambre.

Sabio es el que se prepara para la vida estudiando el pasado y el presente.

Si; todo se conserva en el alcohol, me-nos la dignidad.

La venganza es dulce, pero sólo para la gente pequeña.

Los besos quemantes pueden hacerlo a usted feliz, pero también pueden llevarlo al matrimonio.

Bello es para la mujer el sombrero que cuesta más.

¿Por qué si el matrimonio es bendito la bigamia es delito?

Puede que un hombre deba algo a sí mismo, pero lo general es que deba más a otra gente.

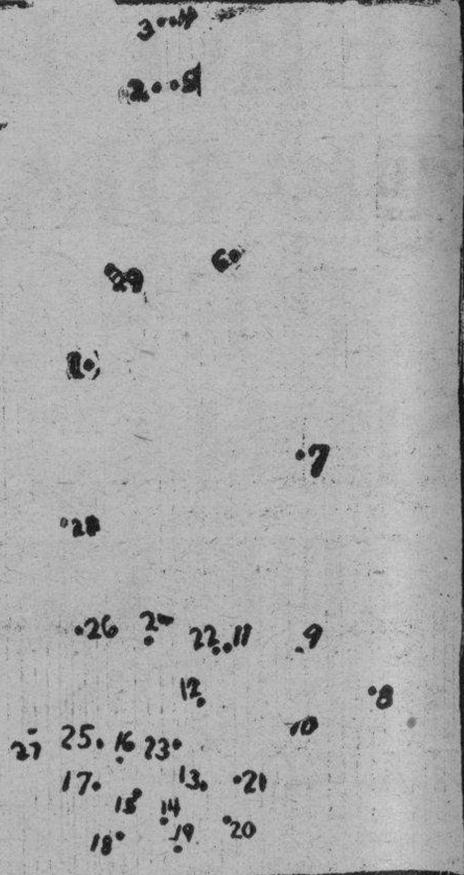
Nunca un marido se da cuenta cabal de si lo que preocupa a su mujer son sus propios quebrantos o los de sus vecinos.



Con los nuevos trajes de noche que se están usando, las muchachas ya tienen ocupación para las manos en los momentos en que no tienen otra cosa que hacer con ellas.



Si ese oso se acerca, no tendré más remedio que tirarme. Y lo peor es que para moderar la caída, no tengo otro aparato que esta... (Vaya trazando líneas rectas entre los números).



MUY BREVES

ENTRE SOLTERONES

—A esa mujer que pasa del brazo de su marido debo yo los días más felices de mi vida.

—¿Amorcillos?

—No. Fué la que me rechazó cuando la pedí en matrimonio.—(Humorist).

PARLANTES

Hay mujeres, dice un conferencista, que pueden hablar por horas sobre un mismo tema.

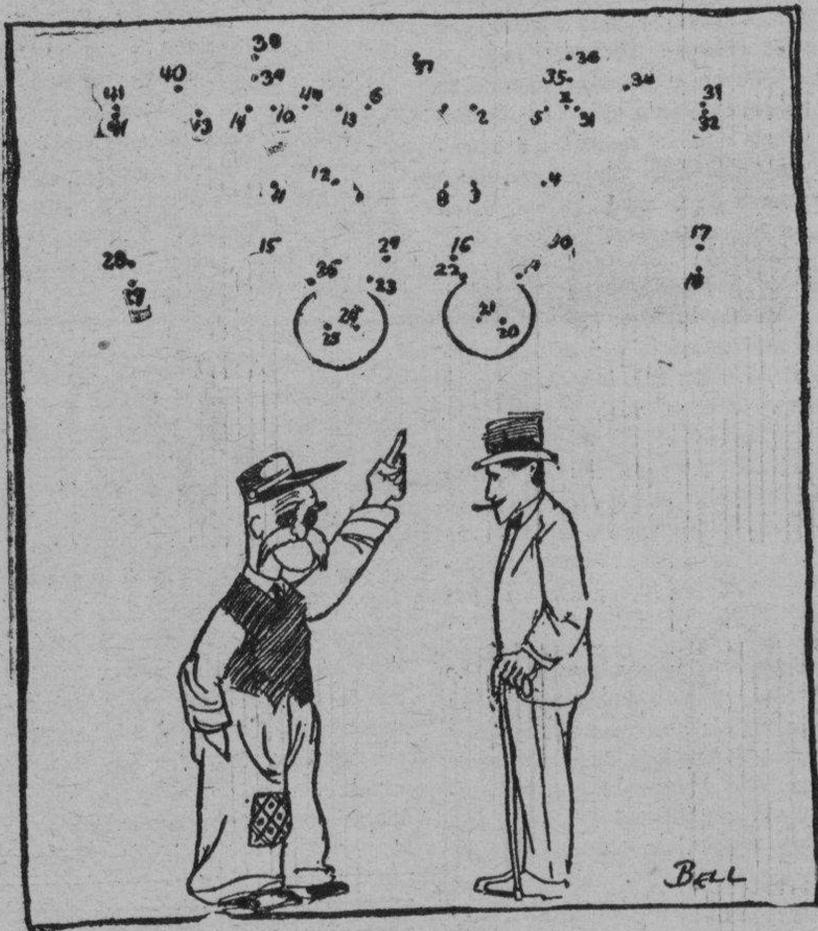
CORTESIA

Entra una dama en el tranvía, vestida en traje de montar. Manuel, modesto empleado, se levanta y hace ademán de cederle su asiento. La dama rehusa cortésmente. Manuel insiste, e insiste de tal manera que la dama tiene que gritarle, para regocijo de los que escuchan:

—Pero señor, ¿que no se da cuenta usted de que vengo de una lección de equitación?—(Lustige Blatter).



Uno de los momentos negros de una nueva casada, llega cuando se cuenta de que toda la economía que se enseñaron en el colegio estaba en cada... (12-9)



—¿Con que usted es uno de esos muchachos listos de la gran ciudad?... Pues no se crea que aquí somos bobos. Tenemos todo lo que ustedes tienen: cines, radios, autobuses, carteros, luz eléctrica y alcantarillas. Lo único que no tenemos es... de caballos. (Vaya trazando líneas rectas entre los números).



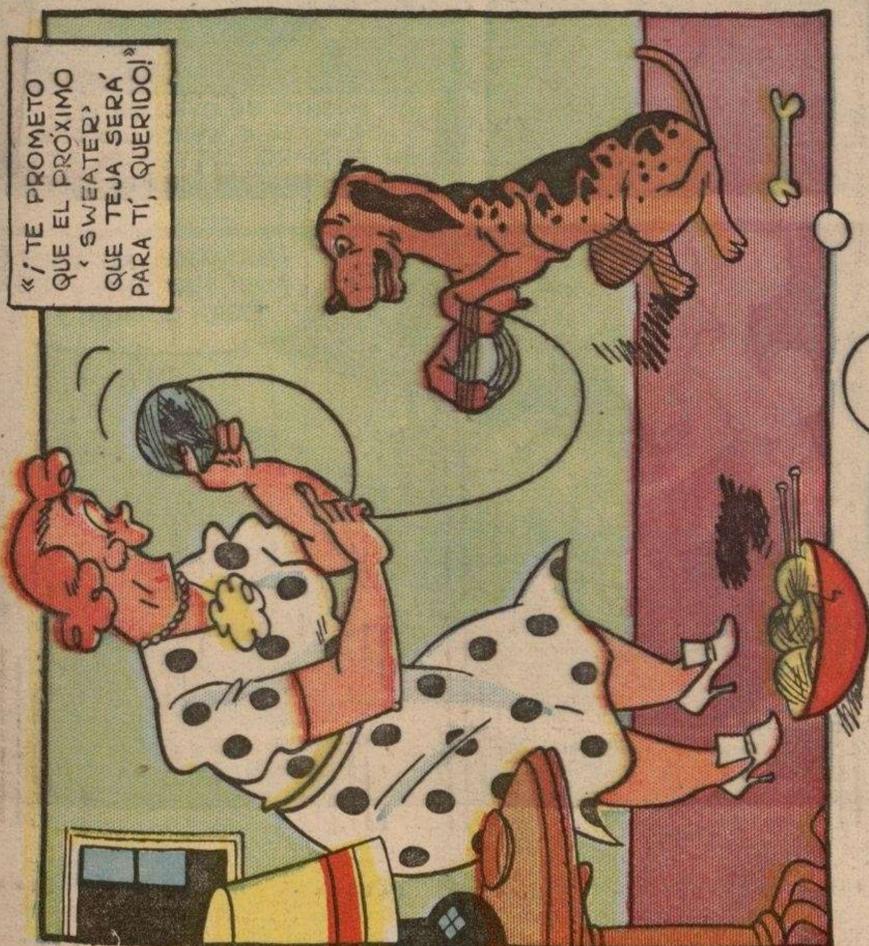
La tragedia de la chica poseída de sus encantos viene cuando tropieza con el joven que se cree también un Apolo redivivo. (12-5)



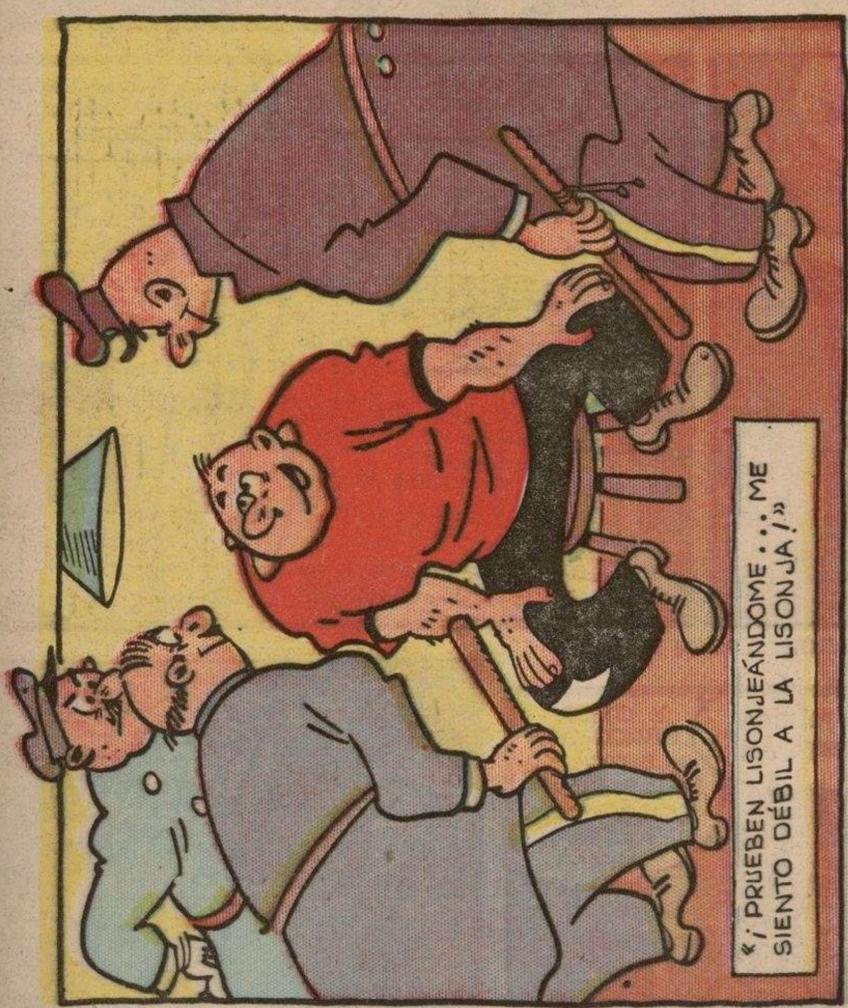
Cuando se trata de bailarinas, la popularidad y la impopularidad se encuentran a un paso una de la otra. (12-9)

Por

LA VIDA ES ASÍ...



« ¡ TE PROMETO QUE EL PRÓXIMO ' SWEATER ' QUE TEJA SERÁ PARA TÍ, QUERIDO! »

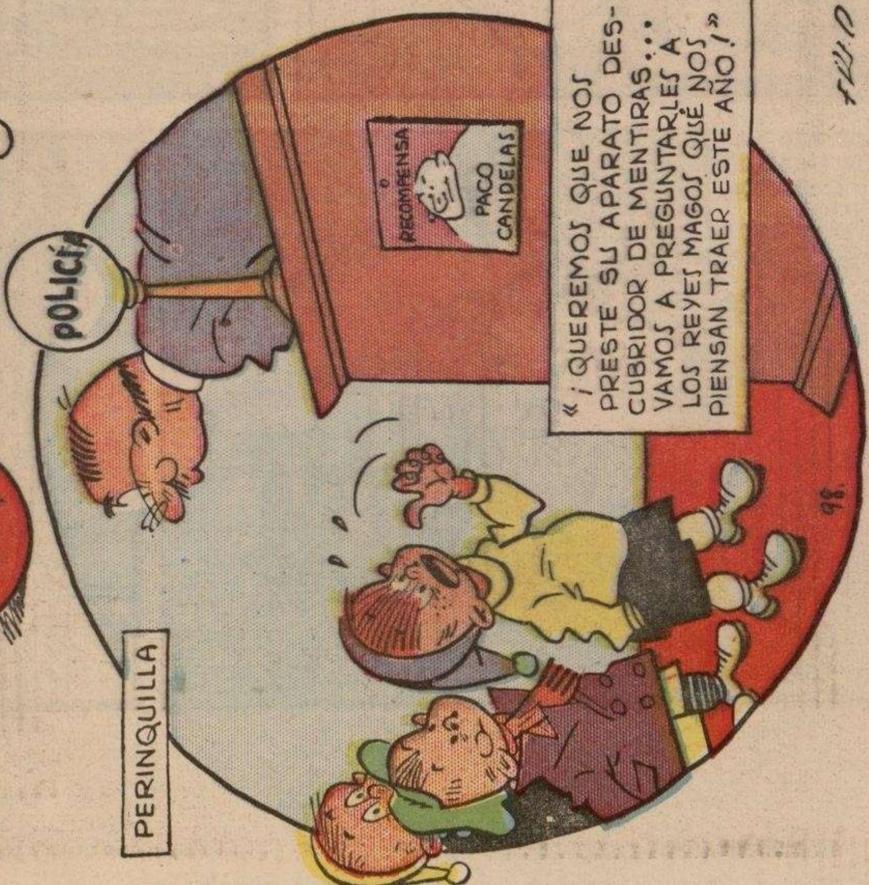


« ¡ PRUEBEN LISONJEÁNDOME... ME SIENTO DÉBIL A LA LISONJA! »



« ¡ LA LÍNEA RECTA PUEDE SER LA DISTANCIA MÁS CORTA ENTRE DOS PUNTOS, PERO LA MUJER CON CURVAS VA MUCHO MÁS LEJOS! »

Pampelnadas

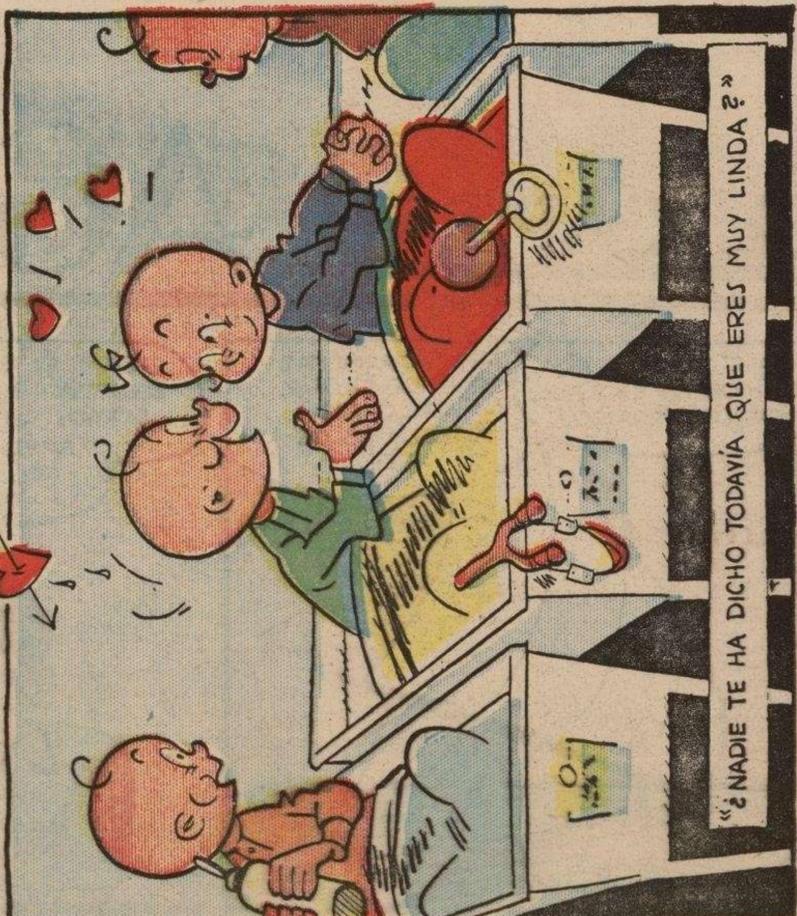


PERINQUILLA

« ¡ QUEREMOS QUE NOS PRESTE SU APARATO DESCUBRIDOR DE MENTIRAS... VAMOS A PREGUNTARLES A LOS REYES MAGOS QUÉ NOS PIENSAN TRAER ESTE AÑO! »



« ¡ ESTE ES EL PASTEL DE MI VESTIDO; HOY CUMPLE OCHO AÑOS! »



« ¿ NADIE TE HA DICHO TODAVÍA QUE ERES MUY LINDA ? »

FRED NEHER.

EL CAPITÁN AGUILA POR ROY CRANE



¡QUÉ TONTOS FUIMOS EN ESCAPARNOS DEL PARAÍSO!

ESPECIALMENTE DEJANDO EL ORO, HABIENDO ALLÍ TONELADAS DE ÉL



BIEN, EL SER HUMANO NUNCA ESTÁ SATISFECHO, NI EN EL PARAÍSO. SI SOMOS RICOS, NO LO APRECIAMOS ASÍ ES EL MUNDO.

SI NO SOMOS RICOS, QUEREMOS SERLO. SOMOS TODOS IDIOTAS



OYE, EL VIENTO SE HACE MUY FUERTE.

EL BOTE SE ESTA LLENANDO DE AGUA.



¡TIENE DEMASIADA CARGA! TIREMOS LAS PROVISIONES O NOS HUNDIMOS.

PERO SI TIRAMOS LAS PROVISIONES NOS MORIMOS DE HAMBRE.



¡DIABLOS, UN BARCO! ¡ESTAMOS SALVADOS!



ESTÁN HACIENDO SEÑALES DE SOCORRO, CAPITÁN.

¡DEJA QUE LAS HAGAN, NO ESTAMOS PARA SOCORRER!



¡ESTOY SEGURO DE QUE NOS HAN VISTO! ¡Y NI SIQUERA AMINORARON LA MARCHA!

¡ME ENCANTARÍA RETORCERLE EL CUELLO DE ESE CAPITÁN!



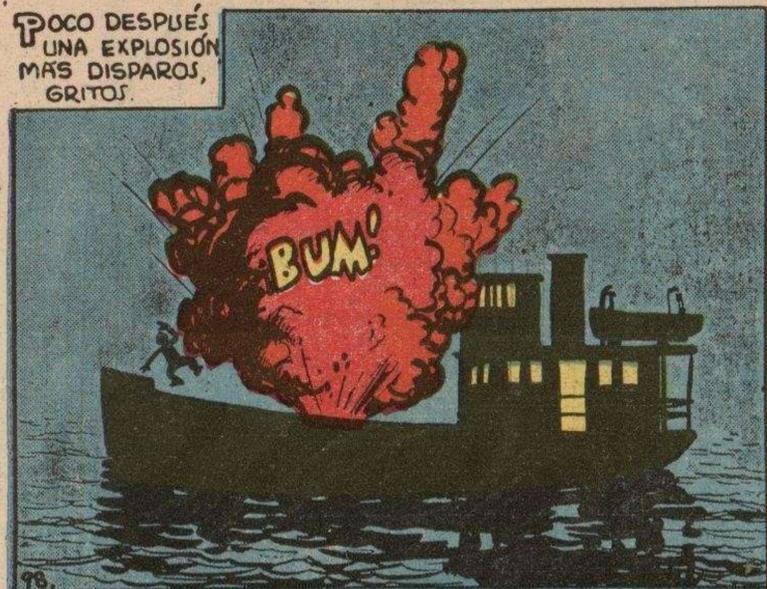
DOS NOCHES MÁS TARDE LLEGAN A UNA PEQUEÑA ISLA...

¡AH, LA MISMA GOLETA ESTÁ AHÍ!

Y OTRO BARCO. VOY A ENTENDER-MELAS. CON EL CAPITÁN AHORA MISMO.



DE PRONTO SE OYEN GRITOS HORRIBLES Y VARIOS DISPAROS EN EL BARCO DE VAPOR.



POCO DESPUÉS UNA EXPLOSIÓN MÁS DISPAROS, GRITOS.



¡HUYAMOS, HUYAMOS! ¡AQUÍ HAY UNA VERDADERA GUERRA!

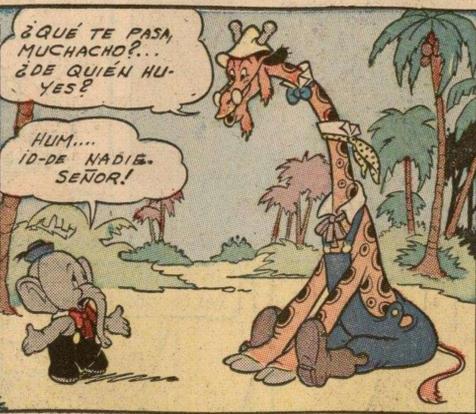
NO QUERIAMOS AVENTURAS AHORA SI QUE LAS TENEMOS

DIARIO DE LA MARINA

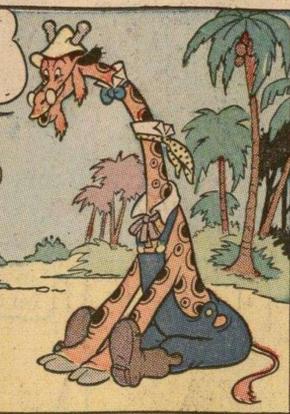
DOMINGO 8 DE ENERO DE 1939



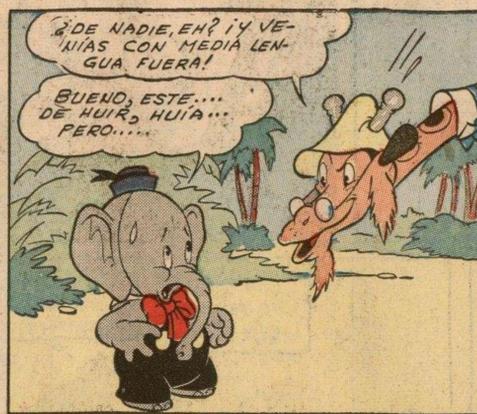
EL BUEN TOMASIN
POR WALT DISNEY
WALT DISNEY.



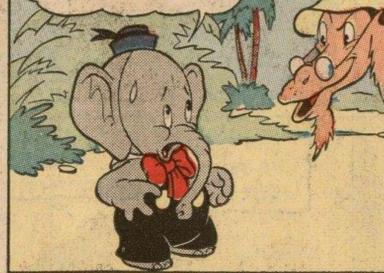
¿QUÉ TE PASA, MUCHACHO?... ¿DE QUIÉN HUYES?



HUM... ¡ID-DE NADIE, SEÑOR!



¿DE NADIE, EH? ¡Y VENÍAS CON MEDIA LENGUA FUERA!



BUENO, ESTE... DE HUIR, HUIA... PERO...



¿ES QUE VENIA ASUSTADO! ¡ME ASUSTA LA GENTE Y LAS COSAS... ¡AY, DIOS! ¡Y HASTA LOS RUIDOS.



¡HUM! ¡MALA SEÑAL! ¡MUY MALA! ¡UN CHICO FORNADO COMO TÚ, NO DEBERÍA ASUSTARSE ASI!



¡¡¡A VER, HIJO, FRANQUEATE! ¿A QUIÉN DA QUIÉN LE TIENES MÁS MIEDO?

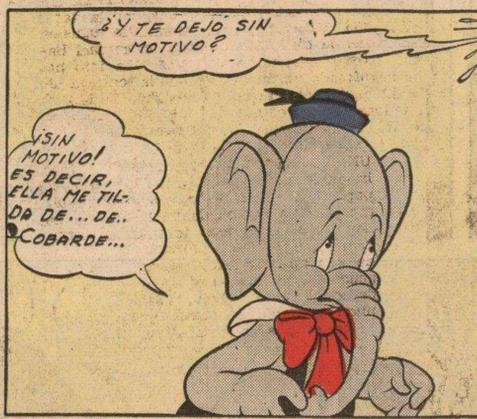


ESTE... ¡¡¡GACHO GORILA! ¡¡¡ES MUY SECO Y MUY FUERTE!



¡Y ME QUITO A MI NOVIA... A FELINA... ¡EL MUY INDINO...!

¿DE VERAS? ENTONCES ELLA TE DEJO, ¿EH?... ¡ASI SON LAS MUJERES!



¿Y TE DEJO SIN MOTIVO?

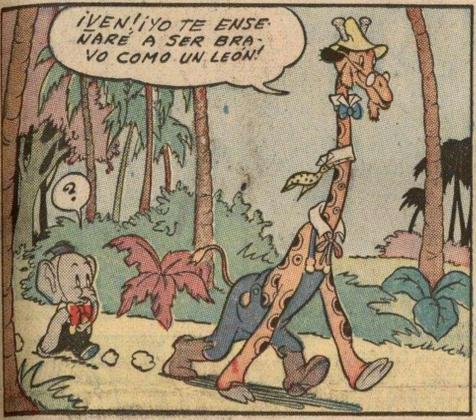


¡SIN MOTIVO! ES DECIR, ELLA ME TILDA DE... DE... COBARDE...

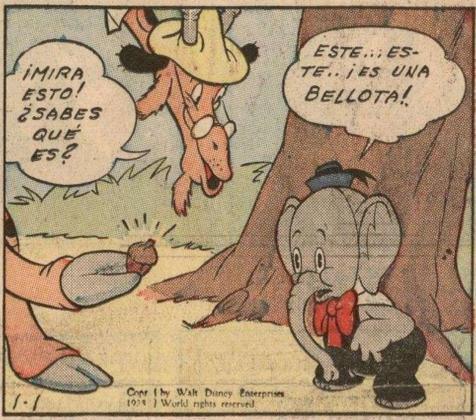


¡Lo soy! ¡soy un COBARDE!

¡VAMOS, MUCHACHO! ¡CALMATE! ¡TU MAL TIENE REMEDIO!



¡VEN, ¡YO TE ENSEÑARE A SER BRAVO COMO UN LEÓN!



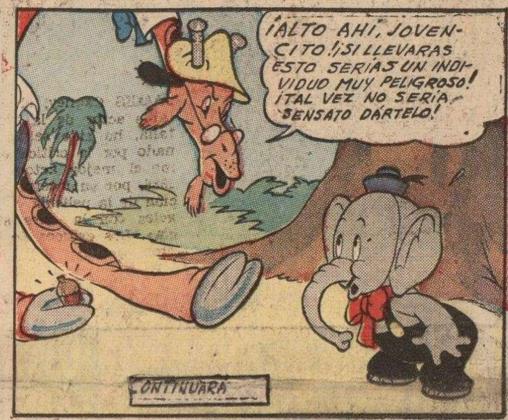
¡MIRA ESTO! ¿SABES QUÉ ES?

ESTE... ESTE... ¡ES UNA BELLOTA!



BELLOTA DICES, ¿EH? PUES SABE QUE ES UN AMULETO MÁGICO! ¡CUALQUIEN LO LLEVE PODRÁ VENCER A CIENTO TIGRES!

¿SI? ¿Y ES... PARA MÍ?



¡ALTO AHI, JOVENCITO! ¡SI LLEVARAS ESTO SERIAS UN INDIVIDUO MUY PELIGROSO! ¡ITAL VEZ NO SERIA SENSATO DARTELO!

CONTINUARA

EL RATON MIGUELITO

REGISTERED U.S. PATENT OFFICE



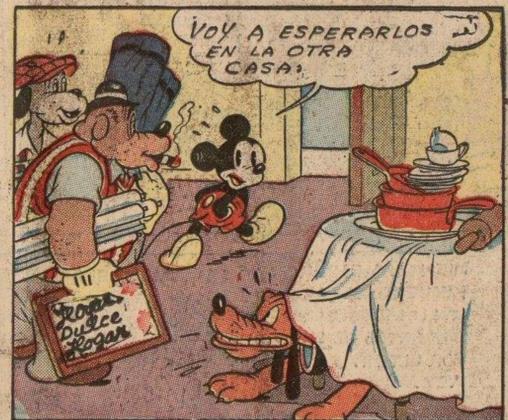
COMPANIA 'EL PROGRESO' MUDANZAS



¡ADELANTE! ¡TODO LO TENGO EMPACADO!



¡VAMOS, PLUTO! ¡A VER SI DEJAS DE AULLAR! ¡ESOS HOMBRES VIENEN A MUDARNOS!



¡VOY A ESPERARLOS EN LA OTRA CASA!



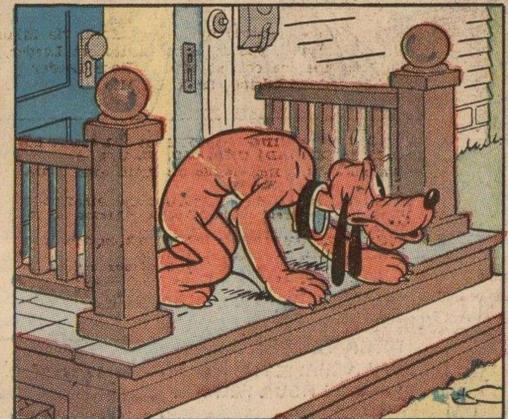
¡MIRA EL PERRO, JUANCHO! ¡PONE EL HOCICO DE UNA VARA!



¡SI... SE FIGURA QUE VENIMOS A DESAHUCIARLO!



¡LARGO DE AQUI, QUE MOLESTAS!



MIENTRAS TANTO, EN LA NUEVA CASA.



¡DOS HORAS Y TODAVIA NO LLEGAN! ¡REGESARE PARA DECIRLES UNA BUENA!



DIGAN, ¿QUÉ PASA AQUI?



GURRRRR RRRR

WONG LO

por BRANDON WALSH

EL "AMO" Y SU BANDA DE ASESINOS COLOCAN UNA BOMBA DE TIEMPO EN EL CUARTO DONDE SE REUNEN NUESTROS AMIGOS; PERO LA MÁQUINA INFERNAL ES DESCUBIERTA POR WONG LO, QUE LA TIRA POR LA VENTANA. LUEGO WONG ENCUENTRA UNA PISTA QUE CONDUCE A LA GUARIDA DE LOS CRIMINALES.



¡HEMOS LLEGADO TARDE! ¡YA VOLARON LOS PATARRACOS, Y LA JAULA ESTÁ VACÍA.

¡VISTO LE LÍA, LO QUE LE NOCHE PALECÍA UNA MONTAÑA LESULTA UNA CHOZA!



YA HEMOS REGISTRADO ESE ARMARIO.

¡AQUÍ NO HAY TRAMPA! ¡ES MA-CIZO COMO EL PE-ÑON DE GIBRALTAR!



¡EN TABLAS LE TALE ESTÁ ESCRITO: EL QUE FUÉ MOL' DILO POL UNA VÍBOLA TIENE MIELO LE LAS SOGAS!



¡EH! ¿QUÉ VA A HACER?

¡CUIDADO, QUE ROMPERÁS EL LAVAMANDOS!

¡SE HA VUELTO LOCO!



¡DEMONIOS! ¡MI UNIFORME!

¡IDIOTA! ¡ESTO LE COSTARÁ CARO!



¡ESTA HUMIL'LE PELSONA LES IMPLOLA QUE LEFLENEN SU HONDLABLE COLATE Y SE FIJEN BIEN EN ESE NALA INOCENTE ALMALIO!



¡SOCORRO!

¡SOCORRO! ¡ME AHOGO! GLUG... GLUG

¡SALGAN LE AHÍ CON TOLLAS LAS INCLINACIONES LE LAISE PLESOS!



LEPETILAMENTE SE HA PLO-CLAMALO: MÁS VALE MAÑA QUE FUELZA..

ANITA Y SUS AMIGOS

Registered U. S. Patent Office

Brandon Walsh



SHAKESPEARE TENÍA RAZÓN EL MUNDO ES UN ESCENARIO EN QUE CADA CUAL REPRESENTA UN PAPEL.

¿QUIERE DECIR QUE LA VIDA ES COMO UN TEATRO?



ALGO ASÍ, QUERIDA. EL GRAN AUTOR ESCRIBE EL DRAMA, EL DESTINO REPARTA LOS PAPELES, LA NATURALEZA PINTA LAS DECORACIONES, Y EL TIEMPO SUBE Y BAJA EL TELÓN.



CAE EL TELÓN AL FIN DE CADA AÑO. LUEGO SE LEVANTA PARA EL AÑO NUEVO, Y CONTINÚA EL DRAMA DE LA VIDA CON NUEVOS ARTISTAS, NUEVAS PREOCUPACIONES.....



MIENTRAS ESPERAN LA CONSIGNA, LOS ARTISTAS RECUERDAN LAS ESCENAS PASADAS Y SUEÑAN CON LOS PAPELES MEJORES QUE PIENSAN DESEMPEÑAR ANTES DE QUE EL TIEMPO LES BATE EL TELÓN POR ÚLTIMA VEZ.

¡O-OH!



PERDÓNEME TANTA LATA, QUERIDA... PERO AL CAER EL TELÓN AL FIN DE CADA AÑO, ME EVOLA RECUERDOS Y HUBIERA DESEADO REPRESENTAR MI PAPEL CON MÁS ACIERTO.



¡VAMOS! ¡UD. NO HABLA EN SERIO! ¡TODO EL MUNDO DICE QUE UD. FUE UN ARTISTA MARAVILLOSO!

NO, QUERIDA. TUVE SUERTE, NADA MÁS.



AHORA, EN LUGAR DE SENTIR AGRADECIMIENTO POR ESTOS ÚLTIMOS AÑOS TRANQUILOS, ME HE CONVERTIDO EN UN VIEJO GRUÑÓN REÑIDO CON EL TIEMPO. ¡OTRA VEZ QUE ME OIGAS GRUÑIR, ÉCHAME EN LA CARA UN CUBO DE AGUA HELADA!



QUE SIGA SUBIENDO Y BATANDO EL TELÓN Y MIENTRAS TE TENGA A TÍ PARA ENSEÑARME EL ARTE DE PONER A MAL TIEMPO BUENA CARA, PROCURARÉ CONVERTIR LAS TRAGEDIAS EN SAINETES!



PUES YA SABE UD. QUE NO TENEMOS POR QUÉ PREOCUPARNOS. TODO ESTÁ DE PRIMERA, Y DOÑA MACLOVIA NOS VA A DAR ASADO PARA LA CENA. DEBEMOS ESTAR FELICES.



MODESTO RIZOS



SIENTO HABERLE TIRADO LA BARBA, SEÑOR PITA. ¡CREI QUE ERA POSTIZA!

¿QUIÉN ES USTED? ¡SALGA DE MI CASA!



¡LÁRGUESE O LE... LE...!

¡ESPERE! ¡DEJEME EXPLICARLE!



...Y CUANDO VI NE A ENTREVISTARLO PARA EL 'CANNON', ENCONTRE A UN HOMBRE EN EL SUELO Y SIN CONOCIMIENTO. CREI QUE ERA USTED, ¡LLEVABA BARBA POSTIZA! AL NOTAR QUE VOLVIA EN SI, ME MARCHE SIN QUE ME VIERA.

AL CABO DE UN RATO, SALIO DE LA CASA Y YO ENTRE.



DE PRONTO USTED VI NO Y ME SORPRENDIO. QUISE DESENMASCARARLO CREYENDOLO UN IMPOSTOR; PERO SUS BARBAS SON AUTENTICAS.

YO SOY UN VIEJO INOFENSIVO NO ME METO CON...



AHORA ME ACUERDO DE HABER VISTO GENTE SOSPECHOSA RONDANDO LA CASA. ¡NO SE QUE HABRA AQUI PARA ATRAERLA!



PERO YO ESTOY PREPARADO... ¡MIRE! ¡UNA PUERTA SECRETA!

HUM... ¡PARECE COMUNICAR CON UNA CAVERNA DETRAS DE LA CASA!



¿TIENE INCONVENIENTE EN QUE LA EXPLORE?

EXPLÓRELA SI QUIERE; PERO NO HALLARÁ NADA DE INTERES. VOY A PREPARAR COMIDA PARA LOS DOS.



¡HAY PASAJES Y CAMARAS SECRETAS! ¡A QUE PITA NO SABE QUE EXISTEN!



¡PALOMAS! ¡PALOMAS MENSAJERAS! ¿COMO ES QUE ESTAN AQUI?

AVENTURAS DE AGUILUCHO

Registered U. S. Patent Office

Lyman Young



¡ALTO!



¡SOY LOROND, REINA DE LOS TOKOTOS! ¿QUÉ HACE USTED AQUI?

¡YA DEBERA HABERLO ADIVINADO!



USTED VI NO POR EL TESORO DEL VALLE NEGRO Y NO LO ENCONTRO. ¿VERDAD?

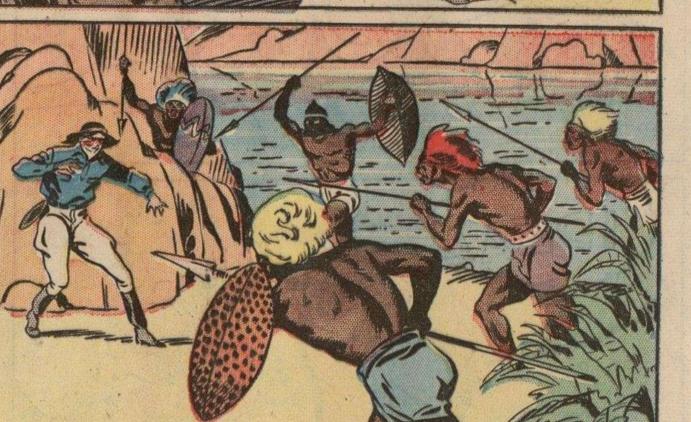
¡NO, PORQUE USTED ME LO ROBÓ! ¡PERO SI ME LO DEVUELVE...!

...LE PERDONARE LA VIDA!



¡ES UNA LOCURA INTENTAR ESCAPARSE!

¡MIS GUERREROS, LO CAPTURARAN EN SEGUIDA!



EL MISTERIOSO ENMASCARADO NO PUEDE CONTRA TANTOS...

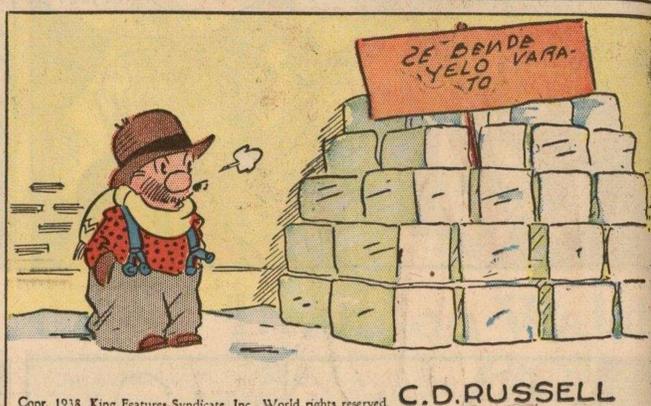
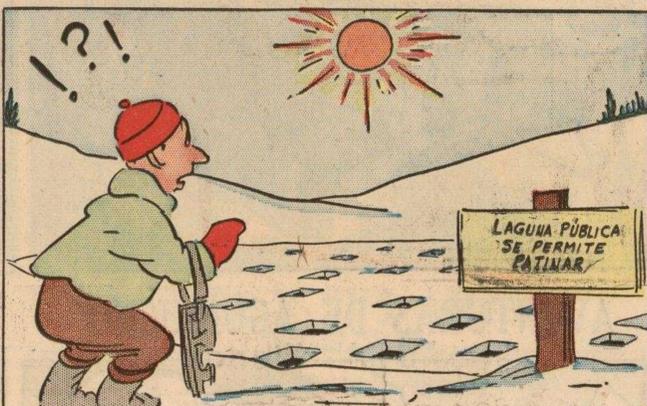
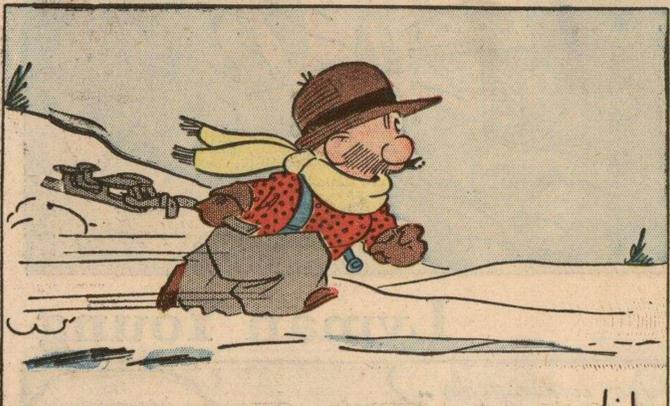
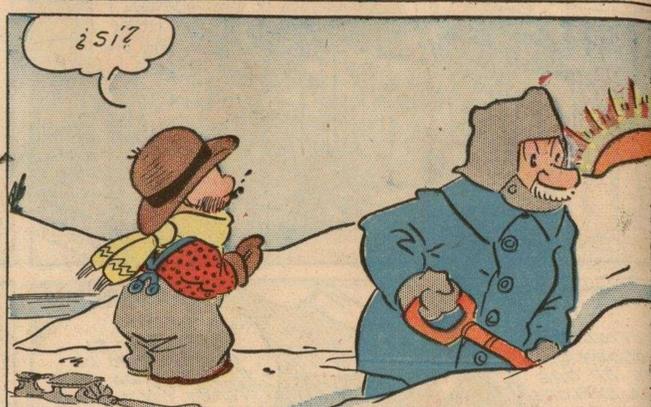
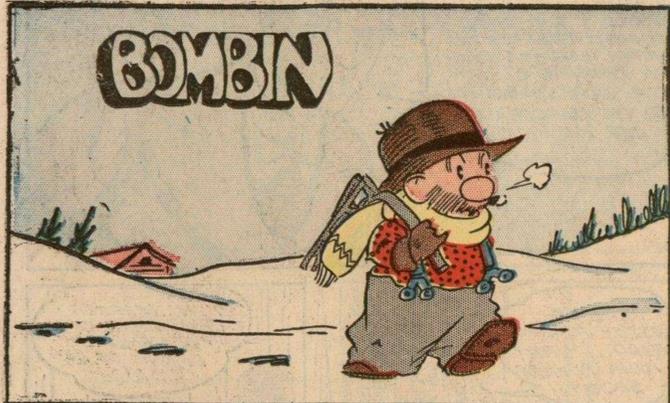


¿DÓNDE ESTABAS, AGUILUCHO?

¡ITEMIAMOS QUE TE HUBIERAS PERDIDO!

¡OIGAN! ¡ACABO DE DESCUBRIR A LA REINA LOROND Y A SUS HOMBRES! ¡Ella es un prisionero blanco!





PEDRO HARAPOS

Registered U. S. Patent Office

